EL COJO ILUSTRADO

Número 338 — 15 Enero - 1906

S'adresser exclusivement pour toute la publicité française á Mr. A. Lorette, Directeur de la Societé Mutuelle de Publicité — 61 Rue Caumartin — París

SUMARIO

TEXTO

		PÁGINAS
Alejandro Carías	Jacinto	68
Luis M. Urbaneja Achelpohl	Las hazañas de Chango Carpio y Siete-cueros.	73
Leopoldo S. Landaeta	Lubricán	76
J. I. Vargas Vila	Flor negra	78
Carlos Paz García	Prosas impresionistas: *Los toros bajo el sol*	78
J. T. Arreaza Calatrava	Canción de primavera	78
Antonio S. Briceño	Lirismo de actualidad	82
R. Benavides Ponce	Bajo la música de un cuatro	83
Rafael Silva	Lecturas Universales: Frivolidad	85
Juan D'Sola	Biografía del último miércoles	86

PAGINAS EXTRANJERAS

Teodoro Roosevelt	El verdadero americanismo—(Americana)	87
B. Pérez Galdós	Ayún—(Española)	88
Jules Lemaitre	Una lección de la playa—(Francesa)	88
Lord Byron	El imperio de los mares—(Inglesa)	88
Gœthe	La gloria del sacrificio—(Alemana)	89
Elena Swarth	Hora sagrada—(Holandesa)	89
Dostoiewski	La fe de un pueblo—(Rusa)	89
Josué Carducci	Un libertador—(Italiana)	90
J. L. Runeberg	Nuestro país—(Escandinava)	90

VIDA LITERARIA

Eloy G. González	Revista de Ideas	80
Jesús Semprúm	Bibliografía	90
La Dirección	Explicación de los grabados	92
	Sueltos Editoriales	93

SECCION RECREATIVA

Una aparición—Los últimos monarcas destronados.—Espionaje comercial.—La fortaleza natural más grande del mundo.—Acción benéfica del mar en las alcantarillas.—Una diversión nueva.—Diez mil francos al que mate más moscas.—Una enfermedad en los automovilistas.—Las rentas del Mikado.—Planos de campaña luminosos.—Los árboles, auxiliares de la telegrafía sin hilos.—La «caza» de voces para colecciones fonográficas.—Nuevo fusil automático.—Seguros de vida automáticos.—El mareo curado por el espejo.—Yemas de huevos venenosas..... 93 á 98

Anuncios.....

GRABADOS

E. H. Hazell: Despojada 67

Julius Radl: «Ven, Jesús, y sé nuestro huésped» 69

Fritz v. Uhde: El piadoso samaritano 70

Karl Rasek: "Donde hay apariencia de fortuna - rara vez se aloja un huésped" .. 71

Drawn by H. H. Flère—La Revolución en Rusia: Una asamblea de huelguistas sorprendida 72

La Revolución en Rusia: Manifestación de Estudiantes en San Potersburgo 73

Cayena: Casa de Gobierno 74

Cayena: Calle de la Libertad 74

Ferdinand Keller: Ninfa 75

Plaza de Milla 76

Mérida: La Catedral 77

Los estudiantes en la revolución rusa: Educación del pueblo en ideales de libertad 79

El *Kaiser* y la Emperatriz de Alemania 81

Camille Bellanger: Pozos antiguos 82

Danhauser: Liszt en el piano 83

Bonnat: Los primeros pasos 85

E. Meissonier: París 1870—1871.—Museo del Louvre 87

Mérida: Sierra Nevada y parte de la ciudad 89

Brest: El Puente giratorio y el Puerto Militar 91

EL COJO ILUSTRADO

Año XV — 15 DE ENERO DE 1906 — Nº 338

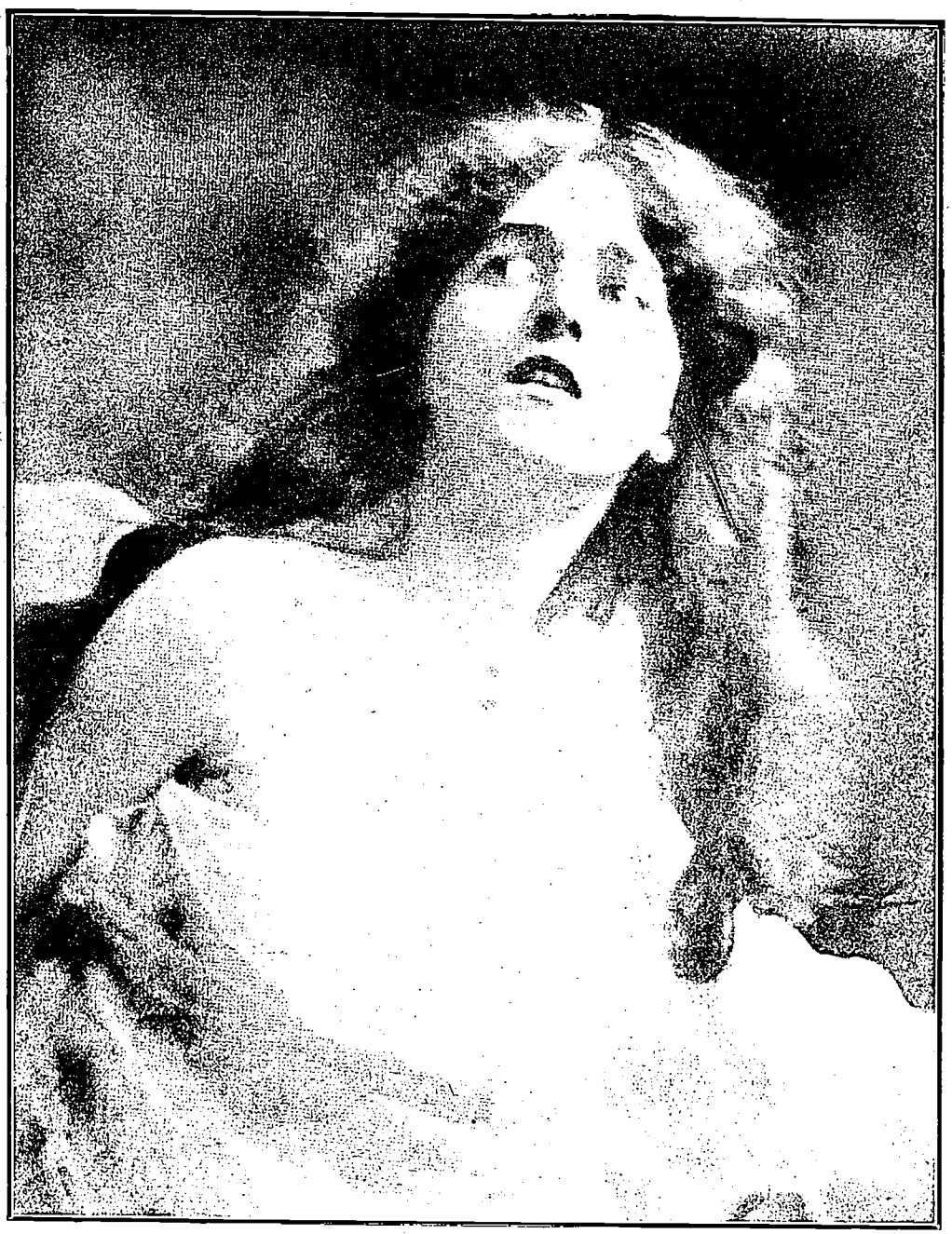
PRECIO
Suscripción mensual.....B 4
Un número suelto.....B 2

DIRECTOR:
J. M. HERRERA IRIGOYEN

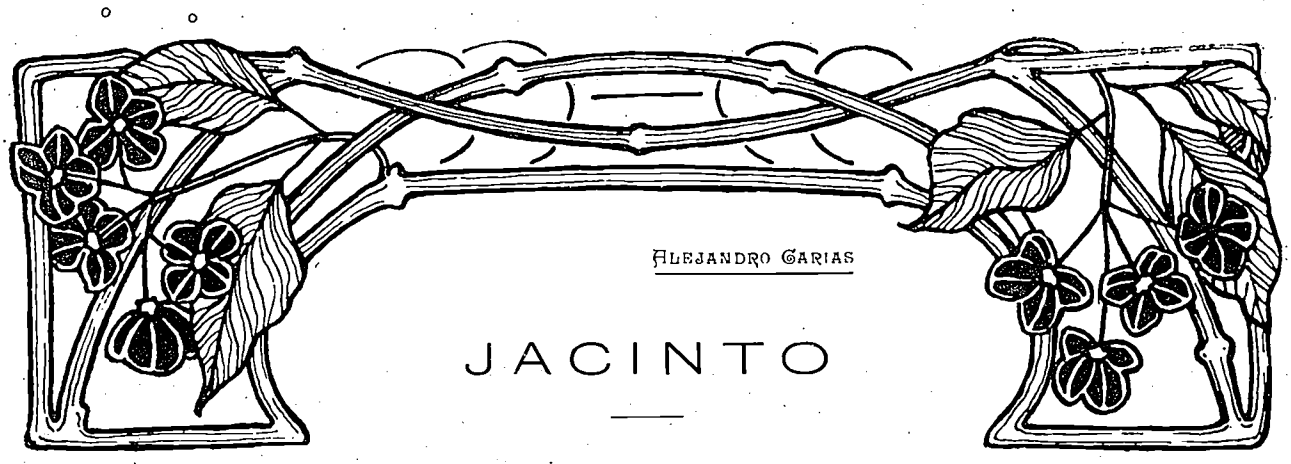
Empresa El Cojo – Caracas – Venezuela

EDICION QUINCENAL
Dirección: J. M. Herrera Irigoyen & Ca.
Este 4—Número 14
Caracas — Venezuela

NO SE DEVUELVEN ORIGINALES



E. H. HAZELL: Despojada



ALEJANDRO GARIAS

JACINTO

Caraqueño. Fué su madre una lavandera, supersticiosa é inquieta, nombrada Salomé, la cual, como la mayor parte de las mujeres de profesiones semejantes ó análogas á la suya, cambiaba con frecuencia de domicilio, siendo éstos, generalmente, estrechas viviendas ó buhardas alquiladas en corralones ó solares, de amplios patios, donde blanquea, en las noches de luna, la ropa limpia. Ya un poco fatigada, y venciendo con la fuerza de los años la costumbre de errar adquirida en su juventud, vivía desde algún tiempo, tranquila y feliz en una cómoda pieza del Estado Vallenilla. Recién instalada en su vivienda definitiva fué cuando lo dió á la vida, de suerte que Jacinto nació allí como pudo nacer en Quebrada Honda ó Palo Grande, ora en cualquier casucha del Estado Sarría.

Apenas comenzó á vivir, la madre, conforme con sus ritos supersticiosos, por librarlo del mal de ojo y las brujerías le exornó los brazos con pulseras de azabache y otros arrequives. Siguiendo el consejo por ella oído en bocas de otras mujeres supersticiosas ó agoreras, rezábale oraciones con ceremonias y aparatos misteriosos. Y, fuera porque en verdad tales cosas eran fuertes escudos contra daños y enfermedades, ya por la robustez y hermosura naturales del chico, ya por otra causa cualquiera, es lo cierto que en su infancia no padeció daño alguno, y eso que se pasaba el día jugando con el lodo de la calle, en compañía de los perros. Su salud y vigor fueron siempre el orgullo de la madre, quien sólo recordaba haberlo visto enfermo, como caso excepcional, cuando le apuntaron en la encía rosada las breves gotas de leche de los primeros dientes.

Más tarde, ya crecido, entró á formar en el grupo de los granujas del barrio, hasta despertarse en su espíritu todos los instintos y hábitos del pilluelo.

En unión de sus compañeros, íbase tras las músicas callejeras, recorriendo la ciudad bajo el rudo beso del Sol. Ya, íbase en las noches de fiesta pública á la Plaza Bolivar, armado de su china, acechando en la penumbra de los jardines, lejos de la mirada de los gendarmes, la lenta ascensión de los globos de papel, y era su gusto dar en la candileja por verla volcarse en el aire y tambalear como un ebrio hasta que, encendida la policroma vestidura de la armazón, se iluminaba goyescamente el cielo lleno de sombras. Otras veces, en el tendido de la Plaza de Toros, gozaba la fiereza de la fiesta española; ó bien en el Teatro, de la representación de zarzuelas picantes. Ya, y en unión de esos mismos compañeros, dirigíase en són de pillería á los barrios de la ciudad, impacientando con carcajadas y gestos de burla á los turcos del Camino Nuevo, cuando no encaminábase camino de Gamboa, hasta llegar al propio nacimiento del río, en las frondas del Avila, de donde regresaba, fatigado y hambriento, á la casa de Vallenilla, muriendo en el cielo los últimos carmesíes del crepúsculo. Otras veces, muy pocas, eran sus excursiones al Calvario, en donde regocijábase en disputarle á los voraces arrendajos los frutos de los jobos maduros, y en arrojarle piedras al agua quieta del estanque. Pero de todos sus paseos y excursiones era de los más favoritos, encaminarse á pleno sol, rumbo al Sur, al Cementerio, en compañía de dos ó tres de sus camaradas más briosos, y ya en el Cementerio entreteníase cazando á golpes de china la turba de pajarracos montaraces, capanegras y reynitas, que en el verde follaje denso de cujíes y cipreses, ó bien en las malezas de bravíos cariaquitos rompen la tristeza del sitio con sus gorjeos jubilosos. Muchas veces sorprendíales la caída de la tarde en el camino, de regreso á la ciudad. Entonces era de oírse cómo unos á otros los granujas estimulaban con relatos siniestros el miedo de sus corazones. A sus labios crédulos acudían los cuentos narrados á ellos, en sus primeros días de infancia, cuentos sombríos, de apariciones y ensalmos, exornados con nombres de feos prestigios como el de «la Sayona.»

En el Portachuelo deteníase el grupo en són de descanso, ó á refrescar los ardidos labios en la venta más próxima, con sucias mixturas anaranjadas, de agua dulce. De ahí veían con ojos ignorantes la belleza de la tarde envolviendo á la ciudad en su tenue bruma de oro. Y á medida que se acercaban á la ciudad,—como quien rinde una jornada ó paladea un vino añejo,—llenábanse sus espíritus de regocijos pueriles.

Regularmente el grupo, desdeñando el camino que va, amplio y polvoriento, sobre el puente, á unirse con el resto de la ciudad, entraban á ésta,—cuando agonizaba en el cielo la postrera rosa vespertina,—por el otro camino curvo y en declive que se alarga por los estribos del cerro hasta juntarse en la Avenida del Paraíso con la recta calle del Puente de Hierro. El Guaire, después de haber copiado la vana floresta del cielo, desliza luego sus aguas como interminables sedas lóbregas, mostrando todavía la violeta de una vislumbre, á trechos glauco, á trechos reflejando, como trémulas rosas abiertas á flor de agua, los focos eléctricos. Y ese paisaje de aguas, bello y vulgar, bajo la noche ya perfecta, era para los cuatro granujas inconscientes, la visión aparecida de improviso ante sus ojos palurdos, de un cuento diabólico, hermano de aquellos cuentos que estimulaban el espanto en sus corazones.

Alegres y bulliciosos, atravesaban las calles de la ciudad, en dirección cada uno, á la vivienda distante, haciendo planes de nuevos paseos.

Así, los primeros años de Jacinto, corrieron, rápidos, sin que él ni sus compañeros se percataran del inútil empleo de sus días; mas, en la corriente de sus días, como en un continuo correr de aguas claras, aparecía de súbito la mancha triste de algún mortificante pensamiento. Esto sucedíale, sobre todo, al regresar á su casa, ya tarde, escuchando los reproches de Salomé, quien, con voz amable á veces, á veces imperiosa y como enojada, le decía:—«Muchacho: tú no piensas trabajar nunca. Aprende del hijo de Eleodora que más pequeño que tú ya sabe trabajar.»

Entonces en el alma de Jacinto apuntaba un deseo noble y fugaz, cual un aroma de jardines remotos. Y esa noche mientras se dormía, recordando el reproche de la madre, pensaba: «Es cierto, es cierto lo que dice. Desde mañana iré á la escuela; aprenderé á leer, á escribir; aprenderé muchas cosas; y luego, trabajaré y ayudaré á «la vieja,» la pobre! trabaja tánto!» Pero tales propósitos duraban bien poco. El día siguiente, al encontrarse con sus amigos de barrio, los propósitos de Jacinto se desvanecían como á ensalmo.

—Adónde vamos hoy?—preguntábale «Maitana,» su confidente íntimo, pilluelo de ojos, brincones que lucía en la mejilla, junto á la boca, la cicatriz de una herida.—A «Los Hijos de Dios»—respondíale el otro, y juntos convenían la romería al viejo cementerio, olvidado en las bajas lomas del Avila.

Sin embargo, una que otra ocasión iba á la escuela; una escuela nocturna de parroquia, verdadera jaula de granujas, cuyos rostros diversos aparecían confusamente á la luz de un presuntuoso candil de petróleo. Y en esa escuela nocturna, las pocas veces que asistió, durante un año, mal aprendió á leer y escribir el propio nombre con torcidos caracteres.

Poco á poco, y mientras en su rostro y en todo su cuerpo, sucedíanse á los rasgos del muchacho los duros rasgos del adulto, cultivó menos la amistad del grupo de sus primeros camaradas, los cuales, á su vez, se dispersaban lentamente, como los pericos de un mismo bando, cada uno á procurarse nueva vida, según sus ignorados proyectos ó inclinaciones, hasta dar con el vicio, la miseria ó

JULIUS RADL: "Ven, Jesús, y sé nuestro huésped"

la dicha en quién sabe qué obscuros ó amables paraderos.

Al cabo, los años, en su discreto correr, terminaron por definir en la vida de Jacinto, los hábitos del hombre. Pero el lento curso de los años, si atenuó un poco sus instintos de vagancia, no logró extinguirlos perfectamente. Así, con frecuencia, abandonaba la casa de Vallenilla, y era como si se entregara en cuerpo y alma á la vida errante como un gitano ó un aventurero. Sus excursiones fueron entonces, no á los alrededores de Caracas, sino á los pueblos comarcanos. Muchas veces marchábase por el camino del Este, hasta Guarenas, ó bien camino de El Valle ó Las Adjuntas. De estas excursiones regresaba después de algunos días, refinado el espíritu en negocios chalanes. Y siempre de regreso á la casa familiar, recibíalo Salomé con la misma ración de buenos y vanos discursos.

Su bureo perenne, ó mejor, su hábito de vagancia, modificóse, no obstante, y casi llegó á extinguirse, al parecer, cuando en su corazón, hasta entonces indiferente, rompió á cantar como un pájaro salvaje, la pasión amorosa.

El amor, al mismo tiempo que modificaba en Jacinto sus inclinaciones, convertíalo de locuaz y desgarbado, en menos locuaz y presumido, llegando á cubrir con el decoro de los zapatos sus inquietos pies de vagabundo.

* * *

La calleja, humilde y herbosa, partiendo de la Avenida que conduce á la Estación del Ferrocarril de La Guaira, y en dirección al Calvario, se inicia por su lado izquierdo con un largo paredón terroso, y prolóngase á la derecha en una triste fila de casas, interrumpida en el centro por dos ó tres casuchas de aspecto romántico, exornadas al frente por exiguos jardines, poniendo una nota tierna en la monotonía del resto. Los sábados y domingos, y algunos días de entresemana, por las noches, una alegría fugaz la invade y posee; en tanto que otras veces, sobre todo en las horas del mediodía, triste y desierta, inflamada de sol, tiene el aspecto de una calle de pueblo. Semejase, con su alegría fugaz y su tristeza, en una mezcla difusa, el rostro de una histérica, que á ratos, de improviso, rompiera en risas estrepitosas, y á ratos permaneciera rígido y taciturno como bajo un duelo mortal.

Fué en ese sitio, y de regreso de un paseo al Calvario donde conoció á María Rosa. Hacía algún tiempo que ésta había llegado á Caracas, y en ese tiempo, su vida, contaba todas las páginas de la novela, triste y vulgar, tántas veces vivida de sus otras compañeras. Nacida en un pueblo de los Valles de Aragua, María Rosa llegó á Caracas paladeando todavía la miel aciaga del amor primerizo. Viéndose luego cara á cara con el desamparo, siguió la misma ruta de sus compañeras, la ruta peligrosa recorrida bajo noches obscuras, ya bajo noches radiantes taraceada con la luz de fugaces alegrías.

Las promesas de Jacinto encontraron en el voluble querer de María Rosa fácil asidero, y á la noche inicial del idilio, siguieron otras noches endulzadas con la miel de los besos. Era su alma como esas frutas deleitables de dualidad peligrosa que á las veces brindan y halagan, y otras hieren y enconan como espinas de tuna. Y gemela del alma de María Rosa era el alma de Josefina, su compañera indispensable y reilona, y eran también las almas de sus otras compañeras, distinguidas con feos apodos injuriosos ó ridículos.

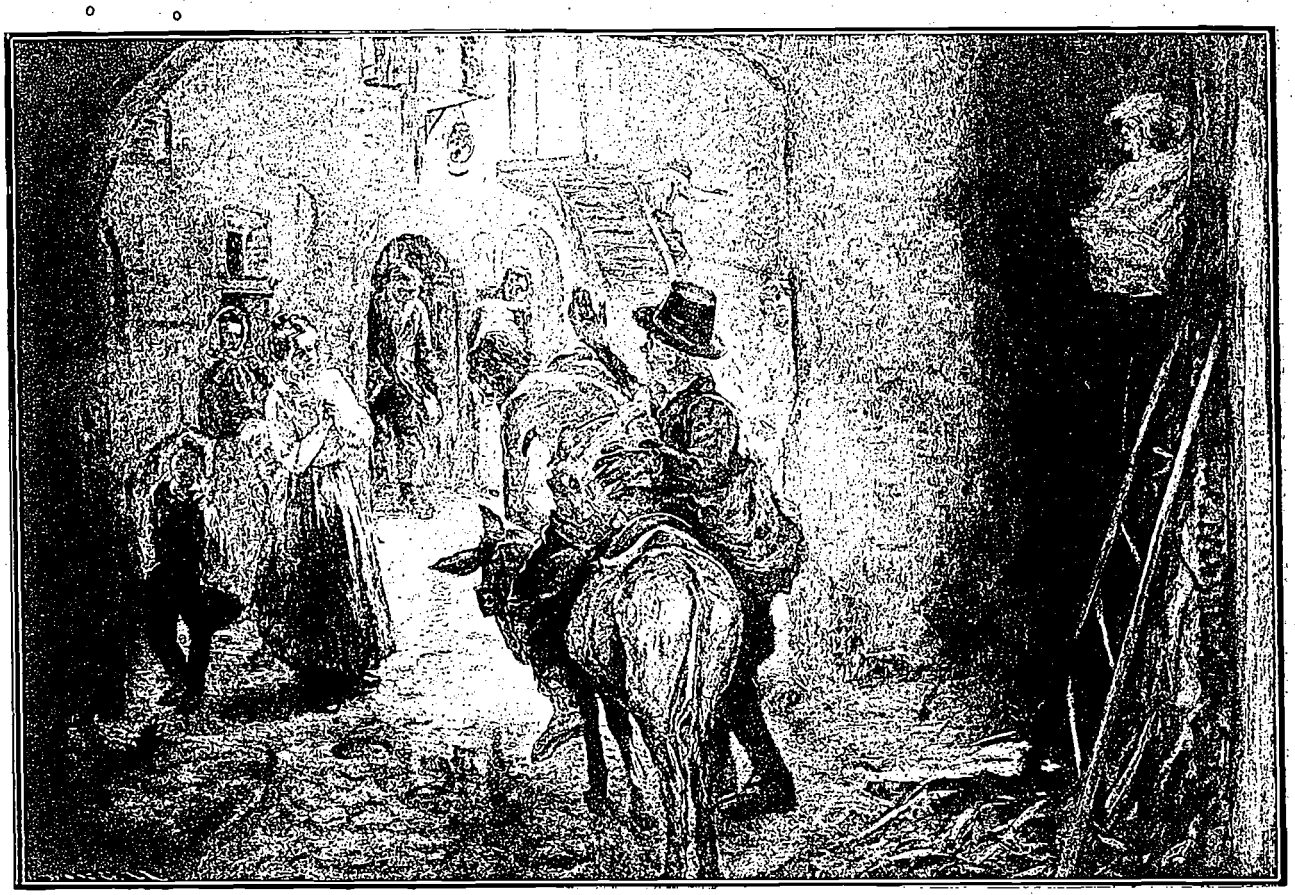
María Rosa y Josefina pasaban las horas ociosas tejiendo y destejiendo burdos epigramas, ó comentando, entre carcajadas sonoras, frívolos sucesos. De noche, sobre todo, mientras María Rosa apoyaba un codo, indolentemente, en el quicio de la ventana, luciendo á guisa de señuelo, una crisantema sujeta á la red obscura del cabello, y Josefina, en el desvencijado diván de colores acostada medio cuerpo, charlaban y reían.

—«Y después hablan de nosotras!»—decía cierta ocasión María Rosa, comentando el último suceso de la vida erótica de Caracas.—«Y después hablan de nosotras!» Y al expresarse de esta suerte, era como si gozara interiormente un triunfo ó una conquista.

—Y cuál de ellas sería?

—La más simpática; aquélla de ojos negros, que usa cuellos de hombre, y tiene unos sombreros muy lindos.

—De veras, chica? Estás segura? Será



FRITZ v. UHDE: El piadoso samaritano

la misma que pasa algunas veces por aquí, de mañanita, á pasear al Calvario?

Y sonreían las dos con las más agudas de sus sonrisas, al hablar de paseos por el Calvario, de mañanita. De esta guisa, sus conversaciones cuando no eran de índole semejante, eran comentarios triviales ó perversos sobre la última fiesta, el estreno de un traje, ó los bigotes de un badulaque cualquiera. A veces caía el epigrama como una saeta en el nombre de una familia, blanco de murmuraciones de muchas bocas; ya en el detalle físico de una amiga malquista; y cada una elegía, por motivo de sus burlas, un nombre de mujer. El motivo de las burlas de María Rosa era el diente de oro de una vecina. Era aquel diente, en lo blanco de la dentadura, cual un grano de orgullo en una alma de santa. Cada vez que la vecina, reía ó muequeaba,—exprofeso—el diente también parecía sonreír de modo perverso, avivando la diatriba en el alma de María Rosa. Y en los epigramas de ésta, y en sus mismos reproches era fácil descubrir, no una simple repugnancia, sino una pulla recóndita. En la punta del epigrama dormía, sin duda, como en una espina de cardón, un veneno doloroso.

Ante los ojos de María Rosa, aquel oro era un distingo, un blasón orgulloso, una nota de nobleza. Y fué en los mismos labios murmuradores de María Rosa, donde probó Jacinto, por la primera vez, las hieles de la perfidia, en pleno goce del idilio y de manera imprevista y cruel. Con el júbilo de siempre dirigíase á la casa de María Rosa, silbando con antipática exactitud un valse criollo en boga. La casa, cerrada contra la costumbre, temprano de la noche, le hizo despertar mil sospechas. Oculto en la penumbra de la esquina más próxima luchaba interiormente, entre vencer su timidez,—cobardía más que timidez de enamorado novicio—y las dudas que lo asaltaban. Cada vez que una sospecha apuntaba en su corazón, empeñábase en dominarla con argumentaciones inútiles. Y á no ser por esa timidez ó cobardía, como reflexionó más tarde, «hubiera llamado á la puerta,—él tenía derecho—preguntar si estaba enferma, cualquier cosa, una pregunta cualquiera.» Pero sus propósitos desvanecíanse sin realizarlos, al mismo tiempo que en su espíritu se acentuaba la probable sospecha de una perfidia.

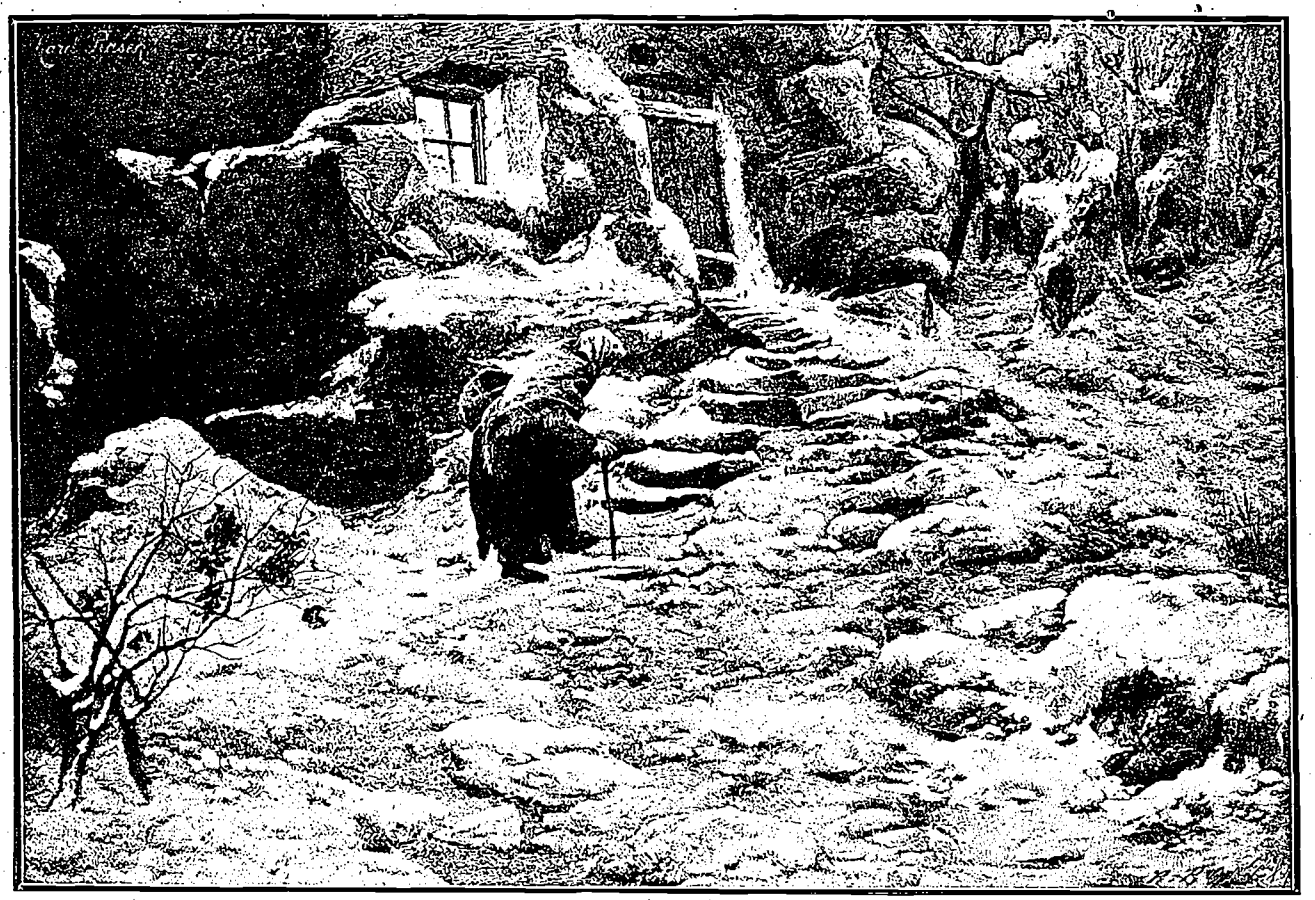
Atando y desatando el hilo de sus pensamientos no se apercibía Jacinto del correr de las horas; y de su éxtasis vino á sacarlo la propia voz de María Rosa que en el zaguán de la casa conversaba con alguien. Luegó, una sombra desconocida se juntó con la sombra de la calle, á medida que se alejaba describiendo en el aire obscuro, con el fuego del tabaco, breves parábolas rutilantes.

Desde entonces, cada vez menos, frecuentó Jacinto la casa de María Rosa; y las pocas veces que la frecuentaba, siempre taciturno, respondía con breves palabras á las preguntas de ella y de Josefina. Reclamábale María Rosa la constancia y el cariño de antes, y en balde hacía por explicarse el motivo de la taciturnidad seria de Jacinto. En cambio en el alma de éste, cada día más, florecían los celos como cayenas obscuras. Y en la fiebre de los celos, llegó á creer ridiculez y desvergüenza sus visitas á María Rosa, por quien sentía, no ya el antiguo amor ingenuo, sino una suerte de amor desdeñoso, hecho de antipatías y recuerdos, pero vivo y persistente, tan persistente, que, á menudo, y por distraer su pesar, en busca de quietud y aislamiento íbase por los sitios y paseos menos frecuentados de la ciudad.

En su continuo bureo nocturno, muchas veces acarició sus indiferentes ojos de ciego, el alma de los sitios que visitaba. Ante sus miradas tranquilas, las bellezas ó feuras de cada barrio, de cada lugar—en el día ó la noche—tenían un aspecto uniforme. Gustábale, no obstante, subir al Calvario, en las noches de luna.

La ciudad, bajo el plenilunio, adquiere el encanto de una gran ciudad pintoresca. Los focos eléctricos, en la irregularidad de las calles son como las gemas de un gran aderezo roto, alternando con las breves bujías de los faroles de gas. A trecho sobresalen, como informes manchones, las arboledas de algunos parques y corrales. Hacia el barrio aristocrático de Altagracia, un chaguaramo abre á la luna su cimera gallarda. Las torres de la fachada Oeste de Santa Teresa, adquieren más severos perfiles, y diríase por una ilusoria impresión que una de las torres se duplicara con prodigiosa exactitud en una inmóvil agua muy clara, hecha de luz de luna. Un puente iluminado, á la distancia, es apenas un gusano de luz. De todas partes de la ciudad, y sobre todo de un café vecino del paseo, suben en las alas del aire, hasta la colina silenciosa, trozos de músicas errantes. El reloj de Catedral rompe, de cuando en cuando, la santa paz de la noche, y en el pulcro azul del cielo—lleno de luna como una copa profunda—el Avila diseña sus graves líneas con precisiones de dibujo.

Jacinto distraíase en recorrer los parajes del



KARL RASEK: "Donde hay apariencia de fortuna - rara vez se aloja un huésped"

paseo, caminando al acaso, como un enfermo ó un convaleciente; y al pasar por ciertos sitios asaltábalo el recuerdo de una escena olvidada de su vida de granuja. En un soto donde la noche aglomeraba sus terciopelos, miraba el jobo, ya anciano, de donde cayóse una ocasión por disputarle á los voraces arrendajos la golosina del fruto. Viendo el estanque, casi se impresionó, al recordar cuando se entretenía en arrojarle piedras que sonaban como profundas notas de arpa al romper la seda del agua. La pajarera, ahora vacía, le fué indiferente.

Mediada la noche Jacinto bajaba del Calvario sin haber logrado echar de su recuerdo el recuerdo de María Rosa, á quien veía en las más diversas actitudes. Y junto con el recuerdo de ella, veníale también, trunco y borroso, el recuerdo del sitio donde floreció por primera vez el idilio. Era el recuerdo de un cuarto de mujer en cuyo ambiente volaban muchos aromas viejos. La gruesa novela en el velador, y sobre la novela las arrugadas botas de piel de rusia. Y reflejándose en el agua cristalina del espejo del tocador, entre baratijas y abanicos abiertos, como una nota de belleza exótica una fotografía de Cléo de Merode.

Otras noches prefería Jacinto, á la quietud del Calvario, la quietud semiromántica de la Plaza de la Misericordia. En el musgo cantaban los grillos. Al más ligero soplo de brisa caían las hojas muertas. Naciendo de las callejuelas vecinas, partía el aire como un raso, el ladrido de los perros errantes. Alguna que otra chicharra remisa, estridía su nota aguda, entre las ramas, como clamando por la gracia de un tibio rayo de sol. Y Jacinto paseábase á lo largo de las avenidas, extraño al paisaje, fingiendo un soñador ó un melancólico, burlando sin pensarlo más de una vez, la cita de algún enamorado.

Otras veces, huyendo de la quietud, buscaba el sosiego caminando al azar por las calles de la ciudad, sorprendiendo, al transitar por algunas calles, escenas curiosas de enamorados y diálogos y conversaciones de media noche.

Bajando por la calle de Candelaria, cierta vez, se topó al acaso con dos trasnochadores desconocidos. Hablaban ambos de un suicidio reciente, comentando, cada uno á su manera, la suerte del suicida. De la casa del muerto, cerca de la arboleda de la Plaza de Candelaria, traía la brisa, calle arriba, un intenso olor de rosas. Diríase por un momento que sobre los tejados de las casas hubiera volado fugazmente una invisible primavera; y dominando el olor de rosas, siempre calle arriba, subía un aroma de azucenas. A lo lejos, la música de un piano rompió el silencio. Un hombre atravesó, de prisa. Y atraída quizás por el aroma de rosas y la música del piano distante, una mujer de barrio-bajo preguntó á un transeúnte:—«Juan, dónde es el baile?» Y al escuchar esta frase, en el gesto del caminante de prisa se acentuó la huella de un dolor indecible.

Ya, y por variar de sitio, simplemente, recorría Jacinto la Avenida del Paraíso entrando por el Puente de Hierro. El Paraíso con sus jardines voluptuosos, sus casas de corredores tranquilos donde se consumen las lámparas en interminables veladas, sus verjas de aires señoriales, sus sauces melancólicos y sus mogotes punteados de luciérnegas, era para Jacinto como otro paraje ó sitio cualquiera, familiar á sus ojos.

Al cabo de estos paseos frecuentes, logró, no sin dificultad, desvanecer en su espíritu la causa de su pesadumbre. Y vuelto otra vez á los hábitos de su vida entregóse á saborear con enfermiza delectación, otros amores hermanos, si nó en ingenuidad, á lo menos en delicia, del amor de María Rosa. Oyendo continuamente en los labios de sus amigas cuentos de perfidia amorosa, semejantes al suyo, y viendo, como vió más tarde, sucederse ante sus propios ojos, esos mismos cuentos, llegó á avergonzarse como de una acción cándida y ridícula de sus extintos sentimientos de enamorado, convenciéndose á la larga de la naturalidad de tales perfidias. Y como el borracho que en cada taberna, saborea con delectación—intensa ó fugaz—en cada copa, un licor distinto, de sabor y estirpe diversa, hasta construir con el vario espíritu del alcohol,—plebeyo y triste, ó bien aristocrático y fragante,—la obscura red de su ebriedad; así Jacinto, saboreando en cada boca de mujer el sabor especial de cada beso diverso, llegó al fin á perder, en la confusión y variedad de sus amoríos, junto con la franca ternura del corazón la ilusión de un amor, único y fuerte. Y, como ese mismo borracho de borracheras diversas, las procura, ya con el claro jugo de la caña, ya con el negro humor del vino, Jacinto, á un vago vuelo de recuerdos pensaba—expresando con refranes odiosos la alegría ó el disgusto del amorío pasado,—en Isabelita, Clemencia ó María Rosa, sobre todo en María Rosa, acaso por ser ésta la primera copa ofrecida á sus labios de vagabundo.

Después de su primer desengaño, sólo una vez pensó Jacinto, y eso por escuchar el consejo de un amigo en someterse al cariño de una mujer como en efecto lo intentó. Pero no corrieron muchos días sin que ese otro cariño

La revolución en Rusia: Una asamblea huelguista sorprendida

se mustiara y muriera, con la desgracia de la flor que el azar hizo nacer en la aridez de la tapia, y muere, no ya huérfana de abono, sino porque el guijarro de un granuja llega un día alevoso y certero, y le trunca el tallo. Contaba ya dos meses de vida el idilio, cuando otro amigo extrañando quizás en Jacinto, su tranquila formalidad amorosa, lo interrogó respecto de ella envolviendo la pregunta en una turbia sospecha:—«Jacinto, te habrán embrujao?»

La pregunta, inmediatamente, no produjo turbación alguna en el espíritu de Jacinto, quien respondió al amigo malévolo con otra frase semejante, á propósito de un suceso de su vida; pero á poco, la frase, fué lentamente escarbando y reviviendo en su alma los gérmenes de muchas supersticiones y agüeros, herencias de la madre, quien apenas nació y para librarlo del mal de ojo y las brujerías le exornó los brazos con pulseras de azabache y otros arrequives.

***

En el café establecido al extremo de la ciudad, bullanguero y amable, una noche, al acaso, hallóse Jacinto con uno de esos seres de aspecto vulgar é inteligencia mediocre; uno de esos seres,—políticos ó mercadantes,—de copa jovial, que en la broza de sus discursos, siembran de cuando en cuando, sin ellos mismos sospecharlo, el grano de una idea. Referíase en esa ocasión, hablando con Jacinto, á la vida y al placer de algunos hombres; y mientras rociaba su charla con frecuentes tragos de brandy, decíale, entre laguna y laguna: «esta vida, amigo.....esta vida, joven,.....es muy amable, es cierto, para quien sabe gozarla; y bien está que la goce el truhán, y el amigo del truhán;.....pero usted, por ejemplo.....yo, por ejemplo.....no podemos gozarla», y roto de nuevo el hilo de su discurso, bebiendo ó fumando, continuaba su disertación obscura sobre otros motivos diversos, triviales ó risueños; la habilidad del músico del café, ó la destreza y gracia de la muchacha que ante sus miradas de político ó mercadante, seguía el compás de un valse nacional, recogido el enfaldo, luciendo en la masa de cabellos negrísimos, la nota de sangre de un clavel.

Jacinto escuchaba las disertaciones de su amigo, á ratos con interés, á ratos como quien escucha, sin querer, una música, con aires de desdeñoso. Pero más tarde, ya en la calle, las palabras escuchadas con desdén, como una música, despertaron en su pensamiento muchos pensamientos hasta entonces dormidos.

Aquel ambiguo discurso sobre la vida y el placer de muchos hombres llegó á parecerle erizado de acusaciones contra su propia vida. Y al mismo tiempo que caminaba hacia el centro de la ciudad, bajo la noche estrellada, seguía pensando interiormente—ó musitando como en un soliloquio—en el recóndito significado de aquellas palabras desconocidas por él, con que iba sembrando el político ó mercadante su discurso confuso. Jacinto, á través de aquellas palabras sospechó, descubiertas, muchas cosas que él pensaba ocultas á la suspicacia de los hombres. Llegó hasta verse pintado en ellas como en una tela borrosa. Y á su recuerdo volvieron, acusadores y crueles, los reproches de la madre, cuando granuja y de regreso de sus paseos,—agonizando en el cielo los últimos carmesíes del crepúsculo,—le decía, ya amable, ya como enojada: —«Muchacho: tú no piensas trabajar nunca. Aprende del hijo de Eleodora, que más pequeño que tú ya sabe trabajar».

Engolfado en esas meditaciones y recuerdos, y mientras en el fondo de su corazón comenzaba á abrir un tardío pensamiento de enmienda, la música de un baile, saliendo del cercano arrabal, entró bruscamente á su espíritu borrando cual un soplo de brisa la bruma de sus meditaciones. Y otra vez tranquilo y feliz, encaminóse al sitio del baile, mezclándose con el grupo que formaba la barra. El baile, era un baile de escote, ó mejor, una «frómita». Entre los bailadores reconoció Jacinto, á varios amigos suyos, uno de los cuales, al verlo en el grupo de la barra, lo invitó á tomar parte en la fiesta con tono cariñoso y persuasivo: «Entra Jacinto: esto está rebueno». Y después de informarlo sobre el motivo y carácter de la fiesta, por disipar, tal vez, algún escrúpulo,—natural en el invitado tardío,—fué nombrándole aquellas personas de su camaradería, presentes en el baile.

Ya adentro, Jacinto, confundióse con los grupos de parejas que en los breves recesos, entre una música y otra, se paseaban á lo largo del patio y del exiguo corredor,—ocupado en parte por los músicos—frontero de la sala, y aun en ésta, vacía de muebles. Jacinto saludaba, ora amable, ora por simple espíritu de agrado, á las personas que encontraba á su paso, advirtiendo entre ellas, sobre todo entre las mujeres, muchas de su conocimiento. En el trayecto de la sala al patio, una de las que topó fué á María Rosa. A la cruda luz de la lámpara, aparecía contrastando con el bermellón de las mejillas y el rojo del traje, una crisantema sujeta en la red obscura del pelo. Jacinto la vió pasar á su lado, indiferente y desdeñoso, como á una desconocida, sin demostrar la más breve sorpresa.

—Cómo estás, Jacinto?

—Cómo estás, María Rosa?

Y ambos se perdieron en direcciones contrarias en el bullicio del baile, en tanto una polka, rompió á vibrar, evocando escenas de voluptuosidad perversa y alegría malsana por los criminosos arrabales.

La Revolución en Rusia: Manifestación de Estudiantes en San Petersburgo

Alguien creyó prudente atrancar la puerta y las ventanas. En la improvisada botillería menudeaban los tragos. Muchos se partieron sigilosamente. Y mientras el alcohol comenzaba á sembrar sus rosas trágicas, la mañana comenzó también á sembrar sus rosas en el cielo. Jacinto marchóse de los últimos, fatigado y soñoliento, cuando el sol de un domingo, calentaba los lomos de los tejados, y en la tapia frontera de una pulpería, un arrendajo en su jaula de veradas, cantaba con júbilo salvaje, anticipadamente, su matutino baño de sol.

* * *

Pocos días después, Jacinto, formando parte de un núcleo de hombres, entre un zambo de recios bigotes pelicanos y un negro palúdico, abandonaba á Caracas. Más allá del Portachuelo encontróse con Perucho, el vendedor de periódicos, quien solía frecuentar algunas veces la casa de su «madrina Salomé» en el Estado Vallenilla.

—«Perucho, se lo dices á la vieja»—fueron las únicas frases de Jacinto, y á poco se perdió entre el oro sucio del polvo de la carretera y el oro de los cañaverales en sazón. ¿Acaso había realizado su supremo ideal de vida? Probablemente había realizado su supremo ideal de vivir siempre errante, de pueblo en pueblo, de caserío en caserío, como un nómade ó un gitano. Y como en su romería por pueblos y caseríos iría gustando, en cada venta ó ranchería, el sabor de cada trago saboreado de prisa, iría también gustando en cada boca de campesina, al amparo de los matorrales que crecen á la vera de los caminos, el sabor de cada beso distinto. Acaso, probablemente quedó muerto en quién sabe qué paraje de los Valles del Tuy, escuchando la música de los pitos, el frenesí de las cornetas, á la vez que se agitaba en el aire la bandera del bando, y las primeras cocas anunciaban la fiebre del futuro verano.

LAS HAZAÑAS DE CHANGO CARPIO Y SIETECUEROS

La noche y para más una lluvia menuda y copiosa los había sorprendido en el camino. A cada instante caían de un fangal en otro, pero los dos hombres llevaban con paciencia, sin proferir una queja los rigores del tiempo y el mal estado del camino. Así marchaban en medio la más completa oscuridad, cuando uno de ellos que se había metido hasta las rodillas en un barrizal dijo:

—Chango, bueno es que nos amparemos en cualquier parte, aunque sea bajo una mata, porque así no adelantaremos nada en toda la santa noche.

—Sietecueros, respondió el otro, para llevar agua como loro en estaca, mejor es aguantarla caminando; por lo menos, se tiene el cuerpo en calor.

Y diciendo esto, Chango, cayó de bruces, cuan largo era en la mitad del camino. Se había metido en un chareo profundo, uno de esos hoyos pestilentes que por falta de profundos y espaciosos desagües se forman, poniendo en peligro á diario la vida de los viajeros, destrozando los carros, mancando el bestiaje y sobre todo engendrando el paludismo.

Hecho una furia, se enderezó Chango, y sin dejar de patalear en el fangal con riesgo de volver á caer, exclamó, con todo el encono y odio que le cabían en el cuerpo:

—Maldita sea mi estampa!

—La del Gobierno, Chango, observó Sietecueros.

—La del aguacero, repuso el aludido, pues, si no lloviera, no se pondría así el camino.

Y los dos hombres dando tumbos prosiguieron su camino en medio de la oscuridad y bajo la lluvia menuda y constante.

No habían andado una milla, cuando sintieron un patalear de ganado y como á duras penas el uno al otro se distinguía, se detuvieron á ver qué dirección traía aquel rüido. Mas estaba tan cerca de ellos, que volviéndose á un lado, dieron con un corral de palo á pique, donde las reses para desentumecerse se propinaban sendos topetonazos y cornadas.

—Esto me huele á gente, exclamó Chango.

—Sí, estamos en el «Paradero,» vale; todavía tenemos mucho qué andar.

—Bueno, pero aquí echaremos una paradita, para no perder la maña.

Y encaminándose á la pulpería, fueron á sentarse en un pretil del soportal.

Aunque estaban llenos de barro, por los costurones y lepras de sus piernas, por el color verdoso de la piel, por los trapajos que cubrían á medias sus carnes enflaquecidas, se veía á las claras que aquellos hombres debían de ser algunos retirados ó desertores de las tropas que acaban de hacer su entrada triunfal en la capital.

Y efectivamente eran soldados retirados camino á sus lares. Sus semblantes aún reflejaban el asombro de las batallas. En sus pupilas prontas á dilatarse se leía el estado morboso de sus ánimos, las sacudidas violentas, la animalidad y salvajismo en que durante largos meses habían vivido. Además sus motes de cuartel lo pregonaban, Chango, Sietecueros, no habían podido salir sino de la

vida bruta de la compañía, donde el instinto suple á la inteligencia.

Chango, era un catire tosco, cariampollar, con belfo grueso y ojos hundidos en medio de una nariz achatada y roma. Su nombre de pila era el de Carpio, según constaba en su boleta de retiro, pero que á él le causaba ya extrañeza, tan hecho como estaba á ser llamado, Chango.

Sietecueros, era un barbilampiño, moreno bronceado, no mal parecido, pero su piel adiposa con señales de ganglios infartados, parecia ser más resistente que la de cualesquier otro mortal, de donde provino el darle seis pellejas demás.

Arrimado el uno al otro en el pretil, cubríanse lo mejor que podían en sus miseras cobijas de soldado; los dos camaradas, guardaban el más profundo silencio, como que si trataran de conciliar el sueño. Así permanecieron algún tiempo hasta que Sietecueros bostezando, dijo:

—Ahorita abren la pulpería y no tenemos con qué tomar un trago.

—Ni hay quien nos brinde ni quien nos fie, contestó Chango.

Y volvieron á guardar silencio, arrimado el uno al otro, como si durmieran, hasta que Sietecueros, poniéndose en pie y examinando el cielo, exclamó:

—Ya va á aclarar!

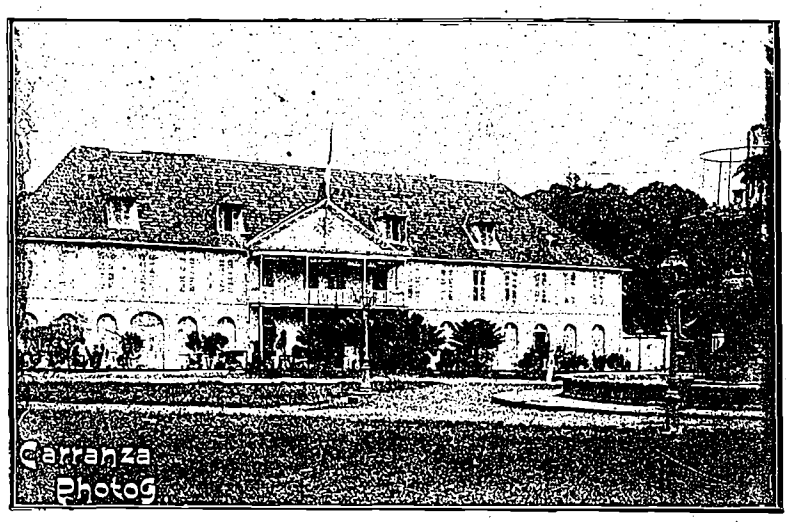
—Con eso seguiremos nuestro camino á ver qué se presenta más adelante, respondió Chango.

Pero Sietecueros sin prestar atención á su compañero, con sus ojos movibles escudriñaba los contornos. En esto cantó un gallo, al que respondió otro y tras éste comenzó el monótono menudeo de costumbre de los gallináceos. Sietecueros con aquel saludo matutino de las aves, se volvió hacia Chango, y mirándole picarescamente, con la sonrisa en los labios, le dijo:

—El primero que rompió los fuegos fue un pataruco, que está allí; y extendía la mano en dirección á un grupo de árboles.

—Eso debe ser el patio de algún rancho, le observó Chango.

—Ya lo creo, contestó con sorna Sietecueros. Y, con paso de zorra, rápidos y cautelosos, echada la cobija á modo de mantón sobre la cabeza, se dirigió hacia el sitio indicado, ocultándose en breve tras los matorrales. A poco le vió aparecer en el claro del monte, sus pequeños ojos fulguraban, los músculos de su cara mantenian á ésta en una mueca desagradable, que de un todo cambiaba sus no desapreciables facciones de barbilampiño. Desde el claro comenzó á hacer señas á Chango, quien en el pretil esperaba reposado é indiferente el resultado de la excursión de su amigo. Con las señas de Sietecueros, un ligero estremecimiento nervioso animó las facciones de Chango. Su ceño se contrajo en gruesas arrugas, sus ojos se hicieron más hondos, su boca tomó tal expresión de dureza como que si todos sus dientes calzaran los unos en los otros, fuertemente. Energia y fiereza era la máscara de aquel semblante que en calma hacía sonreír á causa de su fealdad. Chango, no se hizo esperar de su amigo; en pie, dobló su cobija, embrazándola á modo de escudo, en tanto que empuñaba un machete liniero, el cual aunque sin vaina pendia de una correa de cuero sin curtir terciada sobre el pecho.



CAYENA: Casa de Gobierno

Cuando estuvo al lado de Sietecueros, le preguntó secamente:

—¿Qué hay?

—Nada, sino que como son muchas las gallinas te llamaba para que las recibas en tanto que las cojo.

—¡Gallinas! exclamó Chango con desprecio, yo creí que habías conseguido quien nos diera siquiera café, aunque de mala gana.

Sietecueros, sin dar oidos á la observación del camarada, se encaminó hacia la arboleda, sin dejar de hacer señas á Chango con la mano sacada hacia atrás pero sin volverse para mirarle. Chango le seguía pausadamente, sin evitar ruído como que si marchara por en medio el camino real. Cuando llegaron á la arboleda, Sietecueros, desembarazándose de la cobija se llegó á un árbol y comenzó á subir; en esto, se abrió la puerta de un rancho que sombreaban aquellos árboles y apareció un hombre armado con una escopeta, inspeccionando los árboles. Sietecueros, se dejó caer del árbol y al lado de Chango, se estremeció como presa de violentas convulsiones.

—¿Quién está ahí?, con voz enronquecida preguntó el hombre del rancho apuntando en dirección de los camaradas.

Sietecueros se echó al suelo, pero Chango de un salto cayó sobre el hombre, diciéndole:

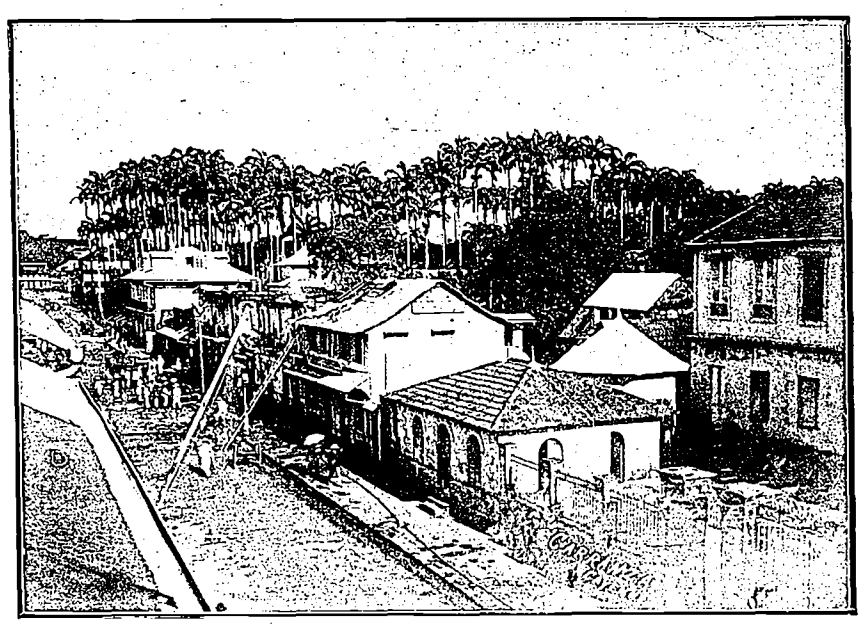
—La revolución! Incorpórate á la gente ó te mato!

—Chango! Carpio! gritó Sietecueros, creyendo que iba á matar á aquel hombre.

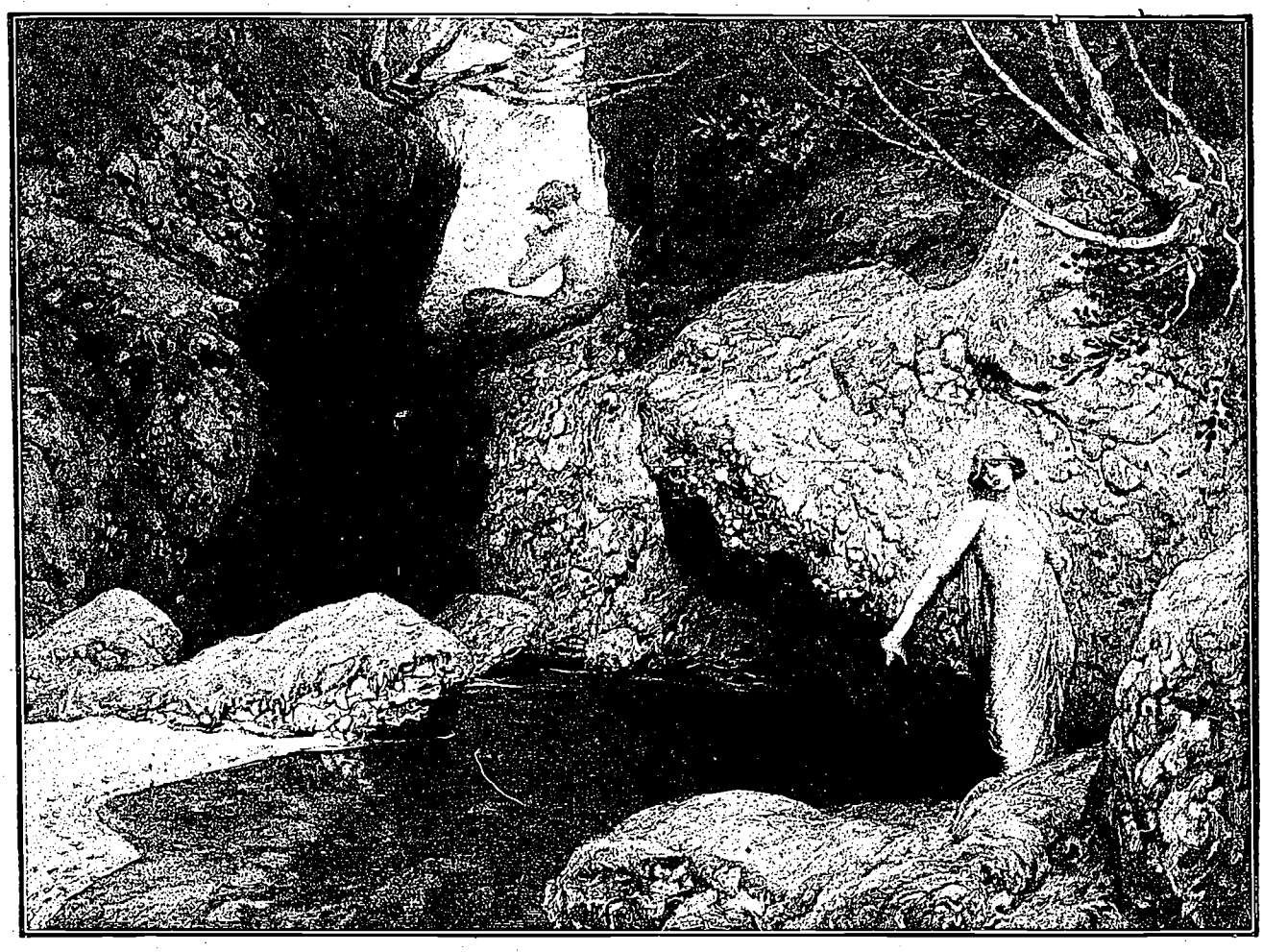
—Que te incorpores á la gente, gritaba Chango. Entrega las armas.

General Chango Carpio, balbuceaba el hombre, en tanto que Chango con la escopeta ya en sus manos, lo echaba por delante, declarándose así cabecilla en virtud del espíritu de revuelta que fermenta en los subsuelos de la conciencia nacional.

Con el despertar de aquel humilde y aterrorizado caserío, la fama le prestó sus alas de oro á la primera hazaña de



CAYENA: Calle de la Libertad.—[Fotografía tomada después de un incendio]



FERDINAND KELLER: Ninfa

Chango Carpio y Sietecueros. Para los contados moradores del desperdigado sitio, aquella madrugada habian tenido la honra de ser visitados, según unos, por una numerosa partida revolucionaria; otros, por un campo volante del numeroso ejército que atravesaba seguramente sus estratégicas selvas. Para éstos eran rojos, para aquéllos azules, para los de más allá gualdas. Y la prueba de todo ello, era el que se habian llevado á Juancho el cestero, el más manso de los hombres á pesar de ser el único borracho consuetudinario de la localidad, el cual por gustarle mucho la carne de los rabipelados y comadrejas, pasaba las noches en claro entregado á esta especie de caza, provisto de una escopeta que marraba siempre á causa de tener sujeto el gatillo á la caja con bejucos y cabullas.

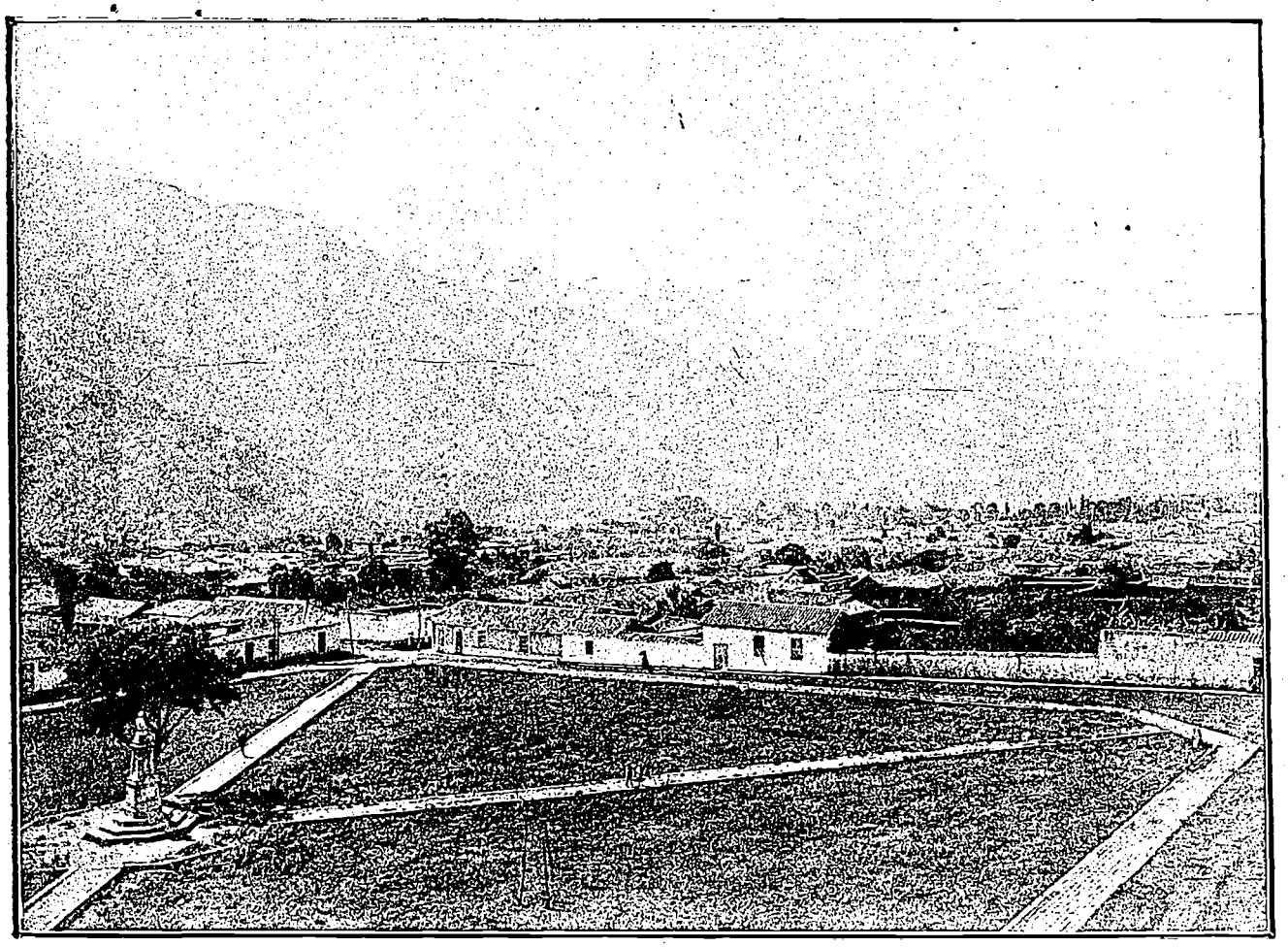
Pero es lo cierto que dado aquel primer paso por Chango Carpio, su espíritu guerrero lo llevó á cometer otras empresas aunque no contaba con otras armas contundentes sino con su machete, el garrote de Sietecueros, una nudosa asta, cortada en el camino, la cual gracias á sus muchos nudos ilustraba su dueño con caras de indios, viejos y animales según se prestaba la materia prima. Tales eran las armas, sin tener en cuenta la escopeta del cestero falla de gatillo y escasa de pertrechos. Mas como toda aquella revuelta era él, con semejantes elementos engrosó sus filas hasta una decena y algunas mujeres del partido sorprendidas en aventuras en sus salidas nocturnas é inesperadas á los caminos.

Con todo lo cual la fama de Chango Carpio y Sietecueros, volaba de loma en loma, de poblado en poblado. Despertaba viejos rencores, alimentaba sueños de gloria entre las gentes jóvenes deseosas de probar suerte en materia de aventuras. En el campo y en la ciudad la leyenda á prisa bordaba impenetrable velo á la truhanesca epopeya. Chango Carpio, era un táctico y sagaz guerrero, que surgia de las oscuras masas como un sol. Sietecueros, algo así como un león, con epidermis de caimán, donde se embotaban lanzas y balas. El uno era la inteligencia que aplastaba; el otro, la fuerza aniquiladora. En la ciudad cerebral, en la hermosa ciudad, donde late el sagrado corazón de la patria, los corrillos de eternos descontentos aguardaban de una alborada á otra ver coronadas las alturas por aguerridos batallones. Todas las empresas y deberes se emplazaban para después del triunfo. Los deudores. Los deudores veian en Chango Carpio y Sietecueros una tregua que los dejaba respirar. Los acreedores, un grato acrecimiento de intereses. Los matrimonios en ciernes una hermosa esperanza.

A tales extremos en boca de las gentes llegaban las aventuras de Chango Carpio, cuando en verdad él se encontraba en tan lastimoso estado, que llevaba vida de fiera en los montes, ocultándose hasta de su misma sombra. A punto que acorralado por el hambre y las enfermedades, en un distante y amedrentado lugarejo, dados los buenos oficios del padre de almas se entregó con todo su bagaje, la escopeta del cestero, á las generosas é indulgentes garantías de la autoridad. Y estalló la bomba y toda aquella montaña de ensueños se disipó, como las nieblas del Avila á los trashumantes soplos del de Catia.

Como en el fondo de todas las murmuraciones hay alguna migaja de verdad, es el caso, que andando los años, sea porque al pueblo le gusta acomodar el fin de sus héroes de un modo cónsono á la vida de éstos, ó sea una realidad, como es de presumir, se corrió con mucha instancia entre las gentes: el encontrarse el general Chango Carpio, de comisario mayor en su aldea, donde todo marcha á tajos y reveses. Y Sietecueros, y en eso sí que no mienten, ejerciendo de recovero, es decir, comprando pollos y huevos para revender en campos y poblados, trajinando por los caminos con su garrote historiado sobre el hombro, de donde pende de un lado los pollos y del otro los huevos en un cesto, con que tropieza en su recova.

LUIS M. URBANEJA ACHELPOHL.



Plaza de Milla. - (Fot. Floro Manco)

LUBRICAN

—

Es un prestigio universal el de las puestas de sol. La literatura moderna se desenvuelve en una decoración occidua, pródiga en floraciones crepusculares, extrañas ó intensas ó tenues floraciones que siendo de un mismo jardín celeste son nuevas cada tarde, como las rosas, las mujeres ó el vino.

¿Por qué amamos los crepúsculos vespertinos? pregunté á un amigo mio, doctor en cosas del espíritu.

—«Porque somos enfermos, almas seniles y fatigadas, poseídas de lo decadente, enamoradas de las sutiles agonías de las cosas y de la carne. Padecemos de un mal incurable, viejo como el mundo, surgido quién sabe de qué cripta del pensamiento, tal una epidemia removida en el fondo de un sarcófago asiático. Los poetas de la Edad de Oro bebieron salud en las mañanitas risueñas, con la sana alegría de las fuerzas juveniles, infantiles casi de la vida. Somos enfermos....»

¡Amable enfermedad de crepúsculo, que doras la vejez del espíritu humano! Soy tuyo. No quiero higiene ni antídoto, vulgares defensores del cuerpo, para curarme de tu dulce dolencia. Todo poeta, todo hombre sumergido como un egipán en el seno del crepúsculo, es un hermano, un afín á quien amo de lejos. Estoy más cerca de Napoleón desde que me lo mostraron *atravesando los Alpes para ver una puesta de sol en el mar de Sicilia.*

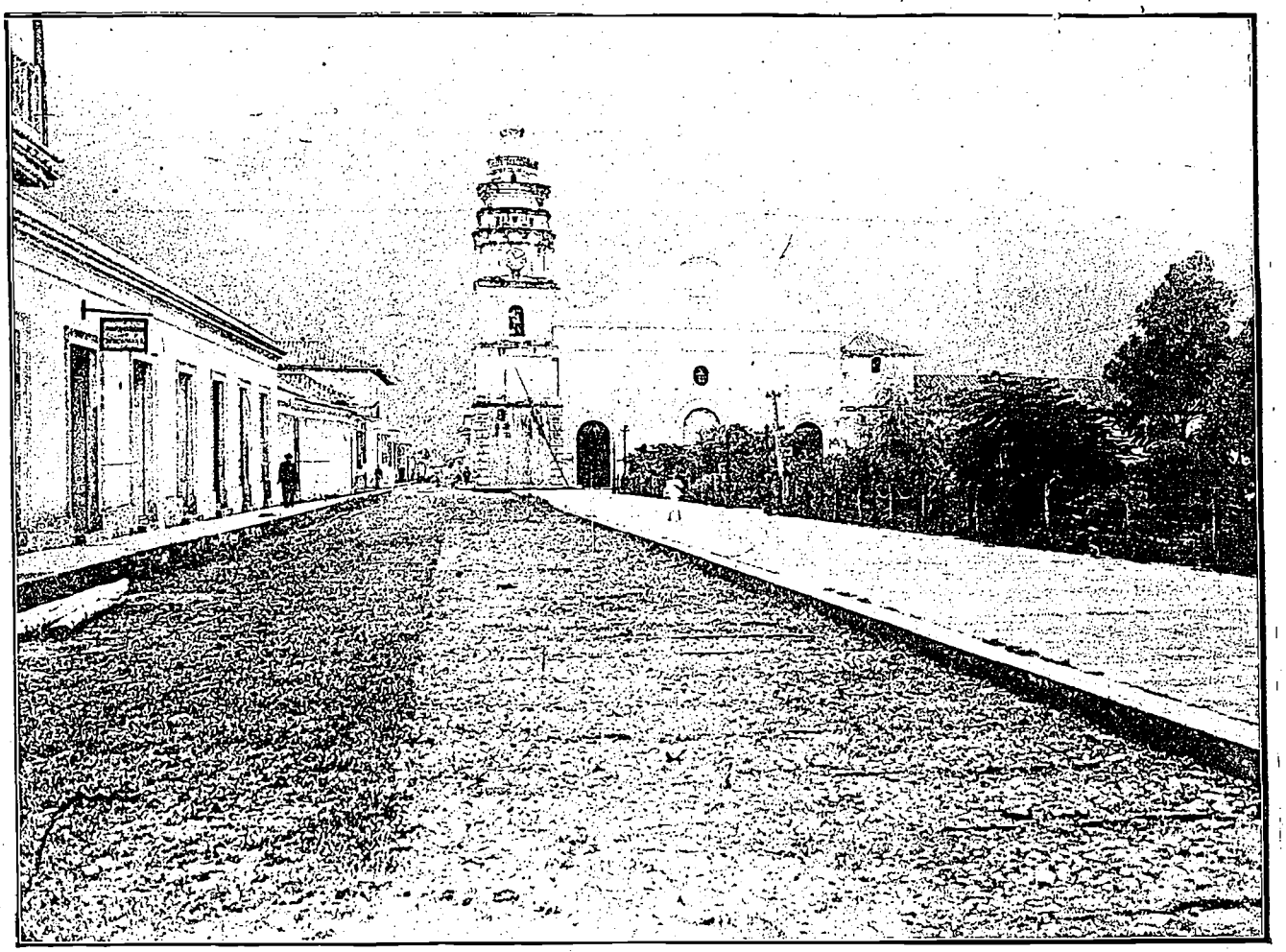
Sin embargo, hoy he visto nacer el sol. Confieso, con la tonta manía de decir muchas cosas que no interesan á nadie, confieso que casi había olvidado por dónde nace el sol. Un gran fuego en Oriente, me extrañó de pronto, y tuve segundos de vacilación antes de comprender que surgía el astro. Desde cuándo no lo saludaba! Los bronces del balcón se doran de luz, llueve oro sobre la ciudad, las colinas, el Avila. Oro de miel por lo rubio y lo suave.

El sol tramonta la montaña y el bosque. Gran madrugador, mortifica mis hábitos ciudadanos con su diligencia campesina. Consuélame un poco saber que los médicos me han dicho: «Duerma, duerma hasta las diez de la mañana, hasta las doce; duerma cuanto quiera.....» Yo no quiero dormir. Es un suplicio ático ese lecho que me sujeta al reposo, cuando yo quiero trabajar, leer, escribir mucho, llenar libros y periódicos y folletos, antes que huya la juventud y me salga al paso el maldito viejo del báculo.....

Meditar en la vida estéril, vida monótona y vana, causa vértigo de vacío. Allá, en un fondo de boquerón, el hilito de agua que no resistirá la sequía ni refresca un año la áspera garganta de la sierra....Pasa ante los ojos un crepúsculo de renunciación.....Pero el tenue hilo de agua sigue corriendo ignorado é infecundo, hasta desaparecer en una quiebra del cauce.

Noto que muchas cosas claras, vivaces ó dulces,—crepúsculos, vino, mujeres—proyectan vaga penumbra macabra en la tela de mi espíritu. Tengo triste la vida. También se dice de algunos catadores de lo añejo: «ése tiene triste el vino.» ¿Por qué un beso, una copa ó un rayo de sol fermentan melancolías, si el beso, la copa y el rayo de sol se truecan en oro, en el oro más puro que fabrican las potencias de la vida? Acaso un panteísmo inconsciente, que es ese deseo de todas las cosas bellas, fuertes ó lánguidas, nos prepara una vida temporal, algo fuera de nosotros mismos, como las existencias contemplativas de algunas religiones orientales.

Siempre más allá de la hora fija y del goce tasado, sentimos la sugestión de lo absoluto cuando realizamos—prácticas



Mérida: La Catedral. - (Fot. Floro Manco)

corrientes—los actos habituales que tienen para los demás frugales pero intensos regocijos.

Muchas veces, poeta, amaste en un momento de abandono, la casa bien regida y cómoda de tu vecino el mercadante; ó te dijiste: «Quién fuera don Fulano.....» Don Fulano es un señor obeso ó enteco que pasa todos los dias, á las doce en punto, por la esquina de las Gradillas, fatigado de la labor unisona y ávido de reposo. Pero bien mirado, poeta, tú no amas el menaje ni el reglamento. No importa que parezcas en público muy formal y prudente. Tu mundo interior irá revuelto y loco, semejante al escritorio mio, en que se traspapelan las cuartillas y se vuelca el tintero, como si trabajaran cien secretarios á prisa.

Corren veinte, treinta, cuarenta años arreo, y tú pones siempre en un término próximo la intención de mejorar tu vida. Mas el calavera que es en ti, te aconseja, te impulsa, te arrastra á la orgia de los ensueños, como un alegre camarada de quien no puedes prescindir.

Sabes, lo sabes dolorosamente, que tu lírica enfermedad,—mal de lirios, la blancura, mal de alondras, el canto,—apercibe contra ti ujieres y lacayos, solícitos de la salud y el sosiego del amo, y no encubres tu espíritu bajo la vestidura del cuerpo, porque el dia en que no teman tu contagio, cuando hayas sanado de tu dolencia, será tu día de morir.

Ni régimen curativo ni sanatorio quieres para ti. Mientras tu vecino se arruina viajando por Europa y Estados Unidos, donde deja su oro á cambio de recetas y cinturones eléctricos contra la melancolia—dispepsia;—tú persigues el sueño de la luna sobre las aguas ó el rayo de sol tamizado por las hojas, cosas viejas y cosas tristes que agravan tu divino mal con recaídas imprudentes.

—«Esto es incoherente. ¿Qué quiere decir todo esto?» oigo preguntar al lector, habituado al discurso lógico, cuyas partes se ajustan rigorosamente á los preceptos de la Retórica.

He querido ser ingenuo, por eso soy incoherente. La naturaleza es ingenua é incoherente. Mi alma se ha asomado á la ventana por ver el sol de mañanita y somnolente aún ha dicho cosas que no habria pensado siquiera á las dos de la tarde y que se guardaria muy bien de popularizar. En un instante de franqueza, que es el mismo en que nos echamos sobre la yerba, como en la infancia, ó acariciamos el áureo bucle de una criatura desconocida, ha revelado sus padecimientos y dudas, sus claudicaciones y altiveces, todo ese mundo interior que nos acarrea el despectivo «neuróPata,» cuando se exterioriza demasiado, ofendiendo sensibilidades abruptas.

Quisiera decir siempre las cosas asi, pero me obligan á disfrazarme para exhibirme en carácter, como un cómico ó un payaso. Concédaseme por favor que alguna vez me recoja en mi aposento y me revele como soy, triste ó alegre, con una leticia ó una murria muy mias, que no paga ni pide el espectador.

¿Hablábamos? Hablábamos del crepúsculo. El sol sigue dorando la reja de la ventana; es bello, manso y fuerte el sol de la mañanita, pero yo no amo su cara redonda y rubicunda de labriego madrugador, que rie á carcajadas de mis hábitos ciudadanos; prefiero el sol de la tarde, moribundo con el orgullo melancólico de los poetas, que se va alejando, alejando de la noche y se abre las venas en un baño de oro para purpurar su agonia....

LEOPOLDO S. LANDAETA.

FLOR NEGRA

—

Eres gitana de sangre perversa;
tus ojos anuncian funestos rencores;
fué mi suerte adversa
que puso en tus manos mis locos amores;
tu boca de sierpe, venenosa y tersa
destila el absinthio de inmensos dolores.

—

Eres felina, rebelde, ligera;
tus labios incitan deseos infernales;
tu andar de pantera
avivó el suplicio de mis viejos males;
tu seno de llamas, es ágil hoguera
donde la lujuria vierte sus raudales.

—

Eres insana, valiente, indecisa;
tus manos pregonan idilios infieles;
me causa tu risa
la emoción siniestra de los cascabeles;
tus pies alevosos, acechan de prisa
bajo la blancura de tus rasos crueles.

—

Eres amada de los libertinos
por las opulencias de tus desnudeces;
te gustan los vinos
porque amas el fuego de las morbideces;
tu carne maldita hirió mis destinos
pues bebí en tu cáliz infinitas veces.....!

J. I. VARGAS VILA.

PROSAS IMPRESIONISTAS

LOS TOROS BAJO EL SOL

—

Enferma de sol, fastidiada de luz, la sabana abre su tapiz bajo el cielo como un inmenso bostezo. Es un pobre tapiz descolorido y deslustrado, idos los matices jóvenes de sus verdes, mostrando la tierra, como una sucia trama, en el triste clarear de sus sedas antes brillantes y compactas.

El sol, como una soberbia y fulgurante pupila implacable, llamea un júbilo terrible sobre la vastedad desolada. En la crueldad de su luz cruda y uniforme, escasas palmas doblegan sus penachos secos como vetustas cabezas humilladas. Un mareo infinito hace palidecer la enorme y chata faz de la pampa.

En el aire, la luz impresiona los ojos con bermejeos trágicos de sangre. En los lejanos extremos, bajo el árido azul del cielo, una línea de oro solar ciñendo la miseria de la sabana, finge una corona regia en una sórdida cabeza desgreñada.

El agua muriente de un río espejea tristemente como un abandonado metal mohoso.

A lo lejos, vaguea una nube de polvo.

Lentamente se agranda y se hace densa. Se la ve hincharse como un globo, desplegarse como un abanico, clarear y dispersarse á veces como un humo amarillo.

Empiezan á dibujarse figuras en la terrosa nube en marcha. Un confuso tropel, lleno de lomos y puntas, pone cosas macizas y agudas en la flotante encajería envolvente.

Ya está cerca. Rompe el rojo sueño del aire con un jadear potente, acompañado de un sordo y largo patalco.

Desfilan los toros formidablemente, desfilan vistosos y fuertes, con matices y gestos diversos, sobre la aridez, entre el polvo, bajo la luz. Unos muestran la cabeza joven y nerviosa, finamente armada, y el ojo vivo y alegre. Sus movimientos son rápidos, llenos de inquietud, y tienen ondulaciones voluptuosas, cual de mujeres. Otros son gordos y solemnes; tienen el paso pesado y cuernos grandes y bastos. Sus ojos encierran una estúpida beatitud. Peludos, bravíos, hirsutos, con el mal en las pupilas y la amenaza en las astas, otros no dicen sino fiereza. Algunos, escuálidos, con la piel rugosa erizada de huesos, parece que llevan en los ojos la nostalgia de adorables cosas muertas: la nostalgia de las sabanas alegres, empenachadas de fresca juventud, de las tranquilas aguas claras, de los dulces soles sobre la húmeda yerba.

Desfilan los toros formidablemente. Lucen los cuernos marfil y ébano; algunos, negros y brillantes, tienen estrías de blancos nácares.

El polvo y el sol bañan las pieles, que son como tapices bárbaros. Las hay blancas, sin lustre, como algodones, moteadas de breves negruras. Otras son ricas de oro y seda; desiguales manchas amarillas fingen toscos oros viejos en la blancura tersa y brillante. Hay pieles grises, anilladas de negro, cual de culebras. Y las pieles negras: opacas, desteñidas, con tonos de herrumbre, ó densas como el carbón, ó tornasoladas de un azul profundo. Otras, rojizas, como cobres, tienen ligeros serpenteos de sombra. Y enmarañadas, terrosas, algunas parecen de áspero barro. Un enorme toro lento, albo y con los ojos claros, rosado el hocico y los cuernos lívidos, parece un germano primitivo, lleno de una ingenua majestad agreste.

Por sobre el tropel salvaje se yerguen las figuras de los peones. En la amplia llama del sol sus pañuelos ponen vuelos vistosos. Los sombreros de terciopelo sombrean sus rostros incultos que el calor, la fatiga y el paludismo hacen dolorosos. Pasan, en sus caballos llaneros flacos y ágiles. Sus gritos cortan bruscamente el rumor sordo y monótono del ganado.

La polvareda se aleja. El ruido muere, dejando, como un rastro, el silencio. Impera de nuevo el rojo sueño del aire. Y lentamente, se va desvaneciendo el rojo sueño. Al fin, el aire se hace dulce. Su dulzura es una sonrisa después de una tragedia.

La chata faz de la pampa finge un inmenso gesto lánguido bajo las suaves violetas del crepúsculo. El árido azul del cielo se destiñe en la frescura de la tarde como en una gran agua serena.

Hacia donde muere el sol marcha el ganado.

Nubes fuertes, relampagueantes de acero, rodean como fortalezas el ojo cruel que se aleja. Arriba se tiende una amplia nube gris. Y los cuernos de los toros, destacándose á la distancia, parecen purpurarse con la soberbia sangre del astro cruel.

CARLOS PAZ GARCIA.

CANCION DE PRIMAVERA

—

A RUBEN DARIO.

Divina Primavera!
Divina Primavera! Tus canciones
Florecen en mi alma todavía.
Aún derrama las locas vibraciones
De sus limpios cristales alegría!

Toda es flor la pradera;
Savia impetuosa bulle en la sombría
Selva virgen.....Divina Primavera,
No te vayas del alma todavía!

Arden al rojo sol purpúreas fresas
Sobre pomas de azúcar: su alegría
Muestran al sol desnudas satiresas;
Se humedecen mis labios de ambrosía...
Divina Primavera, es que me besas!
Bésame todavía!

Bésame todavía! Y la victoria
Del Cisne violador mi sangre fiera
Encienda...Y en la selva y la pradera
La Siringa y la Lira digan: Gloria!
Gloria á la Primavera!
Gloria á la Primavera!

J. T. ARREAZA CALATRAVA.

1906.

Los estudiantes en la revolución rusa: Educación del pueblo en ideales de libertad

REVISTA DE IDEAS

Resurrecciones?—Cultivos psíquicos.—Orientación educacional.—Los museos escolares y el Museo Pedagógico.

—

*** Es ahora conveniente la distancia establecida en el tiempo y en el ánimo, para referir y contemplar uno de los fenómenos morales más notables é importantes del año último. Señalo los movimientos religiosos conocidos con las denominaciones de "Resurrección de Denver," en los Estados Unidos y el "Despertar," en el sud del País de Gales.

Este último ofrece aspectos más diáfanos y menos complicados con detalles de orden social; se presta mejor que el fenómeno americano para la descripción y la observación, ambas operaciones realizadas con una gran justeza y una inquebrantable serenidad de conciencia por filósofo y sociólogo tan autorizado como Mr. W.-T. Stead. (*La résurrection religieuse.*)

Se trata de que en la región meridional del País de Gales se produjo, hace poco menos de un año, un repentino movimiento popular religioso, semejante al que descubren los exégetas en los tiempos mesiánicos; pero sin ningún carácter devocional, sin ninguna especialización sectarista, sin prédicas previas ni propaganda doctrinal: repentino, inesperado, misterioso é inexplicable para los mismos que lo sufren. Se aleja, en aspecto ético-social, del que caracterizó el advenimiento de Cristo y del que produjo las Cruzadas y la edad franciscana: este "despertar," esta sentida necesidad de reunirse, congregarse, intercambiarse las cuitas recónditas, llorar las faltas cometidas, renunciar espontáneamente y de una vez para siempre á todas las intemperancias y á todos los vicios, así como á todos los enconos y á todos los resentimientos, perdonar los agravios, suspender la calumnia, abrazar al enemigo, ahogar el dolor de la suerte aciaga, reproducir el gesto cristiano, volver al espíritu, traducir en acción la palabra de San Pablo, y arrojarse simultáneamente la multitud, de rodillas sobre la tierra y alzar al cielo la voz y la mirada, para inflar é inflamar los aires con las confesiones del arrepentimiento y el clamante alarido de las súplicas, este tumulto de piedad, digamos, de amor súbitáneo, no tiene caudillo, no se le conoce conductor, carece de apóstoles, no hace propagandas, no levanta cátedra, no se retira á la soledad, no abandona la vida, no se encierra en el claustro. Los adeptos son todos los pobladores del Gales austral; pertenecen á todas las sectas, á todas las confesiones y á todos los ritos: católicos, protestantes, anabaptistas, presbiterianos, metodistas; no hay templos, no hay imágenes, no hay sacerdotes; ausencia absoluta, sin deliberación y sin intención, de catequistas y de catecúmenos; el evangelio que se practica es el Evangelio, en todo aquello que diga amor, caridad: nadie lo enseña, todos lo sienten y lo ejercen. Lo incontestable, lo real, lo que han visto viajeros, curiosos, sabios, filósofos, comisionados de la administración inglesa, es que los que vivían en mancebía han pedido la doble consagración civil y religiosa, los ebrios ya no beben, los garitos han desaparecido por renuncia voluntaria de los jugadores á concurrir á ellos, han cesado las riñas, en las galerías de las minas, en los pozos, no se oyen ya blasfemias, ni maldiciones, ni juramentos; han desaparecido el football y los deportes atléticos.

El fenómeno es contagioso: suerte de histeria religiosa, se propaga con los caracteres de una sugestión colectiva.

Ahora bien, él se ha producido en un país de novela y de leyenda, de trabajo y de canto: el País de Gales, tierra de mineros, dura tierra de labor tenebrosa en la entraña de la hullera, teniendo al ruedo la playa acantilada del mar, que no brinda cariño al pescador, sino que lo arredra y ahuyenta. Vida industrial la suya, sin abono propicio al cultivo de ninguna preocupación subjetiva, antes urgida por el reclamo *negativista* de una faena la más áspera y práctica, grata al temperamento galo-sajón.

El "despertar" no tiene la restricción de los éxtasis individuales, de las visiones personales y de las alucinaciones que se relatan en la vida de los santos: el camino de Damasco fue *post* mesiánico, y fueron *propter* evangélicos los fenómenos de los Bernardo, Loyola, Lutero y Teresa de Jesús.

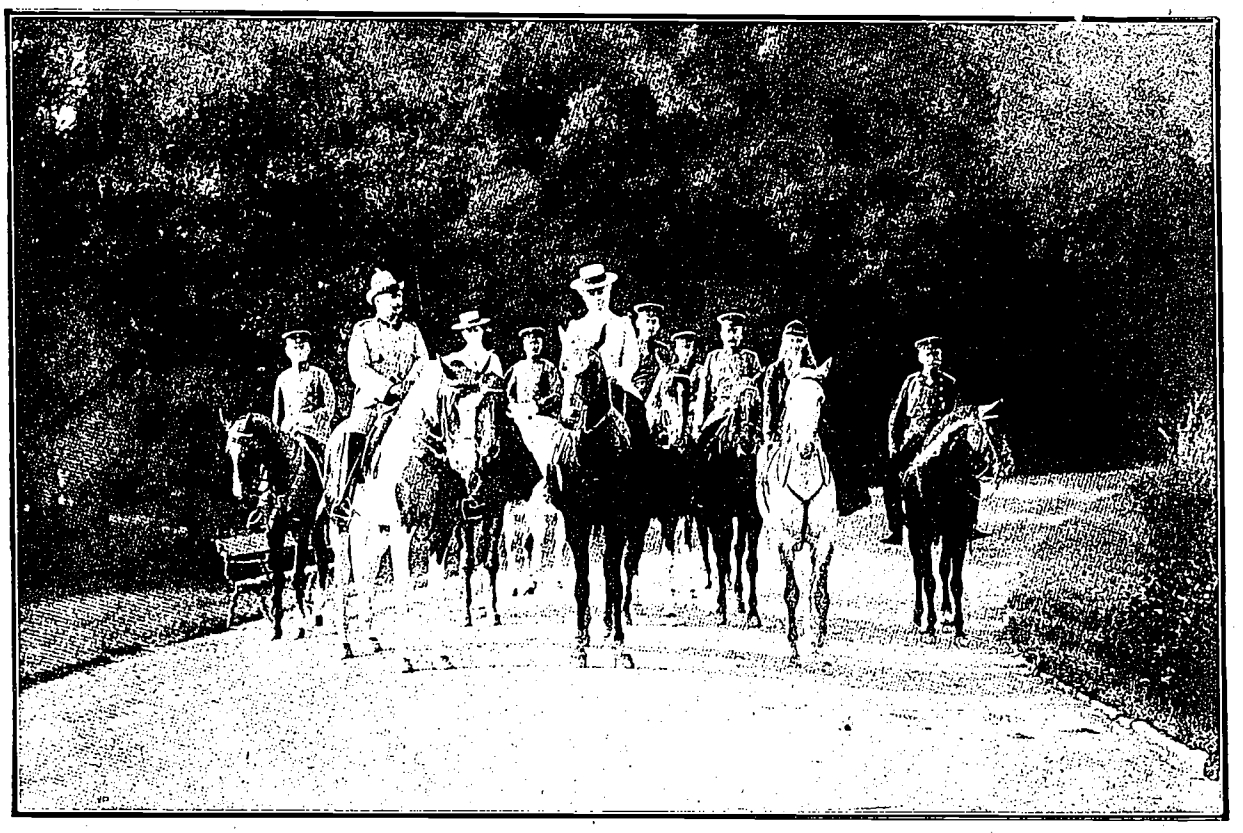
Este último movimiento comenzó por la *pasión* de uno, pero que, al ser trascendente, se reveló como potencial en todos: un pastor del condado de Cardigan, eglógico espíritu propio para la contemplación, por el género de su vida en retiro y en circunstancia agreste, oraba siempre que no presenciaba en silencio la pesada calma opresora del horizonte, del mar, de la montaña y de la llanura, oraba cuando en seguro triscaba el rebaño; y por las tardes, guiando al aprisco, musitaba rítmicamente esas cosas sin palabras, pautadas en una eufonía interna, que todo hombre prudente y tranquilo de su día siente que tremulan en los labios cuando va en busca de la sombra del hogar, por la hora del crepúsculo, á través de un campo cariñoso de discreteos, de luz tierna y de brisa intermitente. Como el pastor orase en una mañana, vió aparecer la Cruz: se sintió sumergido en una honda paz, que le daba alegría y tuvo una sensación precisa, fuerte, definida, de lo que llamamos esperanza, sin saber de quién, sin saber en qué. Intima zozobra indefinible fué á consultarle una joven, al verlo llevar una vida de tan profunda serenidad y placidez: él la dijo que orase, que orase sin sobresalto, confiadamente, en la seguridad de que la sobrevendría algo que la salvaría. A poco se celebró en la región una asamblea de "Esfuerzos" cristianos: el pastor habló en ella, se explicó como pudo y lo mejor que supo, pero con todo el fuego de sus sensaciones; otros hablaron también, pero él exigió que cada cual no dijese sino su experiencia espiritual, "pura y simple." Hubo entonces silencio, una pausa larga y dolorosa. En este conflicto, se dijo una oración; luego, volvió á reinar el silencio embarazoso. De pronto, éste fué interrumpido por la joven antes mencionada, quien, incorporándose, habló, vehementemente, con voz temblorosa: "Si nadie se levanta, yo obedezco. Amo á mi Señor Jesucristo con todo mi corazón." Fue la mecha puesta al explosivo y encendida: uno tras otro, los asistentes se levantaron y confesaron públicamente su fe, con lágrimas y acciones de gracia.

Así comenzó el "despertar," así continúa. Sin duda una superexcitación de la sensibilidad, un fenómeno de contagio moral, de la especie estudiada por Ebrard (*Le suicide considéré au point de vue médical*), Joly (*De l'imitation*), Despine (*De la contagion moral*), un caso de psicosis epidémica (Sighele, *La muchedumbre delincuente*); pero, ¿por qué en la dirección religiosa y no en otra?

*** Acaso se explique por una de esas reacciones psíquicas tan frecuentes en la dinámica moral, por las que á una acción práctica constante corresponde una aspiración ideal inversa. Aspiración que en los detalles de la vida corriente sirve de base axiomática á las leyendas y moralejas destinadas á comprobar ó á demostrar la imposibilidad de satisfacer una quimera de ventura completa para el individuo, fenómeno de que los grandes y sorprendentes movimientos como el que ha ocupado á Mr. Stead, son una expansión y una aplicación á los grupos sociales y á las multitudes. Las aldeas del País de Gales son todas mineras, las ciudades son esencialmente industriales, la naturaleza en los rededores y en los campos tiene el sello primitivo y la fisonomía severa: los diarios de información universal se leen allí por las mañanas y cada tarde; se viaja en tranway eléctrico; se comercia en hierro y en carbón; se comunica por teléfono; hay universidades, son numerosos los colegios, las bibliotecas públicas, los gabinetes de lectura: toda la civilización moderna, y la fuerte y profunda civilización inglesa, son exotéricas, enérgicas, ruidosas, fatigantes. Pero esotéricamente, *por dentro*, hay la necesidad de reposar el músculo y la arteria, de vacar el ánima, de ahuyentar el expansible escepticismo que del afán material sube é invade como una nébula estorbosa y tibia: el domingo, el galense entona himnos é improvisa plegarias, el espíritu se desquita de su propia energía septenaria. Se siente una íntima, una inmensa, una profunda necesidad de expansión, de amor, de afecto, de bondad.

*** ¿No tendrían una relación aplicativa estas ideas á nuestra evolución social? Vengo siempre de una cuidadosa incursión por las marañas de nuestra historia política y social, y doy en ella con la persistente identidad de un mismo espectáculo, con la tenaz sapidez de un mismo ambiente: por dondequiera, antigüedad colonial, principios de la Independencia, república de Colombia, república de Venezuela, regímenes centralista y federalista, estados excepcionales, anarquía ó autocracia, por dondequiera la política, la política, no la alta y púdica, la abstracta y honesta, sino la inquietante, la del fragmentario interés del "diario," única ocupación material, única preocupación obsediante, ligada, anastomozada á toda la vida social.

Es ella la que ha obligado á estudiar, á meditar, á ilustrarse, á huir de las actividades honorables, á referir á ella misma todos los ideales, á buscar la gloria y la fama, no para gustarlas en sano orgullo y en orgullosa salud, sino para aplicarlas como azacayas de la fortuna y del bienestar. Así, de todas las aptitudes ó facultades psíquicas, la que más ha trabajado en el venezolano, la que más ejercicio ha sufrido, es la inteligencia; lo que ha parecido voluntad disciplinada ha sido simplemente hipercinesia. Nuestras generaciones vienen cavilando, meditando la acechanza, concibiendo el ardid, formulando el plan, hablando, proponiendo, irritándose, desde que pensaron que debían ser suyas la tierra y el grano, pero sin realizar el esfuerzo de plantar la semilla. Admirables para el programa, magníficos para el



El "Kaiser" y la Emperatriz de Alemania

proyecto, pero en los días serenos de la aplicación útil, mantenida, constante, prima inevitablemente la dificultad ideológica, la torpeza ejecutorial, como si toda la aptitud y la energía se hubieran agotado en la concepción y cada quien se atuviese á que su contribución y colaboración cesan en el consejo.

Y, en efecto, ha habido un agotamiento largo y constante de voluntad y ningún desarrollo de sensibilidad. No en vano se propone una idea que guarda silencio indolente, en el momento oportuno, en el seno de las asambleas, ó se levanta un proyecto que es agujereado á balazos en el frenesí de las batallas: los hijos de los desencantados y los hijos de los extenuados, padecen de degeneración, de debilidad congénita, de malformación psicológica y fisiológica.

Debe haber, pues, en el alma del venezolano un ancho espacio que cultivar, sembrándole inteligentemente y oportunamente nociones de un orden psíquico, diferente en orientación al que ya ha dado todo su producto sin medra. Cansancio, que llaman repugnancia, de la sanguinaria labor, lo hay, por suerte aprovechable para hacer ocupar ese rumbo de trabajo con otra clase de fuerza. Claro es que no tomo en mientes para la insinuación á los hombres de las generaciones actuantes, ya refractarios á otra modalidad profunda.

*** ¿Pero los que van á formarse? Creo que se puede aprovechar la incipiencia psíquica para orientar ideales, reformando radicalmente, absolutamente, el sistema educativo. El solo hecho de cambiar por otro nuestro método teórico, ideológico, lírico, de enseñanza, reemplazándolo con uno demostrativo, objetivo, uniforme, bastaría para alterar profundamente el concepto de vida y el aspecto funcional, mañana, en la política, en la sociedad y en las industrias, de las generaciones en infancia que ahora están en las escuelas. Un instituto normal, apenas para una veintena de hombres jóvenes, que quieran consentir en ir á *aprender* cómo se enseña, haría tanto servicio como los que en la enseñanza científica está ya prestando, entre nosotros, el método experimental en el laboratorio y en las clínicas del Vargas.

Seguramente que ejercerá una intensa é indestructible influencia en las ideas y en los procedimientos de los hombres de mañana, el recuerdo, el conocimiento y la práctica de una escuela en que el alumno, solamente por medio de la vista, del oído y del tacto, vaya elevándose gradualmente á un acopio de nociones que no tanto le establecen una amplia base segura para la instrucción ulterior, como le señalan horizontes despejados para la mejor expedición de la vida. Es poderoso que entre las impresiones de la infancia aparezca más tarde, para siempre y continuamente, la escuela en donde las primeras sensaciones visuales y tactiles fueron producidas por gabinetes ordinalmente dispuestos en muestrarios que contengan, para ejemplarizar: compendiums métricos, en donde el niño pueda *ver*, *tocar*, y acostumbrarse á manejar diariamente, globos terrestres, "metros" planos y plegadizos, cadenas de agrimensor, decámetros de cinta, "decímetros" cúbicos desmontables, doble-decímetros, series de medidas de hoja-lata para vinos, leche, aceites y de madera para granos, balanzas de Roberval, series de pesas en bronce y en cobre, colecciones de monedas; instrumentos complementarios, como termómetros de alcohol y de mercurio, lentes, diapasones, brújulas, imanes, plomadas, niveles de albañil y de aire, silones, probetas, barómetros, transportadores, escuadras, tees, compases, colecciones de sólidos geométricos. Luego, en gabinetes sucesivos, la incitante exhibición, la instrucción bajo disfraz recreativo, de todo cuanto en el correr de la vida y en el fluir de los días se descubre que son detalles, minucias de ciencias, de artes y de oficios, que en adelante reclaman gasto de energías y de tiempo, cuando ambos ya vienen retrasados por infinitas urgencias y por cuidados perentorios. Hora y estado cerebral en que pormenores y cosas pequeñas pero importantes, tienen que aprenderse festinadamente é imperfectamente, en una enojosa consulta enciclopédica. ¡Cuánto no hemos sido felices en evitárnosla, los que un día no fuimos sino media docena de niños en presencia de un profesor extranjero, que sin habernos obligado á abrir ningún libro, ni á supliciarnos sobre los enigmas de los textos clásicos, nos dió objetivamente una vastísima instrucción escolar, acaso la más extensa y la más completa que se haya recibido en Venezuela, en materias primarias!

¿Qué grupo de generación nueva ha *visto* en sus días infantiles de escuela, acaso en su adolescencia, los colores del espectro en discos que demuestren y enseñen trasparencia y reflexión, imágenes persistentes, accidentales, complementarias; muestras de cueros y pieles, lana y sus derivados, pelos textiles, crines, huesos, plumas, maderas industriales, oleaginosas, tintóreas, gomas, resinas, "cauchos," piedras, etc., etc.?

No será mucho pensar el que requiera la visión de una sociedad inmediatamente próxima en el porvenir, formada por los hombres que salieran de esas nuevas escuelas, montadas sobre una base objetiva y de demostración. La sola disposición de sus locales, el solo orden en que fuesen colocados los muestrarios, abreviaría las fatigas, el esfuerzo estéril casi siempre y evitaría el incalificable didactismo de hoy, en que los maestros gastan infecundas energías y los alumnos ven caer en botón las flores de su integridad, en un perpetuo atentado contra la naturaleza misma. Aun el pesado y complicado asunto de las clasificaciones quedaría de antemano simplificado, por virtud de la objetividad primaria: en una escuela de segunda enseñanza, en sus museos, el alumno iría recorriendo progresivamente las secciones en donde en un orden rigurosamente científico, estaría obligado á ver los esqueletos montados de los vertebrados, *de bulto:* desde los carniceros hasta los roedores, desde los rapaces hasta los palmípedos, los reptiles, los batracios, los

peces, los articulados, los moluscos, los zoófitos; daría con los herbarios representativos de los tipos botánicos; llegaría á las colecciones minerales, á las muestras de rocas y de fósiles característicos de los principales terrenos; vería el aparato digestivo completo, desde la boca hasta los intestinos; el sistema circulatorio, el corazón entero y cortado; el sistema respiratorio y el sistema nervioso, de la laringe á los pulmones, del cerebro á la médula; los cráneos de carnívoros, de roedores y de rumiantes, aprendiendo en ellos la diferencia de dentición; y alcanzaría á una educación para su edad brillante, nutrida de condensa savia de vida práctica y de superioridad mental, y harmoniosa si la complementa con el manejo de instrumentos pautado en nociones de física, de manera que conozca en sus diversas ramas, tanto teóricas como de aplicación, desde los conos para demostración de equilibrios hasta el tubo de Newton, desde el martillo de agua hasta el agua en el vacío, desde el pirómetro hasta el cryóforo, desde la máquina electro-estática hasta el teatro de marionetas, desde la piedra de imán natural hasta el motor eléctrico, desde la harmónica química hasta el *flageolet*, desde la linterna mágica hasta los tubos fosforescentes.

El rector de semejante escuela no sería, en definitiva, sino director de museo; y sus alumnos, visitantes.

ELOY G. GONZALEZ.

CAMILLE BELLANGER: Pozos antiguos

LIRISMOS DE ACTUALIDAD

UN día el Espíritu del Siglo se encontró con el alma del rey Salomón, el soberano dominador de la sabiduría vencido por el amor.

El Espíritu habló de esta manera:

—...Habréis de saber que hoy hay una confusión lamentable entre los naturales de mis dominios. Como «mi mundo» resulta bastante complicado, porque la mayor parte de los viejos ideales se ha transformado, el rabioso misoneísmo de algunos ha llegado hasta calumniarme. ¿No habéis oído hablar de un *crepúsculo de los pueblos*, supuesto derivado de la *tristeza contemporánea*, á su vez síntoma alarmante del *mal del siglo*? . . .

Los siete pecados capitales, severamente estigmatizados por nuestro Jehová, encadenan hoy la vida humana, como la encadenaron en vuestra éra y en las posteriores. Son (vos lo sabéis) las resultantes de los instintos naturales, que modifica, pero no elimina, el poder de la cultura. Precisamente, si «mi mundo» es bello, de una belleza vivificante y armoniosa, es porque he logrado encauzar en beneficio de la especie esos pecados. Por mi influjo la soberbia se ha convertido en superior elemento civilizador: caracteriza la energía insólita de los superhombres, mis inmediatos delegados en el planeta. La avaricia, eficazmente conducida por mí, ha poblado los desiertos y las selvas de Africa, llenado el mar de naves y elevado las artes suntuarias á tal extremo, que vuestra famosa huéspeda de Sabá aparecería como indigente ante el lujo de cualquier burgués de París ó de Edimburgo. Hasta la mismísima pereza, reputada como un factor negativo de progreso, se ha poetizado por obra mía: hoy *il dolce far niente* denuncia un sibaritismo de tal amplitud que las discutibles delicias del Nirvana tienen trasuntos en mi medio. A fe mía (y no es presunción) que en los siglos de los siglos jamás se había visto, como ahora, el espectáculo de un festín simbólico, en que las riquezas de la mente estuviesen exhibidas con tanta opulencia, en armonía con las riquezas naturales, las de la industria y las del arte. Si me permitieseis la puerilidad de un rapto poético, os diría, y el decir sería á más de bello, cierto: ya no podrá quejarse la estrella allá arriba, ni la flor aquí abajo, de que un culto exquisito las enlace, como en un ramillete de milagros, á la devoción del hombre moderno por la luz y la fragancia . . .

La complejidad divina de mi plan constituye la desesperación de los intrusos. A buen seguro que si Darwin y Bonaparte, por ejemplo, no me hubiesen legado, el uno la fe en la evolución y el otro la edificante poesía de la audacia, yo habría dado siempre un mentís á los que creen en una civilización localizada: la presuntuosa Europa estaba lejos de mí cuando la sorprendió que la gloria épica nimbase la frente amarilla de Togo y que la diplomacia fuese á la paz por la mano de Roosevelt.

He sabido aprovechar los antiguos tesoros para informar mi esencia, en la que hallaríais la más preciada diversidad de amplitudes salvadoras. ¿No véis que mientras la filantropía resta millones de dólares á Carnegie, el antiguo caballero *Cyrano de Bergerac* canta una romanza de romanticismo por boca de Rostand?

El torneo es complicado y grandioso. La espectativa del globo, en lo político, se dirige hacia tres grandes poderes que se presentan con sendas pretensiones de tutelaje civilizador: el grupo europeo, con el aparato bélico de sus grandes potencias: el grupo americano, con el desbordamiento imperialista de la Yankería; y el grupo asiático, con la hegemonía del imperio del sol de Oriente. Los sabios y los artistas de Europa habrán de darse la mano con los inventores y los industriales angloamericanos y con los marinos y obreros del mundo amarillo: el equilibrio mundial á que aspiro reclama la armonía de los factores supremos de mi labor.

El rey Salomón, turbado á ojos vistas, habló así:

—En mi tiempo abarqué, por la gracia de mi Dios, todo el saber de la época; y así pude escribir [pergaminos que se han perdido] sobre todos los asuntos, desde el hisopo hasta el cedro del Líbano . . . . Pero vos sois yo más la indefinida progresión de saber de un lote de siglos. Por lo tanto, no puedo comprenderos. Todo lo que me relatáis es enigma para mí. Más os diré, en vía de humilde advertimiento, estas razones: «El día en que mi yo pasional y mi yo mental estuvieron en desacuerdo, opté por el primero . . . y fui perdido ante la gracia de mi Dios . . . ¿No os podría servir de enseñanza esa lección?»

El Espíritu del Siglo se sonrió amablemente, meditó un instante y luego, con aire protector, concluyó de esta suerte:

—Este mundo vivirá ampliamente y multiplicará su poder de expansión, porque tiene fe en la fuerza, la que infunde la confianza en el destino que se va á cumplir. La recrudescencia de las pasiones por la conquista del mercado [oro y tierras], y la voz triste de las almas pobres que echan de menos «el ideal perdido,» por más que parezcan cosas contradictorias, son anuncios de un día muy claro de redenciones.

DANHAUSER: Liszt en el piano

El amor y el hambre continuarán siendo los poderosos incentivos de la vida universal; pero yo pondré en los cuerpos una gota de vino para que sean vigorosos, en las almas una gota de luz para que sean sabias y en los corazones una gota de perfume para que sean generosos. No dudéis que de ese triduo surgirá para la especie el ideal máximo, un gran lujo de riqueza, de ciencia y de amor, que difundiré por todos los pueblos del planeta para honra de mi divino mandante . . .

Terminó el coloquio. El rey Salomón se hundió lentamente en la eternidad y el Espíritu, solemne en actitud, paseó las miradas por el globo. El trabajo era el himno sonoro y melodioso que entonaban los pueblos fuertes, donde un sol de oro alumbraba la más inefable incubación de progreso. A lo lejos, en un limbo de perpetuas penumbras, sollozaban los fracasados, por ineptos, en la lucha por la vida . . .

El Espíritu tocó la aguja del horario de las civilizaciones y, entonces, como por obra de mágia, pudo ver, en un jardín de las riberas del Rhin, la más simbólica congregación de personajes. A un lado, en animada tertulia, veíanse un millonario de Nueva York, un almirante de Yedo, un naturalista de Londres, un obrero de Melbourne y un explorador del Sahara; y al otro, cantando aires de sus respectivos países, una prima donna de Milán, una abayadera de Benarés, una vendedora del Cairo, una actriz de Buenos Aires y una especiera de Amboina; y luego, ambos grupos, unidos, brindando con sendas copas de champaña por la prosperidad y la gloria de mañana . . .

ANTONIO S. BRICEÑO.

BAJO LA MÚSICA DE UN CUATRO

—

A Don Federico Alcalá

Una tarde de abril; el crepúsculo desparramaba rojas flores de acacia sobre el verde obscuro de los cerros; en el patio de la hacienda, sentados pacientemente en el viejo tronco de un bucare, un grupo de peones esperaba el arreglo de cuentas que el mayordomo hacia, apoyado al pretil descolorido de la sala de pailas. Charlaban y reían, y cuchufletas y decires iban aliñando con toda suerte de ajies. El blanco de las frases burlescas, frases que abrian el caracol de la risa en todos los circunstantes, era Pedro, el hijo de la vieja Raimunda, de la cual según las malas lenguas, habia muchas cosas qué contar de allá de sus quince años con el difunto Don Andrés, antiguo propietario de la finca, muerto de daño, por causa, según decires, de la bruja Raimunda, porque así la nombraban.

De sus maleficios se hacian eco todas las personas de la comarca, hasta aquéllas de los ranchos distantes.

Corria la versión de que Pedro era fruto de aquellos amores, y con los tonos más vivos contaban todos y cada uno sus detalles; una noche alguien los vió penetrar en la bagacera. Pedro oia sin oir los dardos que sus compañeros de trabajo disparaban certeros; y haciéndose de tripas corazón, hablaba y reia con el viejo Pablo que estaba á su lado.

Cuando tocó el turno á Pedro, acrecentó la burla, y fuerte hubo de hacerse para no extrangular en sus callosas manos á Ramón, guapetón de oficio, que se habia quedado enfermo de calenturas cuando pasaron las últimas guerrillas por la hacienda. Ramón era llamado «El Coporo,» en recuerdo de que en sus mocedades contaban en su pueblo, que cuando se iban á bañar al pozo de los jobos, tenia la habilidad de zabullirse y al aparecer á flor de agua, traer preso en los dientes, agitándose en las convulsiones de la agonía, un escamoso coporo, que como un trofeo, tiraba negligentemente á la playa, en medio de la estupefacción de sus compañeros, los cuales veian en tal hazaña un sueño que no podrian ellos nunca realizar en su vida errante y vagabunda rio abajo y rio arriba.

Cuando el mayordomo hubo terminado de arreglar las cuentas, ya las últimas flores rojas del crepúsculo languidecian, y la uña de la noche hincaba el azul infinito. Bandadas de loros y pericos con loca algarabía llegaban de los cacahuales distantes; los negros pajarracos de la noche, á cuyos cantos destemplados y tristes abre la negra rosa agorera con toda su tropa espeluznante

de temores, salían de las grietas del torreón y de los derruidos y vacilantes aleros del trapiche. Los perros, asentados en las patas traseras, miraban y ladraban á la luna; hacia la pulpería de la hacienda se dirigían los peones, y una vez allí, tras de una y otra copa de caña, dábanle rienda suelta á la nunca dormida fantasía. Los acordes de un cuatro poblaban el recinto; Ramón en un rincón de la venta, á horcajadas en una simétrica pila de leña, arrancaba al instrumento un sonoro joropo; á su lado un zambo fuerte y guaparrandón, con mil piruetas desataba los mil sones monótonos de las maracas, mientras con voz triste y cascada entonaba un corrido.

Un vaho alcohólico flotaba en el ambiente de la pulpería; nuevos cantadores se iban sucediendo los unos á los otros; el galerón agresivo volaba certero, y en más de una ocasión estuvo á punto de hacer erupción algún viejo odio dormido.

El cuatro, á medida que cerraba la noche, se iba haciendo más melancólico; sus notas volaban por sobre los cañaverales, como una bandada de capanegras á posarse en el orgullo de las espigas. En el callejón del trapiche apareció un bulto, y á la voz de ahí viene la *Bruja*, salieron varios á su encuentro. La viejecilla apoyada en una fuerte latica de membrillo, caminaba vacilante; y el viento agitaba como á dos alas, las dos puntas rojas del ancho y pintarrajeado pañuelo de Madrás que cubría su cabeza.

Cuando se hubo acercado al grupo que salió á su encuentro, preguntó por su hijo, y como alguien contestara negativamente, se alejó silenciosa por el ancho callejón, en cuyas orillas dos largas hileras de sauces proyectaban sombras largas en el camino polvoriento. Las ranas y los grillos al borde de la acequia cantaban, y sus cantos se perdían en el silencio de la noche junto con las notas melancólicas del cuatro, y como una bandada de capanegras se iban á posar en las rubias espigas altaneras. Cuando la vacilante silueta de la *Bruja* se hubo perdido en la sombra, apareció Pedro, quien contra su costumbre aquella tarde no había portado á cenar á su rancho; largas horas había andado por la orilla del río; largas horas de meditación y de odio.

Los dichos de la tarde por boca de Ramón, como finas y sutiles espinas de guazábalo se habían internado en su pecho, y el encono iba engendrando la venganza.

Cuando Pedro entró en la pulpería, un cantador le puso la mano en el hombro, y con tono de broma así le dijo:—Vaya un milagro.—"Quita-Baile", que así llamaban al cantador, era un viejo gañán de los fundadores de la hacienda; había conocido á Pedro desde muy pequeñito, y aunque sabía al dedillo todos los detalles de su vida nunca hacía alusión á ellos. El asistió al velorio de Don Andrés, y oyó asegurar de labios del mismísimo curioso que Don Andrés había muerto de daño; él había visto los sapos, culebras y lagartijos que le habían metido en la barriga, y los cuales le salían hasta después de muerto, por la boca, las narices y los oídos; había presenciado la escena de celos de la madre de Pedro con Don Andrés, cuando él regresó de la fiesta á que había ido al pueblo, y oyó de sus labios cuando la corrió de su lado con toda suerte de injurias, con toda suerte de ultrajes, después de haber bebido en la múcura de sus quince años, toda la miel de sus labios y de haber besado las encendidas clavellinas de sus mejillas. El la miró salir llorosa y desgreñada por el ancho callejón polvoriento hacia la ladera de las cocuizas; y favorecida de las sombras rondar la casa toda la noche, después de lo cual amaneció enfermo Don Andrés, echando culebras, sapos y lagartijos por las narices, la boca y los oídos.

Cuando en el vecindario corrió la noticia de la rara enfermedad que padecía el dueño de la hacienda, y de la cual sin duda alguna no escaparía, todos los vecinos señalaron como autora del daño á Raimunda, y aseguraban que la tarde anterior la habían mirado con raíces y hojas cuyas propiedades ignoraban, pero que no debían ser otras que las que le habían resultado en la barriga á Don Andrés.

El curioso más renombrado de la comarca estuvo toda la noche en vela á la cabecera del enfermo; y mientras más remedios le hacía, y trataba de encontrar la contra al daño, mayor cantidad de animales afluían. Con los primeros cantos de los gallos se presentó la muerte.

En los estertores de la agonía varias veces clamó el paciente por Raimunda, y fue en vano que la buscaran por todas partes, pues nadie dió con ella; ninguno sabía dar razón hacia qué lugar se había encaminado.

Su desaparición confirmó la creencia de que ella había sido la autora del mal.

Cuando apareció tres años más tarde, traía de la mano al pequeño Pedro, á quien todo el mundo señaló como fruto de aquellas relaciones. En toda la vecindad ya no la nombraban sino la *Bruja*, y fue pasando el tiempo hasta que llegó á oír el apodo, como una mina de fino oro que podía poner en explotación. Ella vivía de rancho en rancho y en todos ellos era bien recibida, pues si no la querían, la temían, y el temor es aún más productivo que el amor.

Pedro iba creciendo, y á medida que se iba haciendo hombre, le era más mortificante el apodo de su madre; cuando chico, en vano imploraba con cariños y buenas razones que no se la nombraran de esa manera; pues la comparsa de chicos, desdeñando cariños y buenas razones, se cebaba en gritarle á mandíbula abierta: el hijo de la *Bruja*, cuidado con el daño; Pedro se enfurecía, y más de un verdugón causó y le causaron en ambos carrillos.

Ya hombre, le era más mortificante el apodo, y por no escucharlo hizo pacto con la soledad; en el trabajo nunca hablaba, y en cierta ocasión llegó á tronchar la roja flor de un cariño por causa de una chanza alusiva; vivía la vida en unión de su anciana madre en un rancho cobijado de gamelote, alrededor del cual había plantado en una troje un jardín en tiestos y peroles, al cual le consagraba las primeras luces del alba y las últimas de la tarde. Fuertes y tupidas empalizadas de clavellinas cercaban el conuco; y en el conuco había desde la yuca amarga que nos brinda el cazabe hasta el mapuey morado; era el más rico y más variado que guardaba la hacienda; su jardín en más de una ocasión dió rosas y margaritas para adornar el altar de la virgen en el pueblo cercano.

Corrían apacibles las horas entre madre é hijo; pero un día Pedro se fue tornando cada vez más pensativo; en vano la viejecilla inquiría la causa de su silenciosa actitud; pues siempre recibía de los labios del hijo la misma respuesta negativa.

Al fin, una mañana, la anciana sorprendió en Pedro el primer indicio delator de una pasión. La actitud de Pedro se tornaba cada vez más extraña; largas horas de sol contemplando el azul infinito, sin que de sus labios se escapara frase alguna; de cariñoso que era se tornó huraño y taciturno; siempre absorto en la misma idea y presa de los mismos pensamientos.

Un nombre dicho al azar en boca de su madre, hizo encender con un fulgor extraño el cobre de sus mejillas; la anciana sorprendió el secreto, y pasó con maravillosa sutileza sobre el escollo, tal cual pasa una errante neblina sobre la cima en calma de un volcán.

Pedro frecuentaba diariamente el paso del río en la hora en que provista de su roja tinaja, iba en busca de agua, Rosa, la morena más sazonada que vieron los luceros; muchas veces quemaron sus miradas las formas tentadoras de sus pantorrillas, cuando recogida la falda é inclinando el cuerpo hacia adelante caminaba río adentro en pos de la onda limpia y trasparente.

En otras ocasiones, cuando salía á la arena de la playa, radiante de gozo la ayudó á ponerse en la cabeza la tinaja rebosada, que derramaba finos chorros de agua que al caer en las morbideces de su seno, empapando la tela, delataban las formas. Para calmar los celos que abrían en él los finos chorros que caían, cortaba ramos de urape y cuidadosamente los colocaba en la tinaja. Después, la miraba alejarse, y largo tiempo quedaba en sus oídos la música de sus palabras, y las notas del agua al golpear las rojas y negruzcas paredes del ánfora criolla.

Pero aún más que del agua, sentía celos de Ramón, el guapetón de oficio, que quedó enfermo de calenturas cuando pasaron las últimas guerrillas por la hacienda; él había sorprendido los requiebros que Ramón hacía á Rosa, y presenció cómo una tarde, se encaminó á su rancho con un ramo de nicuas. En el tronco de un mango miró hecho á puntilla en la corteza un corazón, y bajo el corazón una letra que él no conocía, pero que debía ser la del nombre de Rosa, pues conservaba en su memoria una semejante que había visto en la cartilla que por la noche pusieron varias veces en sus manos.

Cuando penetró en la pulpería después de andar largas horas errante por la orilla del río, las notas melancólicas del cuatro despertaron en él una legión de notas que dormían; miró á Ramón desgranar hábilmente la música, y aquella música agresiva agitaba todo el viejo odio nunca dormido.

De labios de Ramón había oído sin

oir por largos dias indirectas é injurias que como finas espinas de guazábalo las llevaba en el pecho; y por sobre todas aquellas espinas, abría la maligna flor de los celos. Los cantadores se sucedían los unos á los otros; las maracas pasaban de mano en mano y el vaho alcohólico poblaba el recinto mientras afuera, en el largo callejón polvoriento, al borde de la acequia, cantaban las ranas y los grillos, y las notas enlazadas con la música del cuatro se iban á posar bajo la claridad de la luna en las rubias espigas altaneras.

La proyectada fiesta se debia efectuar en el rancho de «Quita-Baile,» y ya éste comenzaba á tomar las providencias, para su mayor lucimiento; una damesana grande estaba rebosada de caña; otro afrontaba los bizcochos y el café. «Quita-Baile» se dirigió á Pedro, que apoyado en un rincón no daba señales de vida, y le habló al oido. Pedro, como quien despierta de una cruel pesadilla, con voz de trueno, dijo: «Yo pongo el muerto»; una carcajada general resonó, y Pedro, dando un salto, cayó sobre Ramón que rodó desplomado, mientras un mudo hilo de sangre se enlazaba á los mudos hilos sonoros de la guitarra.

R. BENAVIDES PONCE.

1906.

BONNAT: Los primeros pasos

LECTURAS UNIVERSALES

FRIVOLIDAD

[Lectum femenina expresamente prohibida al sexo débil: es decir, á los hombres].

Camille Duguet nos hace, en «*Je sais tout*» una revelación que ha de interesar, sin duda, al público femenino que suele leer EL COJO ILUSTRADO.

Vosotros, poetas, que venís á estas páginas en solicitud de una sensación artística; de un lírico espasmo producido por la magia de un estilo ó por la música de un verso; vosotros, sabios, que buscáis la docta signatura de un varón diserto para aprender en su prosa docente alguna irrevelada maravilla; vosotros—legión!—que hojeáis esta Revista como hojea una coqueta su místico breviario, en llegando á estas líneas arrojad el cuaderno. Frivolidad no es para vosotros.

Es para vosotras, vírgenes y madonas de mi tierra, que ha sido escrita esta frívola lectura. Insípida para el mundo masculino, esta lectura frívola será dulcemente sápida para todo femenino paladar, pues dice la grave doña Historia por boca del muy grave Schopenhauer, que, para la mujer, todo asunto terrestre adolece de falta de interés, si él no se refiere al último capricho de la moda.

Mientras llega el novio—son las ocho menos cuarto y él llegará puntualmente á las ocho—mientras mamá espera á su marido todavía en el Club—la puntualidad á veces se resiente con el matrimonio—mientras papá distraído en la sala de billar, ó en la tertulia política, se hace largamente esperar, leed estas líneas, y luego, vosotras vírgenes, en el coloquio íntimo, vosotras madres, á la hora de los postres, ya tendréis un asunto de conversación en que hará el gasto la mujer elegante de París, para descanso y alivio de alguna buena amiga, que, sin estas líneas, sería inmolada en aras de esa irremediable necesidad que, según el mismo irreverente Schopenhauer, siente la mujer en murmurar diariamente de los sujetos de su misma especie.

*

¿Cuánto gasta una mujer elegante de París en su toilette de alta ceremonia?

Hay en París tres categorías de mujer: la obrera, la burguesa y la aristócrata. Es á esta última que se refiere la revelación de Camille Duguet.

Cuando para los estrenos de la Opera ó para el baile de la Embajada la gran dama parisiense toma asiento en su automóvil, ya lista á penetrar en su palco ó en los salones donde brilla el Tout-Paris, la divina muñeca representa un envidiable capital por el lujo de su magnífico tocado.

El traje de una gran dama—no de una rastaquouère—ha sido confeccionado con riquísimas telas por uno de los grandes *faiseurs* de la rue de la Paix. En la pretina de la falda se lee esta palabra turbadora: *Paquin*. Paquin ha cobrado por su obra de arte, cuando menos, la modesta cantidad de 3.000 francos.

Este traje, que no es nada extraordinario, cae sobre interiores apropiados. Nuestra Virgilio en este paraíso ó infierno del gran mundo,

supone, sin exageración, que los *dessous* de una gran dama representan la siguiente factura:

Camisa y pantalones	150	francos
Jupon	150	«
Corset	200	«
Medias	30	«
Botines	70	«
Total	600	francos

A esos ciento cincuenta pesos, interiores, debemos sumar los setecientos cincuenta pesos del exterior, y tenemos un juicioso total de novecientos pesos. Para hacer una cuenta sin vulgares «picos» digamos mil pesos, pues los cien que faltan, apuradamente podrán alcanzar para un par de guantes de treinta francos, un ramo de flores del mismo precio—orquídeas de Londres ó crisantemas negras del Japón,—para el pañuelo de encajes de Bruselas, para los cenojiles con broches primorosos, para el perfume evocatriz de la brisa balsámica de Niza, para los alfileres y las horquillas de noble prosapia, y para tántos otros detalles misteriosos que la mujer de gran mundo emplea en los caros secretos del *boudoir*.

Las grandes soirées son en el invierno. Madame debe echar sobre el desnudo de sus hombros—la tisis es aleve!—una *fourrure* digna de cubrir la seda perfumada de su traje y de su carne. Armiño ó astrakan, una piel legítima vale 60.000 francos! Y puesto que el género de fiesta no le permite ponerse su sombrero de *tres mil francos*, como un sueño de blancuras polares, Madame prende sobre la noche de sus cabellos—donde un *coiffeur* poeta hizo un poema capilar—esa *dentelle* auténtica—Venecia ó Alençon—sacra prenda de familia que vale bien otros 60.000 francos.

Hasta la hora presente la gran dama tiene sobre sí la friolera de 124,000 francos. Pero, qué! ¿es que Madame vá á presentarse al baile ó á la Opera, sin más joyas que los ónix de sus ojos, sin más perlas que el prodigio de sus dientes? Ella menos que la duquesa de Pretoria, esa vanidosa yanki que tuvo el tupé de ir al último recibo del Elyseo con una veste toda salpicada—desde la orla hasta el cuello—con perlas negras y rosadas, todas ellas de idéntico grandor? Nó. La gran dama ata á su espléndida garganta—dogal maravilloso!—una sarta de reales perlas que un joyero experto avalúa de un diestro golpe de vista en 150,000 francos. Y sobre el moño—rubio como un manojo de mies, ó negro como un sedátil cuello de paujil—el buen tono manda engastar una diadema valedera ella sola de unos 5.000 luises de oro.

Y, cuando llegada al gran baile ó á la «primera» de la Opera, la bella dama retire la gamuza de sus guantes ¡cómo! ¿acaso porque ellas son de una perfecta lindura alba, van á quedar desnudas esas manos sobre cuya nieve sonrosada han de caer luego, los ósculos ardientes de la más pura galantería?

Hay que vestir de pedrerías esas picaras manos, y cada dedo fino—no contemos el mísero pulgar—cada dedo fino y agudo necesita una gema de 10.000 francos, puesto que Camille Duguet hace un presupuesto racional de otros 5.000 luises para sortijas nada más.

Y el peinado quimérico se sostiene con peinetas de carey; y en cada oreja debe titilar—como un rocío en un pétalo—la clara gota de un diamante; y en el cinturón—él mismo una joya—hay una hebilla que Benvenuto admiraría; y soportando el ramo de orquídeas hay un alfiler: un minúsculo lagarto hecho de una sola esmeralda fabulosa, y ¡qué se yo! las mujeres se adornan con tántos útiles diversos, que para todas esas superfluas necesidades se ha convenido en darle á la gran dama otros 100.000 francos, sin sospechar que su buen gusto la haga caer en un enjoyamiento rococó.

*

La gran dama está *casi* completa. Si algo le falta sería tal vez lo que á Córdoba le faltó en una ocasión según la famosa respuesta de su filosófico ayudante.

La gran dama sale para el baile ó á la Opera. Pasa algunas horas en la danza, ó escuchando, sin oír, la música de Glück ó de Mozart; y cuando á la puerta de la Embajada ó de la opera su valet abisinio ó algeriano abre la portezuela de su eléctrico automóvil; cuando á la salida de la fiesta, finos copos de nieve con ser blancos vienen á manchar la nítida blancura de su mantón de armiño, no es ya música ó palabras como música, lo que oye en el arroyo la noble y rica dama de París, sino la voz afónica y doliente de un viejo limosnero, haraposo y friolento, que le dice:

—*Madame, ayez pitié, s'il vous plaît, d'un pauvre.....*

El resto de la frase se ahoga en el taf-taf del automóvil que parte hacia el suntuoso hotel, donde la *femme de chambre* espera soñolienta el arrivo de Madame para servir el té, y para despojar á su señora del medio millón de francos que la dama del gran mundo acaba de exhibir en el baile ó en la Opera.

*

Es más de media noche. ¿En qué sótano siniestro, en qué boharda miserable estará durmiendo el anciano y afónico mendigo? ¡En qué trágica covacha, estará Caserio afilando á esta hora su bárbaro puñal nivelador.....!

RAFAEL SILVA.

París, 1905.

BIOGRAFÍA DEL ULTIMO MIÉRCOLES

Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce... son doce golpes de campana, que vuelan por los aires como un ramillete sonoro; también como una cruz de golondrinas con vuelo musical de órgano místico.

Las doce campanadas como un gran alfanje parten la noche en dos como si fuese una manzana negra la noche. La noche del miércoles, llena de rumores y gritos como un campamento en donde se disputaran trofeos.

La noche negra empieza su vida sin oro de estrellas y sin oro de luna; la lujuria de los gatos llena de sonidos los techos de tejas y las terrazas almenadas.

El gato llama á su hembra con un maullido largo como un cable de rumores. El maullido sale de su garganta como una nota de una vieja corneta; el maullido pasa por la sombra como si fuese quejido ó súplica. Vuela el maullido como un mugido de toro.

Muere la noche y una fría madrugada aparece con manchas rojas y geroglíficos amarillos. Fea madrugada sin oro celeste.

En la cuna del sol empieza á nacer un lago de púrpura de donde saldrá en su cuádriga de fuego el señor Emperador.

Ese lago de sangre empieza á iluminar al mundo como una gran luna escarlata.

Todo es rojo en esa hora sin sexo: las torres bañadas en sangre; las cúpulas como tiaras; los árboles como banderas, las calles como cintas flotantes.

Esa hora aseméjase al sueño de un beodo hidrópico: una plaza solitaria del este simula un lago blanco poblado de mástiles negros. Un torreón como el dedo de un fantasma señala una foca del cielo que atraviesa el espacio con marcha de góndola.

Es la hora de los fantasmas: hay otra nube violeta que finge un pájaro enorme con un largo pico de lirio.

Un instante más y el señor Emperador hará desaparecer las púrpuras del cielo.

Nace el sol como el ojo siniestro de una bestia del Apocalipsis—nace, y sube como un perfume fuerte ó como un humo potente.

La vieja ciudad pierde sus fantasmas y se hace el cielo un gran zafiro impecable. Los gallos apenas dicen músicas en los corrales y en las tapias.

De ese día nuevo podrán venir para los hombres mil martirios ó mil voluptuosidades. El nuevo día como una fresca rosa ofrece su perfume suavísimo.

Se va llenando de rumores la ciudad, de gritos, de vibraciones. Empieza la lucha de los hombres por la vida. La fea brega diaria—el eterno vulgar combate—la amarga batalla del hombre con el hombre.

Yo veo entonces desde mi ventana muchas vidas que sufren ó rien: los asnos cargados de legumbres camino del mercado.

Los obreros con paso acelerado camino del taller: las mujeres del pueblo con largos pañolones negros camino de la fábrica.

Desde mi ventana contemplo mil detalles que el ojo opaco del hombre corriente no distingue ni entiende; y pienso en ti, dulce lirio de mi predio, que no has penetrado en la selva de mis quimeras con fe de convencida.

¿Por qué dudas de mi victoria, camelia rara? Estrella, bandera, doctrina, símbolo....

He visto tus cabellos flotar en los aires como luminosas vías. Tus cabellos que podrían iluminar la noche muerta como un manojo de estrellas.

Vi tus ojos—tus ojos felinos de pantera ó joya, que se enterraron en mi cerebro como dos clavos crueles.

Tus ojos de martirizadora; ojos de domadora de leones podrían salvarme—flor de mi predio!

Pasé la noche en mi alcoba fría, y todo el silencio de la madrugada injurió tu recuerdo;—tu recuerdo — que flota como un péndulo, y silba como un viento sinfónico.

Sé que vives en una playa lánguida, y ves al mar todos los días como si fuese tu hermano. El mar rumoroso y azul como tus ojos únicos.

Quién sabe si mañana, tus brazos débiles de anémica se enredarán en mi cuello como dos serpientes voraces.

Esta noche desaparecida, pasada con el dolor de tu recuerdo, ha sido una nueva revelación:

He visto tu cuerpo blanco en la sombra, tal como surgías en mis bellas noches idas. Tu boca como un abismo que me llama....

E. MEISSONIER - Paris, 1870, 1871 - Museo del Louvre

¿Pasará mi amor como esta noche negra que acaba de morir? Si pasa este lento suplicio, dejará una huella de sangre y duelo como un combate de fieras.

No podrás olvidar nunca mis magias y mis músicas; seré siempre tu dulce pasado de ensueños; tu barca cargada de flores enormes, como lotos de leyenda. Tu pastor, conductor de albas ovejas mugidoras.

De este incomparable jardin mental, arranqué toda una primavera de corolas para alfombrar tu alcázar.

Jamás amargué tus tristezas con risotadas de jayán. Fué tu melancolia para mi, sagrada como un culto.

En aquellas tardes serenas y azules de enero—tus botinas amarillas dejaban dulces signos en la arena; marchabas apoyada en mi brazo como una enferma; tu tedio era amargo y mortal como un tósigo.

Tenias los ojos raros como una joven pantera, sentí tu mano como una garra y te amé como á una incurable atacada.

De esos hondos dolores de un muerto pasado, surgió para mi esta noche de insomnio en que las doce campanadas, como un gran alfanje, partieron la noche en dos como si fuese una manzana negra la noche....

JUAN D'SOLA.

PAGINAS EXTRANJERAS

EL VERDADERO AMERICANISMO

(AMERICANA).

El patriotismo local ó de campanario es pernicioso, pero es peor todavía la carencia de todo patriotismo. Algunos filósofos nos aseguran que en lo porvenir, el patriotismo, tal como lo entendemos, no será considerado como una virtud, sino sencillamente como una etapa en el camino seguido hacia la concepción de otro patriotismo nuevo que alcanzará á toda la raza humana y al mundo entero. Puede ser que tengan razón, pero los tiempos de que nos hablan esos filósofos están todavía alejados de nosotros muchos siglos. Realmente, los pensadores de esta clase viven tan adelantados, que no prestan ningún servicio útil á la actual generación. En tiempos tan lejanos, que no podemos formarnos idea de los sentimientos que dominarán entre los que entonces vivan, podrá suceder que el patriotismo no sea ya considerado como una virtud, como podrá acaso entonces ocurrir que el matrimonio monogámico sea mirado con desprecio, pero en el estado actual de estas cuestiones que no han variado desde hace dos ó tres mil años, seguramente en otros dos ó tres mil, las palabras *hogar* y *patria*, tienen una gran significación. En la actualidad, la traición, lo mismo que el adulterio, siguen figurando entre los delitos más graves que pueden cometerse.

Aun no cometiendo ninguna traición, se puede ser un ciudadano inútil. El que se europeíza, haciéndose incapaz de desempeñar su misión como hombre del lado acá del Océano, lo mismo que el que pierde el amor á su país natal, no es un traidor, pero es un ciudadano sin valor ni utilidad alguna, y en nuestro cuerpo político resulta un elemento tan pernicioso como el inmigrante que conserva su espíritu extranjero. Nada obra tan rápidamente, ni influye con tanta seguridad para hacer á un hombre incapaz de cumplir sus deberes en la sociedad, como ese estado de ánimo inconsistente, llamado cosmopolitismo por los que lo poseen.

No es solamente preciso americanizar á los inmigrantes que se establecen entre nosotros; es más necesario todavía para aquéllos que son americanos por nacimiento y por familia, que no abandonen sus derechos, que no se humillen, con una ceguedad tan incomprensible como despreciable, ante los dioses extranjeros que nuestros padres desdeñaron. Nadie creería que fuese preciso hacer notar á los americanos que al esforzarse en imitar otras civilizaciones, se convierten en objeto de burla para todas las personas razonables, y, sin embargo, tal advertencia es necesaria para muchos de nuestros conciudadanos, que se enorgullecen de la importancia que han alcanzado en el mundo de las letras ó de las artes y aun acaso por lo que llamarían su acción directora en la sociedad. Es siempre preferible producir un original que una imitación, aun cuando la cosa que se imite sea superior al original y nada hay que decir con respecto al insensato que se satisface imitando un modelo inferior.

Aun llegando á suponer que los seres dé-

biles que procuran no ser americanos, tuvieran razón al considerar otras naciones superiores á la nuestra, es sin embargo cincuenta veces preferible ser un americano de primera fila que la mediana imitación de un francés ó de un inglés. Es un hecho evidente que los compatriotas nuestros que creen en la inferioridad americana, padecen alguna debilidad orgánica en su constitución moral, sea cual fuere el grado de cultura de su inteligencia, y la masa del país, que es vigorosamente patriótica y tiene un espíritu sano y robusto, hace muy bien en mirar á esos débiles renegados con un desdén entre indignado y sonriente.

Consideramos preciso emprender una guerra sin tregua contra los males de toda clase, incluso contra los que son esencialmente americanos. Aceptamos lo bueno sea cual fuere su procedencia, pero no admitimos como excusa de los errores de nuestros gobiernos, las equivocaciones resultantes de cualquier otro sistema político: el hecho de que el cortesano sea un bandido, no impide que el demagogo sea un canalla.

En las profesiones en que más nos hemos esforzado por imitar el convencionalismo europeo, es en las que menores ventajas hemos obtenido; cosa que sigue siendo un hecho todavía en los presentes momentos. Este fracaso se nota más aún, cuando uno de nuestros conciudadanos se establece en Europa; entonces se convierte en un europeo de segunda fila, porque es sobradamente civilizado, sensible y refinado y en cambio ha perdido la resistencia y el ánimo viril que le son indispensables en la ruda lucha de nuestra existencia nacional. No olvidemos que el que se coloca en este caso, no llega á ser nunca un verdadero europeo, y deja en cambio de ser americano, para convertirse en nada; abandona un gran bien, con la esperanza de adquirir otro mejor y acaba por no tener ninguno. El pintor que va á París, no con el objeto de procurarse dos ó tres años de completa instrucción artística, sino con intención de establecerse allí, decidido á seguir las sendas por donde pasaron ya millares de caminantes, en lugar de lanzarse abiertamente para triunfar ó estrellarse de una vez en un camino nuevo, lo que hace es acabar con todas las probabilidades de llegar á hacer un trabajo superior, no pudiendo aspirar á otra cosa que á esa especie de mediocridad que consiste en hacer de un modo aceptable lo que otros hicieron mucho mejor, sin conseguir, en cambio, por lo general, llegar siquiera á vislumbrar lo grande que se ofrece á los ojos de los que pueden leer en el libro del pasado y del presente de América.

Y lo mismo sucede al literato adocenado que huye de su país porque á su sentimentalismo delicado y afeminado parecen harto groseras y rudas las condiciones de vida en la parte acá del Océano, ó en otros términos, porque no pudiendo desempeñar su papel de hombre entre los hombres, procura ponerse al abrigo del viento que endurece las almas bien templadas. Ese emigrado, podrá escribir versos bonitos y agradables, artículos, novelas, pero no hará nunca una obra comparable á la de cualquier colega suyo que haya sido bastante fuerte para no apoyarse en nadie y trabajar como un americano.

TEODORO ROOSEVELT,
Presidente de la República de los Estados Unidos.

AYUN

(ESPAÑOLA).

Mal conocido es en España el nombre de este peregrino artista, aunque sus obras han estado y están á la vista de todo el mundo, y nos son familiares como si fueran obra nuestra. Es el ingenuo bordador de los pañuelos de Manila, el inventor del tipo de rameado más vistoso y elegante, el poeta fecundísimo de esos madrigales de crespón compuestos con flores y rimados con pájaros. A este ilustre chino deben las españolas el hermosísimo y característico chal que tánto favorece su belleza, el mantón de Manila, al mismo tiempo señoril y popular, pues lo han llevado en sus hombros la gran señora y la gitana. Envolverse en él es como vestirse con un cuadro. La industria moderna no inventará nada que iguale á la ingenua poesía del mantón, salpicado de flores, flexible, pegadizo y mate, con aquel fleco que tiene algo de los enredos del sueño y aquella brillantez de color que iluminaba las muchedumbres en los tiempos en que su uso era general. Esta prenda hermosa se va desterrando, y sólo el pueblo la conserva con admirable instinto. Lo saca de las arcas en las grandes épocas de la vida, en los bautizos y en las bodas, como se da al viento un himno de alegría en el cual hay una estrofa para la patria. El mantón sería una prenda vulgar si tuviera la ciencia del diseño; no lo es por conservar el carácter de las artes primitivas y populares; es como la leyenda, como los cuentos de la infancia, candoroso y rico de color, fácilmente comprensible y refractario á los cambios de la moda.

Pues esta prenda, esta nacional obra de arte, tan nuestra como las panderetas y los toros, no es nuestra en realidad más que por el uso; se la debemos á un artista nacido á la otra parte del mundo, á un tal Ayún, que consagró á nosotros su vida toda y sus talleres. Y tan agradecido era el buen hombre al comercio español, que enviaba á los de acá su retrato y los de sus catorce mujeres, unas señoras tiesas y pálidas como las que se ven pintadas en las tazas, con los pies increíbles por lo chicos y las uñas increíbles también por lo largas.

B. PÉREZ GALDÓS.

UNA LECCION DE LA PLAYA

(FRANCESA).

Los romanos, que eran gente experta en el arte de vivir, no habían quizás inventado del todo los Casinos; pero tampoco dejaban de pasar la estación á las orillas del Mediterráneo, en sus villas de Baias y de Tarento. Les gustaba, como á nosotros, reunirse y conversar en la playa; y hacían ir allí, para distraerse, histriones y tocadores de flauta.

Allí, frente al mar, la vida es dulce y elegante. Está, en suma, constituida por una ingeniosa combinación de los placeres de la sociedad culta y de los del campo, con más variedad y libertad que las que ofrece la «vida de castillo».....

Voy á referíros una historieta verídica: es su único mérito.

Hacíamos, ayer, un gran paseo á lo largo del mar. Teníamos con nosotros mujeres jóvenes y niñitas de toilettes claras, risueñas y florecientes de salud, de una salud pulcra y cuidada, delicada en su frescor: una salud de ricos.

Encontramos un gran rebaño de bueyes, acorralados en lo alto de la duna. Nada más bello que el perfil de los bueyes sobre el mar y sobre el cielo. Pero, como el corral estaba abierto, los niños tuvieron miedo y no querían pasar. De pronto, una forma humana surgió de la yerba en donde estaba acostada: un pobre hombre, cubierto con una piel de cabra, la cara color de tierra. Era el boyero. Llamó á su perro y tranquilizó cortésmente á la compañía. Tenía consigo á un niñito, raquítico y feo, que parecía tener seis ó siete años. Una señora preguntó:

—¿Es su chico?

—Sí, señora.

—¿Qué edad tiene?

—Once años.

La señora exclamó, un poco aturdidamente:

—Once años! Pero es de la edad de Juanita!

Ahora bien, Juanita es una hermosa niña, ya grande como una mujer, con una bella cara redonda y rosada. El hombre contempló á la niña y dijo:

—Oh! señora, es que vuestra señorita come carne!

Dijo esto con sencillez, sin amargura, y aun sin sorpresa. La señora lo interrogó. Nos dijo que tenía ocho hijos, que ganaba veinte centavos por día, pero que pagaba cincuenta francos en la granja en donde estaba empleado, por alojamiento de su mujer y de sus hijos. Y no se quejaba de esto. Agregó que sus dos mayores podrían pronto ganar algo. Estaba absolutamente resignado: miserable, pero no desdichado, á lo que parecía. Os digo lo que he visto.

Se le dieron al hombre algunas monedas, pero la elegante compañía quedó pensativa ante aquella revelación súbita, de una existencia tan diferente de la suya, de una humanidad tan poco parecida á aquélla que frecuenta los exquisitos Casinos de verano.

Hay cosas tristes que bien se saben, pero en las que no se piensa. Las damas de sabias toilettes, bellas á la vista como flores, se preguntaban cómo dos personas mayores y ocho niños pueden vivir con veinte centavos por día, y hacían cálculos. Yo traté de figurarme el alma de aquel pastor, cuáles eran sus pensamientos y cuáles podrían ser sus alegrías. Dos formas extremas de la vida, la más próxima á la naturaleza y la más distante, la más desnuda y la más paramentada, la más ruda y la más enternecida por la industria humana, venían de pronto á encontrarse una frente á otra,—bajo la mirada de los grandes bueyes, que no se cuidaban de ello, y á la orilla del mar, que, ciertamente, rodaba sus olas mucho tiempo antes de la aparición de la vida humana, y las rodará mucho tiempo después de su desaparición . . . Hé ahí una idea muy propia para consolarnos de los males de otro, y aun de los nuestros, algunas veces.

JULES LEMAÎTRE.
De la Academia Francesa.

EL IMPERIO DE LOS MARES

(INGLESA).

Sobre las olas gozosas de la mar azul y sombría, nuestros pensamientos, como ellas, no tienen límites, y nuestras almas son libres.

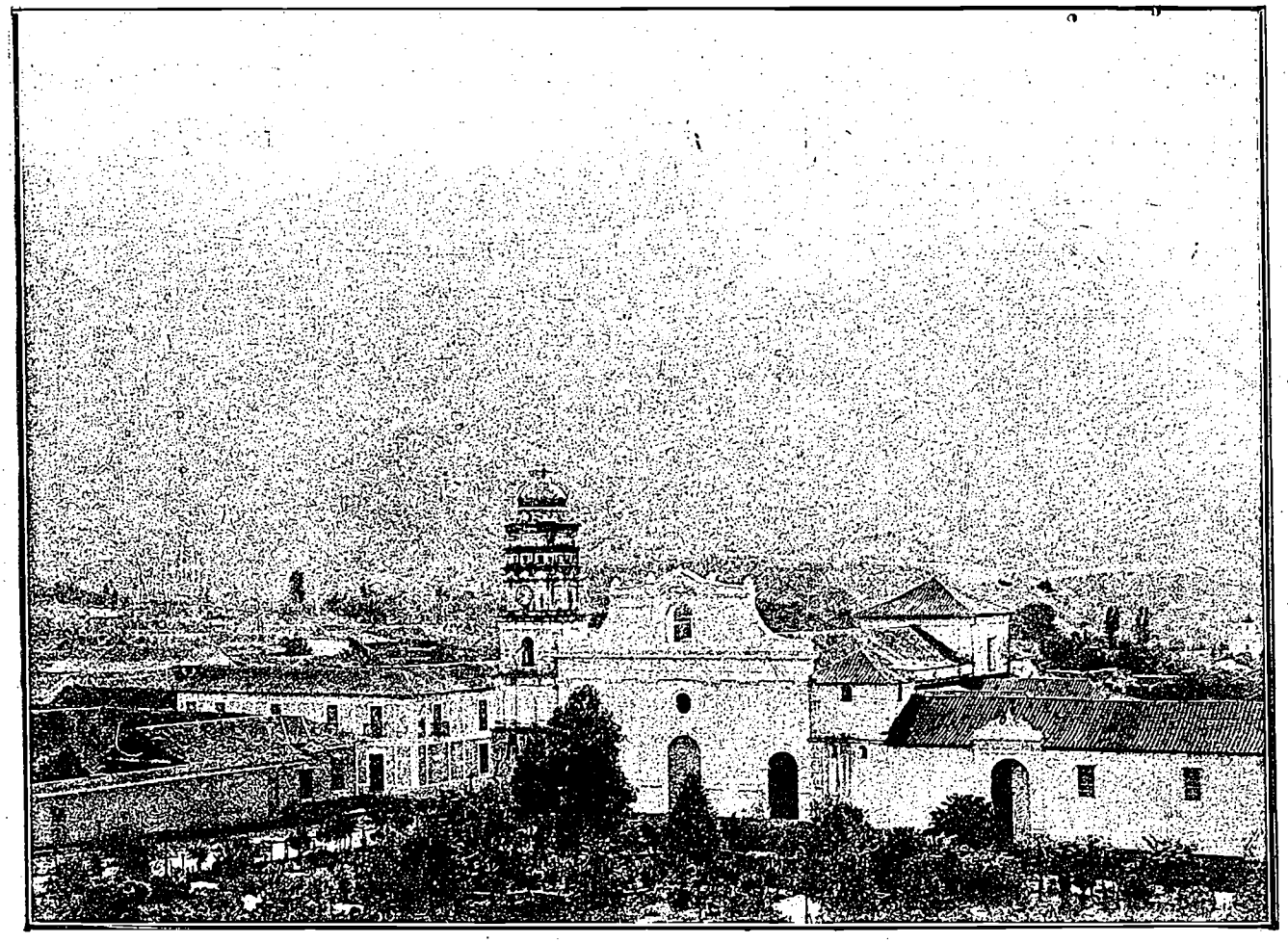
Tan lejos como el viento pueda alcanzar, recorred nuestro imperio, contemplad nuestra patria! Son nuestros reinos; su poder no tiene límites. Nuestro pabellón es el cetro ante el cual se inclinan todos cuantos lo encuentran. Nuestra es la vida tumultuosa, que pasa de la labor reposada y encuentra alegría en la variación. Oh! quién pudiera decir el sentimiento de exaltación y el gozo delirante que hacen vibrar al viajero que explora esta vía no trazada aún! . . . el viajero que convierte lo que los demás llaman peligro, en delicias; que busca lo que los cobardes evitan, con un celo ansioso; y allí en donde los débiles desfallecen, siente que de lo más profundo de su pecho se levanta la esperanza y se exalta el valor!

Ningún temor á la muerte,—si con nosotros mueren nuestros enemigos,—salvo que ella sea más insípida que el reposo: que venga, cuando quiera.

Nosotros gozamos de la vida en la vida: qué importa á quien la pierde que sea por enfermedad, ó en los combates? Que quien se arrastra, apasionado de decrepitud, se agarre á su concha y pase en ella años languidescentes, anhele suspirando, y deje que tremule su cabeza caduca. A nosotros, la fresca tumba verde, y no el lecho febril.

En tanto que, ráfaga á ráfaga, otros entregan su alma vacilante, la nuestra, en un solo estremecimiento, escapa de un salto á toda constricción.

Su cadáver puede vanagloriarse de su ataúd y de su estrecha huesa, y, los que maldecían



Mérida. - Sierra Nevada y parte de la ciudad (Fot. Floro Manco)

su vida, pueden dorar su tumba: para nosotros, lágrimas raras pero ingenuas, cuando el océano sepulta y guarda nuestros muertos; para nosotros, festines de afectuosos pesares, en la copa roja vaciada en nuestra memoria; y el breve epitafio de los días de peligro, cuando, después de la victoria, los que se repartan el botín exclamen,—entristecidas las frentes por el recuerdo:

—Cuán contentos estarían los bravos que no están presentes!

LORD BYRON.

LA GLORIA DEL SACRIFICIO

(ALEMANA).

En el drama EGMONT, Goethe propone este héroe á la admiración de sus compatriotas. Egmont, que va á morir por la independencia de su patria, se despierta en su prisión, después de haber soñado que la libertad se le había aparecido, bajo la figura de su prometida, llevando en la cabeza una corona de laurel. Entonces pronuncia estas palabras:

La corona ha desaparecido! Bella imagen, la claridad del día te ha disipado! Sí, eran ellas, estaban reunidas, las dos más dulces alegrías de mi corazón. La divina libertad había tomado los rasgos de mi bien amada; la encantadora novia había tomado las celestes vestiduras de mi amiga. En los momentos graves, aparecían reunidas, más serias que sonrientes. Marchaban delante de mí, ensangrentados los pies, tintos en sangre los pliegues movientes de su túnica. Era mi sangre, y la sangre de muchos héroes. Nó, no fue derramada en vano. Atravesad ese arroyo, bravo pueblo! La diosa de la victoria os conduce! Y, como el mar, romped diques, volcad las trincheras de la tiranía, y lanzadlas fuera del suelo que se apropia.

Los tambores se aproximan.

Oíd! Cuántas veces ese toque me llamó á marchar con paso libre al campo del combate y de la victoria! Qué alegres avanzaban mis compañeros en la peligrosa, la gloriosa carrera! Yo también marcharé de esta prisión á una muerte gloriosa: moriré por la libertad, por la que he vivido y combatido, y á la que me sacrifico resignado.

El fondo aparece ocupado por una fila de soldados españoles, que portan alabardas.

Sí, conducidlos! Cerrad filas, no me amedrentáis. Estoy acostumbrado á hallarme lanza contra lanza y rodeado por la muerte amenazante.

Tambores.

El enemigo os envuelve por todos lados. Brillan los aceros. Valor, gran valor, camaradas! Tras de vosotros están vuestros padres, vuestras mujeres, vuestros hijos!

Mostrando la guardia.

A esa, es una vana palabra del amo quien la empuja, no es su corazón. Proteged vuestro bién. Para salvar lo que os es querido, para salvar la patria, caed con alegría, como os lo enseña mi ejemplo! . . .

GOETHE.

HORA SAGRADA

(HOLANDESA).

Acuérdate de mis palabras en esta hora:

«Para ti la floración de la primavera ha comenzado: yo hace tiempo que no tengo flores nuevas!—No conviene la tempestad á las claras alboradas: ¿por qué querer unirte á mí, que he sufrido tan crueles tormentos?

«Cuando tú, feliz de vivir, mezclabas la frescura de las rosas al negro de tus cabellos, ya el dolor había mezclado hilos de plata á mis blondas guedejas. ¿Por qué tentarme? Ya para mí no son esas delicias.»

Pero el beso de tu boca, en donde se desposaron la caricia de tu voz y la dulce música de un tierno juramento, ahogó mi duda, y, transportada y delirante, caí en tus brazos, y fuí tu prometida.

Luz de mi vida, crepúsculo consolador, no olvides estas palabras, y déjame tu amor, aunque todo lo demás me falte para siempre jamás!

ELENA SWARTH.
(Mme. Lapidoth).

LA FE DE UN PUEBLO

(RUSA).

Los «prudentes» gritan que nos ahogan nuestros desórdenes interiores, que no debemos desear la guerra (*), sino una paz durable,

[*] Cuando la guerra turco-rusa.

á fin de «dejar de ser animales y hacernos hombres,» á fin de habituarnos al orden, á la honestidad, al honor.

Ah! si aconteciese que fuésemos derrotados, que tuviésemos que aceptar la paz en condiciones desventajosas, qué triunfo para esos «prudentes!» Y nosotros seríamos humillados y vilipendiados por ellos durante años.

Gracias á ellos, surgiría un nuevo nihilismo, negador, como el primero, de la patria rusa. La juventud ultrajaría otra vez su bandera y su hogar, desertaría de la familia, proclamaría como lecciones aprendidas ditirambos sobre la grandeza europea aplastando la ruindad rusa. Sería, según ella, un deber para Rusia hacerse tan pequeña, tan insignificante cuanto fuese posible.

Pero nó! Necesitamos la guerra y la victoria. Con la victoria vendrá la palabra nueva; comenzará la verdadera vida de nuestro país, y ya no nos adormecerán más las vaciedades razonables, como antes.

Sin duda, es preciso estar preparados para todo; aun suponiendo que nos aguarden reveses al fin, no hay que desalentarnos. El coloso ruso no será quebrantado, y concluirá por tener razón. No expreso vanas esperanzas; estoy seguro de lo que digo. Nuestra fuerza, es nuestra confianza en el coloso ruso: toda la Europa teme que su viejo edificio de tantos siglos se desmorone. Nosotros podemos confiar en nuestro coloso, en nuestro pueblo.

Alejandro I conocía bien nuestra fuerza cuando decía que dejaría crecer su barba y se retiraría á nuestras selvas con su pueblo, pero que no cedería á Napoleón. La Europa entera se rompería contra nuestra resistencia. Jamás tendría bastante dinero, jamás tendría suficiente organización, dividida como está, para vencernos.

Cuando todos los rusos lo comprendan así, ya no habrá más necesidad de guerras. La Europa creerá en nosotros; nos *descubrirá* como en otro tiempo á la América.

Pero para esto es preciso que nos descubramos nosotros mismos, ante todo, y que no ignoremos más que toda desunión entre nosotros es una locura, y que debemos siempre marchar con nuestro pueblo.

DOSTOÏEWSKI.

UN LIBERTADOR

(ITALIANA).

La generación garibaldina descendió á la orilla del mar, extendió los brazos sobre las grandes aguas, y gritó:

—Volved, volved otra vez, oh! jefe, oh! libertador, oh! dictador!

El héroe prestó oído á aquellos grandes gritos, y se puso en camino para volver á la tierra natal.

Y como su generación ya estaba, para siempre jamás, demasiado clareada, él se detuvo sobre el Capitolio, levantó alto su espada, y, golpeando la tierra con el pie, mandó á todos los muertos de sus combates que resucitasen. Fue entonces cuando se oyó el canto de la multitud, que decía:

—Las tumbas se abren, los muertos se levantan!

—Todos nuestros mártires han resucitado!

Entonces, las rojas falanjes recorrieron, victoriosas, la península; y la Italia fue libre, libre toda entera, en todas sus islas, en todos sus Alpes, en toda su mar.

Y el águila romana extendió de nuevo el aparejo de sus alas, desde la mar hasta las montañas, y saludó con roncos gritos de alegría á las naves que hacían velas sobre el Mediterráneo, italiano por la tercera vez.

Habiendo libertado á su pueblo y restaurado sus antiguos derechos, ganado á los pueblos vecinos, rescatado la paz, la libertad, el bienestar, el héroe desapareció. Se dijo que fue llevado al concilio de los dioses de la patria.

Pero, cada día, el sol, bien sea que se levanta entre las brumas de la mañana humeante, ó que caiga en los vapores del crepúsculo, dibuja, entre los abetos y los alerces, una gran sombra, de capota roja y blondos cabellos flotantes á los vientos, serenos como el cielo los ojos.

El pastor extranjero la contempla, lleno de admiración, y dice á sus hijos:

—Es el héroe de la Italia, que vela sobre los Alpes de su patria.

JOSUÉ CARDUCCI.

NUESTRO PAIS

(ESCANDINAVA).

Oh! dulce nombre, resuena bien alto! Nuestro país, nuestro país, nuestra patria: ninguna colina erecta hacia los cielos, ningún valle profundo, ninguna ribera, son más amados que nuestro país del Norte, que la tierra de nuestros padres.

Nuestro país es pobre, y lo será para quien busque en él riqueza. El extranjero pasa desdeñosamente por delante de nosotros. Pero nosotros queremos á nuestro país. Con sus landas, sus montañas y sus escarpados, es para nosotros una tierra hechicera.

Amamos el rumor de nuestros ríos y el bullicio de nuestros arroyos, el murmurio triste de nuestras selvas sombrías, nuestras noches estrelladas, nuestro verano luminoso, todo lo que, por nuestros ojos ó por nuestros oídos, ha penetrado por primera vez hasta nuestro corazón.

Aquí es en donde nuestros padres han librado las batallas del pensamiento, de la espada y del arado; aquí, donde en los días claros como en los días sombríos, en el próspero como en el aciago azar, ha palpitado el corazón de nuestro pueblo, y ha sobrellevado sus dolores.

¿Quién cuenta el número de batallas que ha reñido este pueblo, cuando la guerra invadía de valle en valle, y venía el frío con las angustias del hambre? ¿Quién mide toda la sangre que ha derramado, y su larga paciencia?

Aquí es donde su sangre ha corrido, y por nosotros; aquí donde ha tenido sus alegrías, donde ha exhalado sus gemidos, donde ha cargado nuestro fardo, desde hace mucho tiempo.

Es aquí en donde estamos bien, en donde lo tenemos todo. Cualquiera que sea la suerte que el porvenir nos reserve, tenemos un país, una patria. ¿Qué hay sobre la tierra más digno de ser querido y de ser amado?

Hé aquí ese país. Nuestros ojos lo ven: podemos extender la mano con alegría hacia el mar y hacia la playa, y decir:

—Veis este país? Es vuestra patria.

Y si fuésemos á vivir en la luz entre las nubes de oro, en el cielo azul, y que nuestra vida fuese un baile de estrellas en que no hubiese ni lágrimas ni suspiros, nuestro deseo sería volver á este pobre país.

Oh! país, país de los mil lagos, asilo del canto y de la fidelidad, puerto nuestro en el océano de la vida, país de nuestro pasado y país de nuestro porvenir, no te avergüences de tu pobreza; sé libre, sé alegre, sé tranquilo.

Tu flor, cerrada aún en botón, se abrirá un día libremente. De nuestro amor por ti saldrá tu luz, tu brillo, tu ventura, tu esperanza, y, por encima de todo eso, más alto todavía que todo eso, resonará un día el canto de nuestra patria.

J. L. RUNEBERG.

BIBLIOGRAFIA

Manuel Ugarte.—"Una Tarde de Otoño".....[pequeña sinfonía sentimental] París 1906.

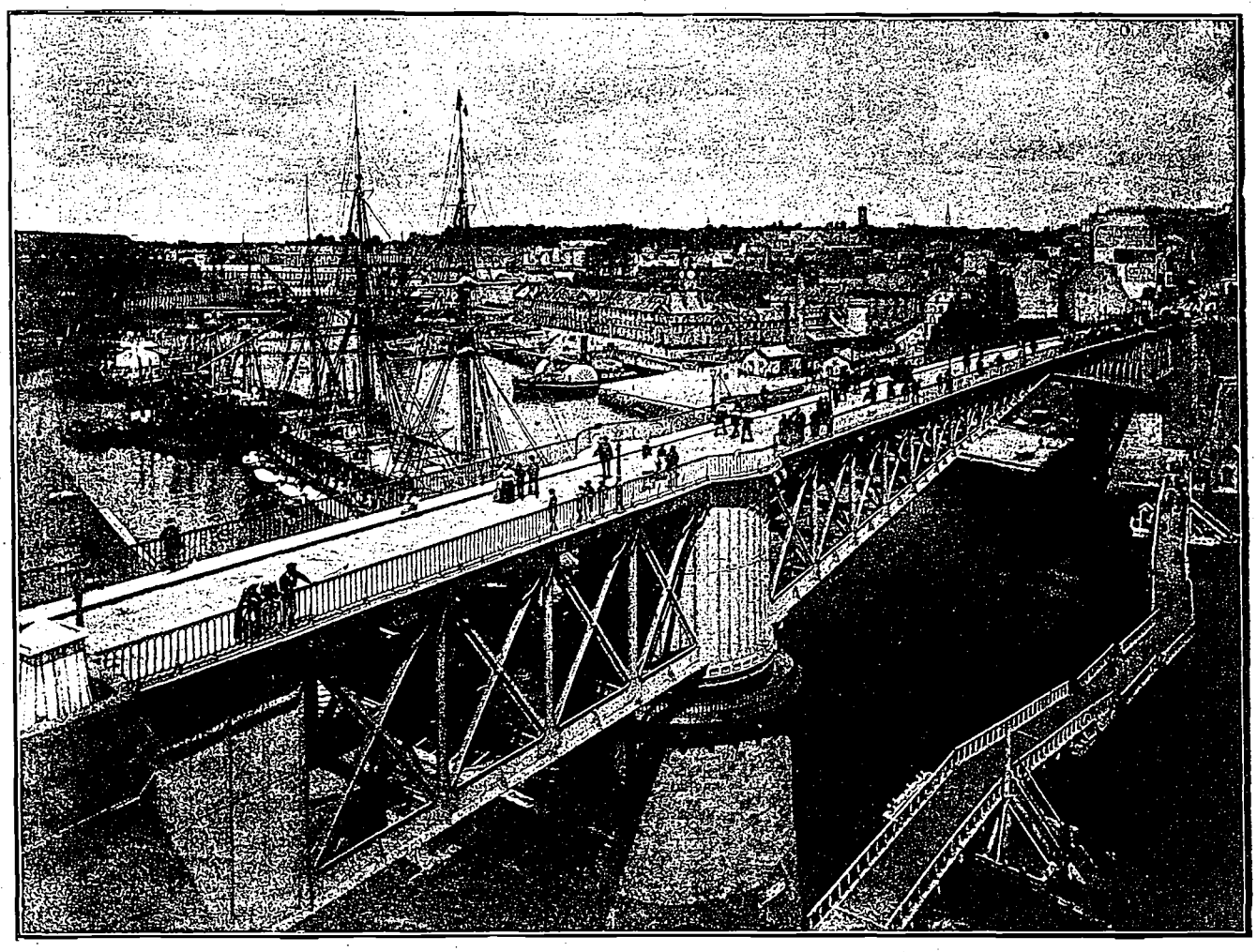
"Por divertir á Manón que se aburría", su compañero le dice cuentos, mientras se ija un crepúsculo otoñal en los cielos. Están refugiados en el bosque, que comienza á llorar sus hojas secas, en la imperiosa melancolía de la estación. En el ambiente impregnado de una como fatiga amorosa, se esparce un ligero presagio de fastidio ante el presentimiento del irremediable cansancio que va á invadir los corazones, cual un humo aciago un paisaje de frescura primaveral. En las confidencias del hombre hay, no obstante, aunada al tedio de la hora y á la amargura del trance, una potente vibración de vida plena, clandestinamente rebosante á ocasiones en amor, que es la suma aspiración á perpetuarse en la existencia, y alguna vez también en sano júbilo.

Cuentos de boulevard, cuentos de la pampa argentina, fantasías, símbolos, páginas de observación, alternan y se juntan en el libro, atados por el hilo de sendos comentarios, graves ó frívolos, que despiertan las cosas en el espíritu de la mujer, la cual escucha disolviendo en la onda de las palabras que la impresionan la congoja momentánea que late en su corazón. Los amantes arrojan sus tristes cavilaciones, como un despojo mustio, en la corriente pintoresca de la narración, en la corriente de las cosas pasadas, por un momento redivivas. Ella oye complacida y temerosa el discurso de su amigo. Siente vibrar en el fondo de la sinfonía una nota persistente, aguda y cruel, bien así como la uña que está oculta en el terciopelo suave de una garra felina. Se queda absorta ó apesadumbrada ante la vida que discurre á sus ojos.—«¿Acaso sabemos lo que es la vida?.....Quizá tiene algo obscuro en el fondo, como los ojos de tu amante».....

Algo obscuro y enigmático cruza realmente por estos cuadros, donde resplandecen á intervalos fálaces brillos de luciérnagas. En la varia coloración de las visiones sugeridas, surge siempre á diseñar un gesto tenebroso y confuso, una sombra siniestra. El Destino anda aquí vestido de rojo y trae siempre al hombro su hacha, como un diligente y afanado verdugo. Es ya una obsesión, ya un impulso impuesto por la fatalidad, á veces un error de la veleidosa alma femenina. La mano ruda del misterio descarga de vez en cuando su terror. Los seres se agitan en un ambiente poblado de extrañas sugestiones. Las mujeres son medio locas, coquetas, apasionadas, ardientes, versátiles. Tal Suzón, la querida de ojos raros, en los cuales duerme el crimen como un nenúfar emponzoñado en un estanque tranquilo. Un día la corola del nenúfar dormido se entreabre y despide su perfume avieso á la caricia de un viento imprevisto. Y el amante sufre entonces el choque brusco, y brutal del golpe que descarga la querida, sumisa á lo inconsciente que la posee y la empuja, como un íncubo desafondo. El otro enamorado se suicida en el impetuoso dolor de los celos, movido de súbito por el reconocimiento de la inutilidad de su amor excesivo; es una suerte trágica y hosca, la que lo arrastra, tal vez á pesar suyo, al acto desconcertador y final. O es la naturaleza misma, revestida con arreos de diosa fúnebre, de divinidad de las catástrofes, la que ocasiona la tragedia, como en el *Noveno cuento*. La sangre de los cuerpos jóvenes arde en una llama de pasión incontrastable; pero en el propio seno de los idilios anida el germen desgraciado. Las pinceladas de horror amuchiguan en una sucesión de casos. Ahora es el tremendo error judicial cometido con el pobre italiano inocente, ahora aquella visión de la horda aborigen, que huye por la pampa, cargada con el botín, tras el escándalo del latrocinio y el degüello.

Acaso el matiz de púrpura lóbrega con que llega ataviado el destino, lo ha puesto Ugarte en esta serie de narraciones con pródiga demasía. Es el tono predominante, por más que á trechos resalten colores más claros y tiernos, colores de sonrisa, de ensueño, de tristeza apacible, como en la pintura de los niños paupérrimos de un barrio de París, donde más hay compasión profunda, lástima de un corazón á quien la desgracia acongoja, que són de protesta y de ira ni deseo de exacerbar la angustia del espectáculo con agrios toques.

Esta «sinfonía sentimental», ya que su autor ha querido llamarla así, se interrumpe con intermedios de cavilaciones, de comentarios. Habrán si-



BREST: El Puente giratorio y el Puerto militar

do interpolados éstos entre los diversos cuadros probablemente con el propósito de darle al libro cierta unidad difícil, con el propósito de crear un ambiente propicio al conjunto de las narraciones y acaso para ampliar ó diafanizar en los comentos el espíritu secreto ó simbólico de algunas escenas.

La manera literaria de Ugarte es bastante personal y muy curiosa. No puedo hablar de sus comienzos ni de la evolución que haya podido seguir su espíritu, porque, aparte algunos artículos y cuentos que he leído en revistas y periódicos, no conozco su obra, que es ya, según parece, relativamente cuantiosa. Juzgo, pues, exclusivamente, por la manera como me ha impresionado esta *Tarde de Otoño* suya. El estilo, con todas sus extravagancias, sus novedades no siempre plausibles, y su brusquedad tal vez estudiada, resulta acorde con su modo de concebir y de mirar las cosas. Procura casi siempre ver en las cosas aquello que puedan tener de anormal, de inaudito, de absurdo. Encuentra afinidades misteriosas entre cosas distantes y divergentes. Pero lo principal es que en lo ordinario prescinde de la fisonomía aparente, del carácter exterior que determinan los rasgos fundamentales apreciables á la vista, para buscar detalles recónditos, expresivas de una faz secreta. Con esto, fácil de comprender es que su estilo, en que se manifiesta antes que todo el hombre muy nervioso, es desigual, lleno de imágenes repentinas, algunas veces incoherentes ó abstrusas, de ángulos, de tropiezos. Su ritmo se asemeja mucho á la marcha de un carruaje por un camino, todo embarazado de piedras y baches, en los cuales tropiezan ó caen rudamente las ruedas sonoras. Pero es á trechos vistoso, á trechos elegante y raras veces muestra la mancha mezquina de los lugares comunes. En resumen, ese estilo es capaz de cumplir cabalmente la función principal del estilo, que es enseñar las cosas tal como las vieron los ojos del autor. A través del estilo vemos las cosas de tal manera que damos en la cuenta de que nuestra visión se realiza á través de otra alma, cuyas emociones se reflejan en la nuestra.

Una tarde de otoño.....no es propiamente un libro de otoño, un libro de madurez dorada, de hojas secas y frutos opimos. Más se me antoja un libro de primavera, por los follajes nuevos y brillantes que ocultan amores de pájaros, por los ímpetus y los desconsuelos fugaces, por el amor, por el dolor y por la esperanza. La dulce sabiduría del otoño está ausente de estas páginas. Pero predomina un frenesí de pasiones, de músicas y de llanto, también encantador. Nada importa el hilo blanco sorprendido en el abenuz de los cabellos. ¿Acaso esa hebra de cavilación sería suficiente para ahorcar toda la parva risueña de las ilusiones? Detrás de toda quejumbre y de todo pesar de la juventud está la ilusión, necesaria como el pan.

Cuando lleguen otras ráfagas menos tibias y el árbol vaya amarilleciendo y despojándose de sus verdes ropas, ya inútiles, llegará al corazón otra ronda de genios distintos. Entre tanto la danza primaveral continúa, al són de una flauta de milagro, bajo el oro y la púrpura indulgentes del sol, en medio de las pasiones, de las pasajeras melancolías y de los anhelos confusos. Precisamente la elegía no es del tiempo de otoño. Hasta inventa torturas la juventud incauta. En cambio no deplora ni desespera ni gime el que ya brindó su cosecha. Pero en la incertidumbre de la obra posible y futura, la inquietud, el temor de ser demasiado débil, suelen engendrar desaliento y melancolía.

Las voces que entonan esta «pequeña sinfonía sentimental» son múltiples y forman algo más que una «pequeña sinfonía». Casi todos los seres que aquí hablan y viven tienen mucho de humano, desde el «salvaje» improvisado, hasta el soldado español que entra en la matanza con el robusto entusiasmo de su fe. El mérito principal de Ugarte es ése de saber aprisionar con rapidez en su retina el aspecto culminante de humanidad, aun en medio de aquel engaño brumoso con que se complace en rodear á sus tipos. Y esa condición, es la que más lo ayuda á vencer.

Max Grillo.—"Raza vencida"—Tragedia en dos actos.—Bogotá. MXCV.

"A los habitadores de estas tierras nos toca explotar en lo posible las tradiciones, la historia y la vida americana, para que á lo menos en la elección de los asuntos aparezcamos haciendo literatura indígena y no cual modestos arrendajos repitiendo en minúsculas proporciones, la novela, el poema, la crítica, el arte de pueblos extraordinarios». Así habla Grillo en la introducción de su tragedia. Para él es «casi imposible crear una literatura genuinamente nacional ó criolla». Pero como hemos de convenir en que el empeño de crearla ha sido, cuando no nulo, sobremanera tibio, podemos alentar la esperanza de que no es tan difícil como parece la formación de esa literatura y que con los esfuerzos realizados en los últimos años se inicia una fecunda éra literaria de renovación y principalmente de aproximación á la naturaleza circundante. Bien que en la esencia el molde debe seguir siendo uno mismo, pues el espíritu recóndito de la lengua perdura á través de las modificaciones de la forma, cuando ésta cambia ligeramente para adaptarse á las necesidades del medio, la elección de asuntos nacionales, americanos, es por sí sola una suerte de emancipación en literatura. Así nos sustraeremos un poco al influjo extranjero, tan deplorable cuando únicamente produce copia servil de gestos, emociones é ideas. Y aun en punto de idioma hay mucho que decir en lo que atañe á letras hispanoamericanas.

La nación chibcha era, después de los aztecas y del imperio de los incas, la más civilizada que en el continente hallaron los conquistadores. Desgraciadamente sus orígenes y su historia permanecen sumergidos en sombras densas, á pesar de las investi-

gaciones y estudios de algunos pocos hombres de ciencia. No se preocupaba mucho el conquistador de recoger noticias sobre los pueblos que conquistaba, ni de conservar monumentos indígenas. Lo que le importaba era reunir oro é imponer el cristianismo para encubrir y disimular con el velo piadoso la fórmula brutal de la conquista. La raza muisca desapareció y muy pocas huellas dejó de su vida. Era un pueblo relativamente muy adelantado, con gobierno razonablemente constituido, religión propia, artes rudimentarias, pero admirables en un pueblo bárbaro, y costumbres morales si se comparan con las de los pueblos sumidos aún en la semi-salvajez.

Grillo en su tragedia, que más propiamente es un poema, á pesar de la forma dramática en que está escrito, evoca los últimos días del reino muisca, cuando Jiménez de Quesada llega á conquistarlo con la espada y la cruz.

Tomagata, el hechicero, el genio maléfico, enemigo de la luz, "conocido con el nombre de cacique rabón, porque arrastraba cierta cola bajo los vestidos," el diablo cbibcha, es el nuncio de Jesucristo, del dios lejano, que llega vencedor á las nuevas comarcas. Tomagata, mutilado por Zuhé, á quien guarda rencor tenebroso y fuerte, profetiza el triunfo del dios extraño. Frente al templo de Iraca principia la tragedia con el soliloquio agorero de Tomagata. Isora, vestal de Chía aparece luego luchando con un amor sacrílego y fatal. Debía conservar puro su cuerpo y su mismo pensamiento libre de amores humanos. Pero el amor es más poderoso que la imposición de los dioses y la empuja hacia Zaquezamín. Su voluntad vacilante é incierta ya se inclina hacia el amante, como una flor bajo la brisa, pero se endereza repentinamente hacia la diosa, llena de arrepentimiento, de temor y de angustia, cuando la diosa asoma en el espacio azul, sobre la arboleda en que ronda el genio del Mal. Pero sorprendida la pareja de amantes por los sacerdotes, el perjurio de la vestal de la Luna y el sacrilegio de Zaquezamín son castigados con la hoguera:

Vuestros impíos
deleites arderán sobre la pira,

clama el sumo sacerdote. Pero antes ha prorrumpido en terribles palabras, arrastrado por la cólera ante la profanación del santuario:

Llegó la maldición de las deidades
y han de llorar amargas desventuras
hasta las desoladas soledades.....

Es un rapto de doloroso delirio profético frente á la culpa enorme. Zuquezamín, á quien anima el espíritu rebelde, increpa al santo con palabras de burla, que recuerdan algún pasaje del Testamento en que habla el maligno:

Mas si eres sacerdote á quien las cosas
obedecen al punto, de la selva
cálma el rumor.....
.....apacigua los vientos.

La impiedad incrédula levanta, con sabiduría de serpiente, su cabeza razonadora. La religión se desmorona. Un viento iracundo atierra el edificio potente. Los cimientos de la nación son polvo vano. Los dioses se aperciben para la fuga é inútil es el himno entonado á Zuhé, porque las palabras no pueden borrar el agravio que recogieron aterrados los corazones.

Después, en el segundo acto, en un crepúsculo cárdeno, la pitonisa promulga el oráculo siniestro ante la muchedumbre de vestales y sacerdotes. Las señales son todas de duelo, y desgracia. Entonces el sumo sacerdote interroga al dios. Es una escena llena de intensa emoción trágica. Mientra Sumnós consulta el oráculo, Tomagata repite entre los árboles la sentencia de muerte de los dioses pronunciada por el destino. Los dioses indígenas están vencidos. El hijo de María se avecina en triunfo. A lo lejos suenan estampidos sordos. El aire está lleno de augurios. Un heraldo anuncia la llegada de los castellanos, la derrota del Zipa, el vencimiento de los hijos de Bachue. Luego aparecen Gouzalo Jiménez de Quesada y las tropas españolas. Los *jeques* cierran las puertas del santuario, que á poco arde en la noche, como una pira enorme en que se consumieran el poderío y la esperanza de toda una raza.

En el último cuadro la pitonisa Neusa vaga, buriendo con lamentos el aire, por donde fué el templo, ahora derruido y calcinado. Busca, presa de la desesperación, los despojos de Isora, su hija, la vestal abrasada en desagravio estéril á los dioses. Los *jeques* y las vestales llegan á juntar sus clamores de angustia y desespero á las voces de la pitonisa, la cual se vuelve loca entre las ruinas del santuario donde reposan las cenizas de su hija sacrificada.....

Hé allí la tragedia. Grillo advierte que no pretende haber escrito un drama de enredo y que la unidad de su obra no ha de buscarse en la urdimbre del asunto, sino en el pensamiento silencioso y trágico. La evocación está hecha con habilidad superior y en muchos pasajes la eficacia sugestiva de la escena es completa, como cuando Sumnós consulta los destinos misteriosos ante el humilde y silencioso respeto de la asamblea sacerdotal mientras los españoles se aproximan al templo.

La versificación es en lo general elegante y noble, sembrada de hermosos destellos de ritmo y de imágenes puras, aunque de vez en cuando languidece y decae, por breve espacio afortunadamente. Bien merece el poeta un cumplido elogio por su labor fina y cuidadosa y por el alma que supo infundirle á su obra.

Esteban Borrero Echeverría.—"Alrededor del Quijote"-Habana.—1905.

Comprende este libro un "Juicio sobre el *Quijote*", un estudio sobre las influencias sociales de la famosa novela, y una fantasía ó narración cervantesca que nos habla de "Don Quijote, poeta". Todos estos trabajos fueron escritos con motivo del tercer aniversario de la publicación del *Ingenioso Hidalgo*.

En el juicio sobre la obra de Cervantes, el señor Borrero sigue el criterio de muchos otros comentadores y críticos. En la parte en que estudia á Cervantes como hombre y como artista hay maneras de comprensión justas y excelentes observaciones, cuyo principal defecto es no ser del todo nuevas. Borrero no busca ni encuentra en el *Quijote*, las alegorías y símbolos que tántos han creído vislumbrar en la trama del libro. Ve solamente en la historia de Alonso Quijano el acopio de vida intensa y profunda que en ella late. "Todo su encanto fluye con poder irresistible de la contemplación desinteresada de la belleza" repite Borrero, siguiendo á Menéndez Pelayo.

En cuanto á *Don Quijote, poeta*, baste decir que es un capítulo de la Segunda Parte que se le olvidó á Cervantes y se le acordó al señor Borrero Echeverría y en el cual el caballero de la Mancha platica largamente con su escudero. Creo inútil decir cuál es el mérito de este capítulo.

JESÚS SEMPRÚM

NUESTROS GRABADOS

Despojada

El espíritu sutil del que contemple este cuadro, cuyo asunto suscita un picaresco poema voluptuoso, se forjará quién sabe qué leyenda impregnada,—como una fiesta pagana,—de un sabor erótico.

Rota está la clámide veladora de formas triunfales, dignas de ser perpetuadas por el artista; y cantan la línea y la curva el himno glorioso de la euritmia, el tentador poema de la carne.

Hazell ha dado á su obra el sabor sugestivo que emana de las cosas donde impera la estética.

Ven, Jesús, y sé nuestro huésped

Dijérase al contemplar este hermoso lienzo, del cual se desprende un místico aroma de piedad, que su autor quiso hacer más tierna y más hermosa la figura del joven Nazareno, todo amor y bondad y de cuyos labios brotaron muchas veces las frases reveladoras del consuelo.

Ante la epifanía del justo entre los justos, sienten éstos huir el martirio que los agobia y lo exhortan á que sea su huésped, acaso con la esperanza de que huyan del hogar las sombras del dolor y se ilumine su espíritu con luz inextinguible.

El piadoso samaritano

Cuánta piedad y cuánta abnegación se adivina en esta admirable obra, en la que se presume que al genio del artista lo poseyó en el momento de realizarla una alta inspiración. Ella revela y refrenda á la vez aquella divina parábola de Jesús, cuando él predicando el bién á la muchedumbres, les explicaba cómo es bello es sentimiento de la caridad, y cuán halagador es para los bondadosos corazones ver que los seres se prodigan, unos á otros, los favores que han menester en las horas de abatido infortunio.

La figura del generoso samaritano, prestando auxilios á ese pobre enfermo que yace abandonado en el camino, cobra á los ojos del que la contempla inmaterial prestigio. Flor de misericordia perpetuada en el lienzo por el genio de Uhde.

Donde hay apariencia de fortuna, rara vez se aloja un huésped

Es desalentadora y amarga la realidad que nos revela esta pintura; en ella flota ese halo torturante que se exhala de los parajes y las cosas que ha enlutecido la presencia siempre triste de la miseria. Expresa esta dolorosa pintura, la holganza indiferente ante la mendicidad; el placer regocijado con las víctimas que macera el sufrimiento; la satisfacción, en fin, de los que han hambre y sed.

¡Cuánta ironía hay en este lienzo que nos hace pensar en lo problemático de la caridad humana y hasta nos hace dudar de la dulce misericordia! Por el tinte gris que en él se presiente, por la fuerte nota de desamparo que en él vibra, nos vemos tentados, aunque inconscientemente, á pensar que á Rasck, su autor, lo obsesionó al ejecutarlo un grave y filosófico pensamiento pesimista.

La revolución en Rusia

Aparecen en el cuadro la desastrosa imagen de la guerra, sus perjudiciales resultados. Esa asamblea huelguista sorprendida, habla elocuentemente de sordas y siniestras conspiraciones, destructoras del sosiego, aniquiladoras, de toda fuente de vida. El hambre ha invadido los hogares; como una infernal tiniebla la desesperación ha hecho presa los espíritus y pensando en los males que sobrevienen con el régimen de gobierno del zar, esos hombres ponen en práctica sus planes de futura redención; la policía los sorprende y hé ahí cómo se pinta el gesto de la sorpresa en ese torbellino humano.

Los estudiantes en San Petersburgo

En todas las Universidades del mundo, siempre se ha iniciado una idea independiente y libertadora. Siempre que se ha tratado de llevar á cabo una empresa generosa, cuando la razón se encuentra constreñida y el derecho del hombre sojuzgado, los estudiantes han sido los primeros en iniciarla y de sus labios ha salido espontánea y enérgica la protesta.

Cayena

La casa de Gobierno de Cayena, lugar célebre en los fastos franceses, por ser allí donde estuvo el famoso presidio, ha sido devorada por las llamas de un poderoso incendio. Acaso el fuego ha sido el purificador encargado de destruir muchos recuerdos ingratos.

La calle de la Libertad es otra fotografía que pertenece á Cayena.

Ninfa

En esta figura presume nuestro espíritu,—sugestionado por el señuelo pictórico,—la frescura eglógica del paisaje: un cielo límpido y lleno de sol: un boscaje umbroso, entre cuyas ramas canta el aura nemorosa agrestes cavatinas, y el agua, espejeante y silenciosa, llena de indecibles sortilegios, copia celajes de oro.

Las ninfas son las mitológicas Ofelias que viven en el fondo del agua, y que por la noche, cuando el cielo ostenta su azul más puro, se coronan de helechos, y con voz de tonalidades adormecedoras, cantan dulces canciones bajo el rayo de la luna.

Mérida

Es este un antiguo edificio de la histórica ciudad que ha producido hombres inteligentes y valerosos. Mérida ha conservado incólume la mística lumbre de la fe cristiana, patrimonio de honrados abuelos: de ello da testimonio la fotografía, trabajo de Floro Manco, con que obsequiamos á nuestros lectores.

Los estudiantes en la revolución rusa

Son ellos, los apóstoles del talento, los que han abrevado en fuente de sabiduría para después difundir sus ideas en el alma del pueblo. Son los aguiluchos de hoy que serán los condores de mañana, pero siempre fieles á su credo

altísimo de que triunfen los derechos del hombre.

Antes de permanecer encerrados en un mísero egoísmo, procuran llevar á las muchedumbres menesterosas de conocimientos constitucionales, los atributos que se les niega. Los estudiantes rusos han sido los más fervientes y denodados defensores de los fueros sociales; sacerdotes de un culto excelso, predican á toda hora los ideales salvadores y el divino dogma de la libertad.

La familia imperial alemana

De paseo va la familia imperial; el «Kaiser» muestra gallardo continente; sus bigotes de granadero le dan un aspecto marcial; en los rasgos acentuados de su rostro, en su frente y en sus vivaces pupilas, revélase la inflexibilidad de su carácter, presto á vencer obstáculos. Acompáñalo la Emperatriz, su esposa. Tras de ambos marcha el lujoso cortejo oficial.

Pozos antignos

El tinte del agua, que se desliza rumorante y juguetona por entre juncos y espadañas, hace pensar en los arroyos diáfanos cuya limpidez refleja lo azul del cielo como un burbujeo de zafiros. Pero es más bella, más evocadora, el agua muerta de los estanques; el agua quieta y triste de los pozos abandonados, entre los cuales parece habitar el genio de la soledad y el silencio. Bellanger, el autor de este sencillo pero original asunto, dispone de una refinada cultura artística y un gran alcance intelectual con lo que á la poesía se refiere.

Liszt en el piano

Bajo la inspirada mano del ilustre compositor vibra el teclado marfileño, y creyérase al ver la actitud del artista que resuena en el aire una de sus inefables *rapsodias*.

En comunión con el hada armonía está el numen del pianista. Acaso sueña en aprisionar en la red del pentagrama las notas que, transformadas en preludios, irán como un soplo divino á despertar en los espíritus heridos por la tristeza el almo acento de la ternura ó la melancólica esperanza, dormidos en el doliente corazón, como una alba virgen yacente en su sepulcro.

Los primeros pasos

Es una madre que enseña á dar los primeros pasos al hijo de su amor. ¡Cuánta dulce expresión hay en esa pintura! Por ella pensamos en esa edad risueña en que el sér que uos llevó en sus entrañas, cuida de que nuestro incipiente organismo no se lastime, como también vela porque no venga á tierra la base de nuestros ensueños.

París-1870-1871

Los vigorosos toques que hacen presentir la firmeza del colorido, la animación exaltada y la prestanza marcial de las figuras, dan una idea del mérito de la obra.

Meissonier, al ejecutar esta tela, maravilla que orna salones del Museo del Louvre, ha arrancado á su paleta tonos viriles y tintes expresivos, como los que reclamaban el argumento que él abordó.

Mérida

Dijérase, al ver la fotografía de la sierra nevada, que es como una desdeñosa deidad, tocada de misantropía, envuelta en su alba clámide de nieve, que dialoga con los cielos infinitos, mientras oculta en sus entrañas, como un arma invisible, el frío de sus enormes páramos. Vésela velada por inmensas gasas brumosas, enhiesta y soberbia como un titán.

También aparece la parte Sur de la histórica ciudad andina.

Sueltos Editoriales

El Táchira físico, político é ilustrado

Acaba de imprimirse en nuestros talleres y circula ya, con general aplauso, el último libro del doctor Emilio Constantino Guerrero.

Forma la obra un volumen de más de trescientas páginas y es un estudio detallado é interesante de la región tachirense, con numerosos datos y observaciones sobre etnografía, fauna y flora y riquezas naturales de la hermosa comarca andina y una descripción puntual de los varios distritos que comprende.

Huelga ponderar la utilidad suma de este linaje de estudios entre nosotros. Nuestras maravillosas fuentes de riqueza permanecen casi ignoradas y no es sino señalándolas juiciosamente como podemos abrir el camino para aprovecharlas. El plan del doctor Guerrero, que á pesar de ser muy vasto ha sabido cumplir él con plausible cabalidad, abarca todos los ramos de la actividad humana en el Estado de la República, que nos pinta, y señala todo manantial posible de ventura para las ricas regiones que describe.

El autor dedica su interesante obra "al inteligente y noble Táchira, pueblo magnánimo y viril", y se la dedica "en la persona del más ilustre de sus hijos, Benemérito General Cipriano Castro, Restaurador y actual Presidente constitucional de Venezuela."

Este libro ha sido escrito, según declara su autor, para contribuir á la Gran Exposición decretada por el Presidente del Táchira.

Agradecemos al señor doctor Guerrero, el ejemplar de su obra con que nos ha obsequiado.

M. Pimentel Coronel

No ha muchos días el cable nos anunció la muerte en Hamburgo de MANUEL PIMENTEL CORONEL, altísimo poeta y periodista de combate, que en aquella capital desempeñaba el consulado de Venezuela.

Alguna deidad divina no quiso, tal vez, que los despojos materiales donde habitó aquel grande espíritu, reposaran en nación extranjera, lejos de los lares de la patria y distante del cariño familiar y del afecto de sus amigos.

El domingo último llegaron los restos del poeta á Valencia, su ciudad natal; recibidos fueron por la ciudadanía intelectual, con ese doloroso regocijo que produce en el ánimo una doliente adquisición.

No dormirá, como los difuntos poetas del norte, bajo los florecidos tilos en donde por la noche, bajo el áureo encanto de la luna, desgrana el ruiseñor, poeta de la sombra, el dulce y romántico collar de sus rimas.

Dormirá, sí, en tierra venezolana, que es tierra suya, como corresponde á un generoso y enérgico orfebre del verso: bajo el refulgente cielo de los trópicos, teniendo como cirio perpetuo la antorcha luminosa del sol, bajo cuya lumbre alegre y altísima se fecundan las rosas rojas, emblema de la vida; y crece el rútilo laurel, emblema de la gloria.

Señora Ignacia de Ramella

Dolorosa obligación es á la que nos vemos sometidos, cuando por veleidades del hado, la acerba muerte trunca la felicidad de un hogar honorable, marchitando en el alma de seres benévolos y probos, afectos que constituían el bien más preciado, la dulce alegría del corazón.

No ha mucho, dejó de existir en esta ciudad la señora IGNACIA DE RAMELLA, madre amantísima, respetable matrona que supo captarse por sus generosos sentimientos y bondad de carácter, la simpatía y el cariño de todas aquellas personas que pudieron apreciarla.

Con la desaparición de ella se sume en rígido luto una distinguida familia, gala de la sociedad caraqueña.

A sus deudos, y en especial á nuestro querido amigo el señor Lucas Ramella, presenta EL COJO ILUSTRADO la más sincera expresión de condolencia.

Leyenda del mar

El poeta venezolano, Ricardo de los Ríos, nos ha remitido un ejemplar de su última producción poética intitulada *Leyenda del Mar*. En el poema de Ríos narra el Océano, infatigablemente sonoro, con el rumor de sus aguas la historia de un idilio culpable, en el cual interviene el propio Mar como justiciero vengador.

Agradecemos al señor de los Ríos su fino presente.

Pedro Stürup

Súbitamente arrebató la muerte á nuestra sociedad, la vida de este ejemplar ciudadano, cuando se creía que aquel organismo fuerte y saludable resistiría aún á los innumerables golpes que á diario se arrostran en la inevitable lucha del vivir.

El señor STURUP, súbdito dinamarqués, desempeñaba el consulado de su patria en Venezuela, y por sus credenciales de irreprochable honradez, se hizo acreedor á ser reputado como deudo de la familia venezolana.

Para sus deudos, heridos por tan indecible desgracia, nuestro sentido pésame.

Triunfo académico

La Ilustre Universidad Central, ha conferido el grado de Doctor en Ciencias Políticas á nuestro amigo el joven Adriano Riera Martínez, lauro éste á que se ha hecho merecedor por su amor al estudio y su clara inteligencia.

Banco Hipotecario es el título de la tesis presentada para la opción al grado, trabajo que ha sido acogido con aplauso en los círculos científicos.

Felicitamos cordialmente al joven Doctor y agradecemos el envío que nos ha hecho de un ejemplar de su tesis.

"Revista Telegráfica de Venezuela"

Lujosa ha sido la edición con que esta importante revista ha celebrado el cuarto aniversario del Gremio de Telegrafistas venezolanos. Trae en sus páginas el colega, gran acopio de material selecto y ostenta los retratos del ciudadano Presidente de la República, ciudadano Ministro de Fomento y señores Valarino y Mata.

Váyanle á la «Revista Telegráfica de Venezuela» nuestras felicitaciones muy cordiales.

Pésame

Damos el más sentido pésame á nuestro amigo el señor doctor Manuel Antonio Diez, por el fallecimiento de su hijo MANUEL, acaecido recientemente en esta ciudad.

SECCION RECREATIVA

En lugar preferente ha publicado *Le Matin* en su número correspondiente al 26 de noviembre, bajo el título de «Una aparición,» una noticia «*de cómo el profesor Richet ha fotografiado un fantasma.*» Esta noticia provocaría á risa si no fuera que está autorizada por un eminente profesor como M. Richet. Se anuncia allí que éste describirá con cuidado y precisión el fenómeno de que se trata, con todas sus particularidades objetivas, y que dejará conocer sus apreciaciones personales en el periódico *Les Annales de sciences psychiques*. En tanto que sepamos lo que ha pensado sobre esto el

señor Richet, damos á continuación á título de curiosidad, la traducción del suelto de *Le Matin*.

Hélo aquí:

UNA APARICION

Cómo el profesor Richet ha fotografiado un fantasma

«La ciencia contemporánea está estudiando los fenómenos psíquicos con los procedimientos del método positivo. Como se ha dicho ya, «la experiencia revela todos los días nuevas objetividades.» Estas objetividades tienen á veces un carácter asombroso. Pero es preciso inclinarse ante los hechos, y después vendrán las teorías!

Los movimientos de objetos sin contacto, las *levitaciones*, las escrituras del medium, la clarividencia, la *clariaudiencia*, la lectura del pensamiento, la acción á distancia de un espíritu sobre otro, son ciertamente fenómenos sorprendentes. Han sido asegurados por atrevidos investigadores; pero no admitidos por la ciencia ortodoxa.

¿Qué decir, pues, de la aparición de los fantasmas? Locura ó alucinación, estamos tentados de exclamar. Alto ahí! Todos los descubrimientos han sido negados. Las fuerzas desconocidas se consideran todavía sospechosas. El fenómeno de las materializaciones ha sido descrito y observado por experimentadores eminentes, por profesores del laboratorio, como Williams Crookes y el doctor Gibier. Mas hé aquí que acaban de hacerse nuevas experiencias. En escritos recientes, el profesor Carlos Richet, de la Sorbonne, se ha atrevido á declarar que cree en la posibilidad de la existencia de los fantasmas, y este eminente fisiologista acaba de tener la ocasión de verificarlo. M. Charles Richet ha asistido á numerosas sesiones de experimentación que se han efectuado durante el mes de septiembre, en la villa Carmen, en Argel.

Se tomaron minuciosas precauciones para impedir el fraude. Los asistentes eran: el general Nöel y su esposa, propietarios de la villa; M. Gabriel Delanne, ingeniero, alumno de la Escuela Central y las señoritas B.....; estaba también una negra al servicio del general. El medium era la señorita Marta B....., una joven encantadora que fué novia del hijo de M. Noël, oficial de marina, muerto desde hace algunos años.

Detalle importante: la sala estaba iluminada con luz bastante para que se vieran, permanentemente, las personas presentes, su actitud y sus gestos. Se podía ver la hora en el reloj. Todas las puertas y aberturas estaban rigurosamente cerradas.

Un rincón de la sala cerrado con cortinas servía de gabinete al medium.

En tales circunstancias fué observada una aparición materializada, durante numerosas sesiones. El fantasma tenía en la cabeza una especie de turbante; estaba vestido con un ropaje blanco; y la frente cubierta con una faja metálica brillante, con reflejos de oro. La fotografía que publicamos da idea del aspecto del personaje.

El fantasma salió del gabinete donde se encontraba el medium. Caminó, se acercó á los asistentes, les dió la mano á las personas presentes, quienes pudieron comprobar á la vez la resistencia y el calor de la mano materializada. Le dió un beso sonoro á la esposa del general, y en fin, habló.

Este sér de formación misteriosa ha sido, pues, visto, palpado, fotografiado. Habló! Mas, hay algo mejor: respiró como un sér viviente. ¿Queréis la prueba de esto? Cuando se respira en un frasco que contiene una disolución de barita, el ácido carbónico exhalado por la expiración se combina con la barita. Se forma entonces carbonato de barita, que se hace visible bajo forma de nube blanquecina y que se precipita en seguida al fondo del frasco.

Pues bien! á un momento dado, M. C. Richet excitó al fantasma á respirar en un frasco que contenía una disolución de barita. La nube blanca apareció. El fantasma, con su respiración, había hecho carbonato de barita.

Un hecho más, que no es por cierto el menos extraño de estos asombrosos experimentos: un día la aparición materializada se desvaneció sobre el pavimento, disolviéndose progresivamente de la cabeza á los pies. Y unos segundos después, con gran asombro de los asistentes, el fantasma surgió de nuevo en la sala, á algunos pasos del punto por donde había desaparecido.

El desvanecimiento y la reaparición del fantasma constituyen de hecho una prueba; pues un simulador (si esta hipótesis pudiera suponerse un instante) no habría podido desaparecer y reaparecer así, sucesivamente.

El fantasma declaró que se llamaba Bien-Boâ, y dijo que había sido sacerdote de la India.»

Los últimos monarcas destronados

CÓMO VIVEN Y CUÁNTO COBRAN

La desterrada Ranavalona, exreina de Madagascar, ha venido de Argelia á hacer una visita á la capital de la nación que la arrebató sus Estados, y sobre verse con una pensión escasa, vigilada y sin poder salir ni entrar á sus anchas, los parisienses la miran mal y con conmiseración. Ya en 1901 estuvo otra vez en París, y la soberana que en un tiempo tuviera millones, tuvo que albergarse en unos sucios aposentos de una calle no más aseada, y encima de una taberna.

Triste es la condición de estos reyes destronados en los últimos tiempos. Por desacato á las autoridades inglesas ha sido desterrado á Benin el rey de Ilesha, sin más asignación que cinco duros diarios para todos sus gastos.

Otro ex-autócrata de Guinea fue desterrado hace pocos meses á Freetown, donde ocupa á guisa de palacio una casa de barro, mientras que los ingleses juegan al *golf* sobre las ruinas de su palacio de Benin. El pobre monarca, no obstante su humilde condición actual, no olvida que es rey, y no sale nunca de su casa sin llevar un negro con el quitasol y otro con el taburete, insignias ambas de realeza en su país. También disfruta grandemente por las calles de Freetown seguido de sus esposas y criados, llevando los trajes con que se ataviaba cuando era un verdadero señor de horca y cuchillo.

Aún quizá se vea por la Martinica á Behanzin, que un tiempo fue rey de Dahomey, tumbado en un felpudo fumándose una pipa y rodeado de sus tres mujeres, de pie y muy graves, una con el quitasol, otra con la escupidera y otra dedicada á recoger la ceniza.

Samory, el guerreador monarca africano, vive en Kayes, ocupando un campamento que vigila una compañía de soldados, en unión de sus quince mujeres, diez y seis hijos y algunos criados.

Sus únicas distracciones se reducen á leer el Corán y fumar pitillos. En su mobiliario figuran algunos muebles primitivos de los que usaba en su país, pero todos los tesoros que en oro y plata poseía se los confiscó el gobierno francés.

Cuando hace diez años fue arrojada del trono de Hawai la reina Liliuokalani, fijó su residencia en Washington, donde hizo muchas amistades, y se pasa las horas de ocio obligado, componiendo música y escribiendo en una extensa obra que se titula *Historia de Hawai, por una reina de Hawai*.

Entre los potentados de mayor ó menor categoría destituidos por Inglaterra en estos últimos años, figuran Yakub Khan y Ayub Khan, que tenían sus propiedades en el Afghanistan, y que se han establecido en Italia; Mwanga, rey negro del Uganda, que dió mucho que hacer hace diez años; el rey de Manipur; los tres hijos de Lebengula, del país de los Matabeles, y Zebehr, jefe sudanés que fue traído á Gibraltar.

Prempeh, el rey aschanti que tenía la poco

DR. L. HERRERA MENDOZA
(ABOGADO)
Ofrece al público sus servicios profesionales
Dirección: Coliseo á Peinero Nº 45.
Teléfono número 1519.

edificante costumbre de sacrificar todos los días unos cuantos súbditos, cuando le destronaron en 1896 se fue á vivir á Sierra Leona, donde, en compensación de las rentas de sus Estados, percibe unos quince bolívares semanales.

A Rabah, monarca africano que poseía un reino tres veces mayor que Inglaterra, al ser vencido por Francia, el país vencedor le proporcionó una buena vivienda y setenta y cinco bolívares semanales de asignación.

Espionaje comercial

Es idea muy generalizada el que basta abrir una tienda de cualquier clase para asegurarse un porvenir, dado lo que, al parecer, prospera todo lo que huele á comercio. Y, sin embargo, ese es un error que importa combatir.

Supongamos, al efecto, que en un día determinado se abren veinte establecimientos. Si seguimos con atención su marcha, veremos que al finalizar el primer año han cerrado sus puertas doce; otros cuatro no han sobrevivido al segundo año, tres mueren al quinto, y sólo uno de los veinte triunfa y prosigue los negocios.

Siendo esto una verdad demostrada por la experiencia, resulta, pues, que no basta lanzarse al comercio; es preciso que el que se decide á ejercer tan honrada profesión tenga, en primer término, noción clara de lo que es el negocio que trata de explotar, y en segundo, que estudie previamente, no sólo el sitio, sino las vecindades comerciales.

En apoyo de este segundo extremo vamos á citar un ejemplo, que nos facilitá á nuestro propósito cierta revista inglesa.

Existe en Londres una casa importantísima con numerosas sucursales, tan prósperas todas ellas como el establecimiento central.
El secreto está en que, antes de fundar una sucursal, dos empleados de la empresa estudian durante algún tiempo la calle donde aquélla ha de estar emplazada.

La misión de dichos agentes consiste en vigilar los transeúntes, ver la acera que suelen preferir, anotar si entre aquéllos predominan las mujeres ó los hombres, á qué clase social suelen pertenecer y si acostumbran á pararse en los escaparates.

Estos espías comerciales visitan los establecimientos similares, procuran enterarse de los métodos comerciales de sus competidores y de los hábitos de la clientela, juntamente con otra porción de detalles insignificantes para el vulgo, pero que tienen extraordinaria importancia desde el punto de vista mercantil.

La fortaleza natural más grande del mundo

En la parte septentrional de Madagascar existe una fortaleza natural que, sin duda alguna, es la más notable de la tierra.

En ella vive una tribu salvaje que se denomina á sí misma «Gente de las rocas». La fortaleza está en una roca de más de trescientos metros de alto, rodeada de precipicios, y su cúspide forma una meseta de quince kilómetros cuadrados, hasta la cual no se puede subir á pie ni á caballo, sino por medio de cuerdas. En el centro tiene una concavidad, sin más acceso que un pasaje subterráneo.

Acción benéfica del mar en las alcantarillas

El desagüe y la desinfección de materias fecales, viene constituyendo, desde hace muchos años, la principal preocupación del municipio de Londres.

Compréndese que así sea, cuando se piensa en los horrores, infecciones, pestilencias y peligros mortales que puede engendrar un torrente de inmundicias, deslizándose de continuo bajo el suelo de la enorme metrópoli; un río negro, formado por los *detritus* de cinco millones de seres que trabajan, beben, comen y digieren.

Ante ese emponzoñamiento constante de la atmósfera y de las aguas del Támesis, todas las prescripciones de la higiene hubieran sido vanas, aun aplicadas con el vigor con que lo hicieron siempre los ediles londinenses, de no procurar la adopción de ciertas medidas profilácticas, entre ellas el cierre perfecto de las bocas de alcantarilla y el filtrado de las aguas destinadas á la bebida en recipientes de decantación (*septic tanks*).

Ahora va á concluirse de raíz con el mal por un procedimiento sencillísimo: regando las alcantarillas con agua de mar, previamente electrolizada. Según ha podido comprobarse en los laboratorios, sometidas las sustancias fecales á la acción del agua de mar electrolizada, quedan esterilizadas en pocos minutos.

El transporte de las enormes cantidades de agua de mar necesarias para la desinfección del alcantarillado londinense, se llevará á cabo por vapores-cisternas contruidos al efecto por el municipio de Londres.

LA NIÑA CARMEN NEYRA, hija de Don José Neyra, Belascoaín 13, Habana, Cuba, fué atacada de tumores, á causa del artritismo (inflamación de las articulaciones) y estuvo bastante mal. El Dr. Muñoz Bustamante, con medios externos y la legítima **Emulsión de Scott** logró colocarla como hoy se encuentra, perfectamente bien. La niña está completamente curada. Por la pureza de sus ingredientes la **Emulsión de Scott** legítima destierra estos malos de raíz.

Exíjase la verdadera Emulsión de Scott que lleva la etiqueta del hombre con el bacalao á cuestas y rechácense las imitaciones. Los consumidores deben poner especial cuidado y observar que el nombre Scott y Bowne y el triángulo con las palabras *Perfect, Permanent, Palatable* aparezca en cada frasco. Téngase cuidado también con las preparaciones que han adoptado nombres similares, esto es que á primera vista pueden confundirse con el de la legítima Emulsión de Scott.

De venta en las Farmacias y Droguerías.

SCOTT & BOWNE, Químicos, NUEVA YORK.

Precio 5 fr. — PUREZA DEL CUTIS — en Paris.
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA, SARPULLIDOS, TEZ BARROSA, ARRUGAS PRECOCES, EFLORESCENCIAS, ROJECES.
Pone y conserva el cútis limpio y terso
CANDÈS & Cie — 5 Rue Drouot 16

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR
CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
prescrito por los Médicos en los casos de
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.
102, Rue de Richelieu, Paris y en todas Farmacias del Extranjero.

INFLUENZA ★ RACHITIS
ANEMIA VINO CLOROSIS
AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
El más poderoso Regenerador.

Una diversión nueva

En la buena sociedad yanqui está haciendo furor una diversión nueva, muy original.

Cuando se da una comida, al entrar los convidados en el comedor no hay más que la mitad de las sillas necesarias, colocadas con el respaldo sobre la mesa y dejando entre silla y silla el espacio necesario para otra.

En el mismo salón hay un piano en el cual toca un *cake walk* la persona encargada de ello, mientras que los comensales bailan en torno de la mesa formando dos círculos concéntricos, compuesto el interior de señoras y el exterior de caballeros, girando ambos en sentido opuesto.

Cuando cesa la música cada señora toma asiento con gran presteza en la silla más próxima, y cada caballero se queda de pie en el espacio más próximo también, de modo que tiene que contentarse con las compañeras de mesa que le tocan en suerte.

La diversión resulta muy animada si el pianista tiene habilidad para dar indicaciones falsas del momento en que va á dejar de tocar, á fin de engañar á los que ya casi cuentan con buenas compañeras.

Cuando acaba la música y cada cual tiene su puesto, se traen las sillas para los caballeros.

OMEGA

Níquel corriente	$ 5,	**Acero corriente dos tapas.**	6,50
Níquel chato	6,	**Acero chato dos tapas**	8.50
Acero corriente	6,	**PLATA desde**	9,
Acero chato	8,	**Enchapados desde**	10,

UNICOS AGENTES,

GATHMANN Hnos.

HISTORIA DE VENEZUELA

Se avisa á las personas de la capital y del interior de la República que han solicitado con interés creciente el Manual de Historia de Venezuela por Don Felipe Tejera, que está á la venta en la Empresa El Cojo, la

CUARTA EDICION

CORREGIDA, Y AUMENTADA HASTA EL AÑO DE 1900.

Los Directores de los Colegios de la República se dignarán avisar á sus discípulos, que pueden ya ocurrir á la Empresa El Cojo.

Precio del ejemplar empastado económicamente ..... **8 reales**

Precio de un ejemplar más fino.... **12 reales**

Para el interior se cargará además el porte.

EL APIOL de los Dres **JORET** y **HOMOLLE** regulariza los **MENSTRUOS**

Diez mil francos al que mate más moscas

A los que no tengan nada que hacer se les presenta una ocasión excelente para ganar una cantidad respetable de dinero. Todo se reduce á matar moscas, no como dicen que hace el diablo, ni por medio de ninguna máquina ó aparato cazamoscas conocido ni por conocer, sino por un método que sea realmente científico.

El concurso se verificará bajo los auspicios de un importante periódico francés que, al saber por el profesor Chantemesse que la mosca común es gran propagador del cólera, ha ofrecido diez mil francos al que descubra un buen procedimiento para destruirla.

El jurado que ha de examinar los trabajos y ha de conceder el premio, lo constituyen hombres de ciencias tan famosos como Berthelot y Roux y el ya citado descubridor de los perjuicios de las moscas, Mr. Chantemesse.

Una enfermedad en los automovilistas

A los muchos peligros que ofrece el automovilismo, hay que añadir uno nuevo, que perjudica precisamente á los aficionados á tripular estos vehículos.

Refiere un médico inglés que á Wiesbaden acude un verdadero jubileo de gente que va á consultar al célebre doctor Pagenstecher, cuyo nombre ha alcanzado fama universal en el mundo científico como oculista.

La enfermedad á que aludimos es una afección á la vista que se puede curar con relativa facilidad en pocos días, con paciencia y descanso y el uso apropiado de una solución astringente.

Ena lgunos casos el paciente ve continuamente estrellitas, como cuando se recibe un golpe en los ojos, pero generalmente no pasa de ser una conjuntivitis benigna.

Modelo de la botella del verdadero

ELIXIR TÓNICO ANTIFLEMÁTICO del Dr GUILLIÉ

Desde hace mas de **noventa años**, el **ELIXIR del Dr GUILLIÉ** es empleado con éxito contra las enfermedades del **Hígado, del Estómago, Gota, Reumatismos, Fiebres Palúdicas y Perniciosas, la Disentería, la Grippe ó Influenza**, las enfermedades del **Cutis** y las **Lombrices Intestinales.**

Es uno de los medicamentos mas económicos como **Purgativo y Depurativo**, es el mejor remedio contra todas las enfermedades ocasionadas por la **Bilis** y las **Flemas.**

Rehusese todo antiflemático que no lleve la firma PAUL GAGE

Depósito General:
Dr PAUL GAGE Hijo, Farmº de 1ª Clase,
9, rue de Grenelle-St-Germain, PARIS
Y EN TODAS LAS FARMACIAS

Sencillez y sinceridad.— Ambas cosas se encuentran en el testimonio del Dr. Ramón Aveledo Urbaneja:

"Varias veces he usado con buen éxito la Emulsión de Scott, no teniendo que arrepentirme de su empleo. Gracias á ella, he visto á muchos enfermos reponerse, sobre todo á los escrofulosos y convalecientes de graves enfermedades. Como reconstituyente, es una buena preparación".

Las rentas del Mikado

El emperador del Japón cobra anualmente de la nación, para él y su familia, una asignación de siete millones y medio de francos.

A esta cifra hay que añadir los dos millones y medio de francos que le rentan los 50 millones que le pagó China hace diez años como indemnización de guerra; 1.250.000 por intereses de su propio peculio, que pasa de 25 millones y medio de los bosques de su propiedad, que ocupan una extensión de más de dos millones de hectáreas y que están tasados en dos mil quinientos millones; de suerte que el emperador de los nipones percibe todos los años, en números redondos, catorce millones de francos.

La familia del Mikado consta de setenta miembros, entre los que figuran once princesas casadas y cuatro viudas, que han emparentado con la casa imperial por matrimonio con individuos pertenecientes á la misma.

POSTALES Las tarjetas postales que han llegado á la Empresa El Cojo son de un exquisito gusto artístico. Lujosa existencia para ser vendidas sueltas y en preciosas colecciones.

Planos de campaña luminosos

Durante las próximas maniobras militares alemanas empleará la oficialidad un nuevo aparato, en entremo ingenioso y cómodo, denominado *microfotoscopio*, el cual permite consultar un plano por la noche, en todo tiempo y en cualquier sitio.

A este efecto, el inventor ha reducido los planos fotográficamente á tamaño microscópico, extendiendo la película sobre un cristal deslustrado. La placa es iluminada por debajo, merced á diminuta lámpara eléctrica, análoga á la que se adapta á los alfileres de corbata luminosos. Una lupa á cremallera permite distinguir con precisión hasta los menores detalles del plano. Todo el aparato, incluyendo la pila, abulta poco más que una caja de cerillas.

EXIJAN Vds. en cada PILDORA BLANCA las palabras: DEHAUT A PARIS impresas en negro.

Las **PILDORAS** Purgativas y Depurativas del Doctor **DEHAUT** se toman **al comer.**

Ningún Regimen. No más Dieta. Las menos COSTOSAS pero las mas activas.

A las personas del Interior de la República que quieran tomar, directamente, suscripciones á esta Revista, les avisamos que podemos servirla cuando se nos envíe el valor de un trimestre anticipado (tres pesos sencillos) ó su equivalente en estampillas de correos. Todo suscriptor debe estar atento á la renovación del abono, pues se suspenderá el envío del periódico, sin más aviso, al no recibirse el valor del nuevo trimestre.

Después de probar todos los engañosos remedios que se anuncian es cuando más se agradece la eficacia RADICAL del Digestivo Mojarrieta, cuya superioridad está universalmente confirmada en las enfermedades del estómago.

Además de ser el único curativo radical del estómago y del intestino, el **Digestivo Mojarrieta** purifica los alimentos y los hace asimilables. Está universalmente confirmada la superioridad del **Digestivo Mojarrieta** y millares de testimonios verdaderamente honorables demuestran que éste es el único medicamento que cura en un día las Indigestiones, en un mes las Dispepsias ó Gastralgias y en tres meses las más graves enfermedades crónicas del estómago y del intestino.

Se debe exigir que cada bostin tenga grabado el nombre DIGESTIVO MOJARRIETA.

De venta en la Farmacia de **Valentiner y Cª**, Caracas; y en las principales Droguerías de Europa y América.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis **50 Años de Exito**, y miliares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE, DUSSER**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

POSTALES
EL COJO ILUSTRADO

Colección artística de tarjetas postales ilustradas con vistas fotográficas de Venezuela: panoramas, monumentos, paisajes, calles, edificios, etc; cuadros de pintores venezolanos, sucesos de actualidad, tipos de raza, etc.

Están á la venta al precio de

4 ejemplares por B. 0,50

Precio por mayor (mínimum 100 piezas) á B. 10 el ciento.

Se atienden órdenes por correo, previo el abono de su valor, más B. 0,25 para el franqueo.

Los árboles, auxiliares de la telegrafía sin hilos

En los Estados Unidos se han verificado experimentos muy interesantes para comprobar si los árboles podían utilizarse como antenas para las transmisiones telegráficas sin hilos. Y en efecto, se ha visto que los troncos desempeñan á las mil maravillas el papel de conductores de las corrientes producidas por las descargas electromagnéticas.

Las hojas son grandes auxiliares de la transmisión, pues según las pruebas, el árbol cargado de hojas conduce mejor la corriente que el árbol pelado, y cuanto más cargado de hoja está se efectúa con mayor facilidad la transmisión.

El modo de utilizar los árboles para la telegrafía sin hilos es muy sencillo. El contacto con tierra se obtiene con las raíces de los árboles uniendo el hilo á unos clavos fijos en la base del tronco. Todos los enlaces eléctricos se aplican á la base; el tronco y la copa del árbol hacen las veces de antena. El receptor telefónico unido á los clavos puestos en el árbol acusa con perfecta nitidez el paso de las señales.

APROBACIÓN DE LA ACADEMIA DE MEDICINA DE PARÍS

RAQUITISMO — ANEMIA — CLOROSIS

Exíjanse el Nombre y la Dirección el Sello de Garantía

PÍLDORAS de BLANCARD

al Ioduro de Hierro inalterable. 40, Rue Bonaparte, PARIS

COLORES PÁLIDOS, ESCRÓFULAS, POBREZA DE LA SANGRE

N. B. Los Niños y las personas que no pueden tragar Píldoras emplean el **Jarabe de Blancard.**

Propiedades del Avena-Cacao

El **Avena-Cacao** fabricado por los señores **Fullié & Ca.** marca **La India,** es un producto inmejorable ó indispensable para todas las familias, es el mejor alimento para sanos y enfermos y un seguro preservativo contra las afecciones del estómago y del intestino, tan frecuentes y fatales en estos países tropicales. Es un producto cuidadosamente elaborado por medio de procedimientos científicos y que por su afortunada combinación de la flor de Avena con nuestro tan acreditado Cacao de Chuao y Ocumare, ha dado los mejores resultados como un alimento sano y completo, lo que certifican las recomendaciones de los mejores médicos de Caracas.

El **Avena-Cacao** marca **La India,** se vende en cajitas de 20 cubos ó sean veinte tazas grandes de esta sabrosa bebida. **Su valor 4 reales.**

LA
Phosphadine Fullié
es un alimento completo
DE FACIL DIGESTION
para todas las edades de la vida

Producto recomendado por los primeros facultativos de Europa y de las Américas

Alimentación natural de los niños
Nutrición de los convalecientes
En el raquitismo y en la anemia
Embarazos y dentición
En las diarreas y afecciones intestinales

Precio en toda Venezuela:
Pote grande Bs. 2,50
Id pequeño " 1,50

PHOSPHADINE FULLIE es el alimento indispensable para niños, ancianos y enfermos
De venta en los principales establecimientos de la República

La "caza" de voces para colecciones fonográficas

La afición á coleccionar voces se va extendiendo mucho, gracias á los cilindros fonográficos. En el Museo Británico se ha establecido una sección de fonogramas, donde se conserva para las futuras generaciones la voz de las personas más eminentes de nuestros días. Pero la Academia de Ciencias de Viena ha ido más allá que el Museo, y se ha dedicado á reunir fonogramas de idiomas y dialectos para hacer estudios comparativos de lenguajes.

Ya figuran en la colección cantos populares de gitanos y de árabes, aires favoritos de las tribus de pieles rojas, palabras y frases de negros y malayos, y otros por el estilo.

Todos los años salen expediciones á caza de voces por los países más apartados, y recientemente se ha acordado que dicha caza no se reduzca sólo á voces humanas, sino también á las de los animales, para efectuar estudios científicos ante el fonógrafo.

Nuevo fusil automático

Ante una comisión de oficiales del ejército inglés y representantes de varios gobiernos extranjeros, se han llevado á cabo en Londres, hace pocos días, interesantes experiencias de un nuevo fusil automático, inventado por un ingeniero nuevo, llamado Kallevig.

Pesa el arma tres kilos 745 gramos, y hace blanco eficaz á 2.500 metros. En el almacén van cinco cartuchos, que pueden ser disparados sucesivamente, rápida ó lentamente, sin necesidad de apartar el fusil del hombro. La carga y la extracción de la cápsula se verifican por la presión de una pequeña cantidad de los gases producidos por la explosión. Con el fusil Kallevig pueden hacerse 40 disparos por minuto.

Seguros de vida automáticos

A las muchas máquinas automáticas que por una moneda de diez céntimos dan muchas y diversas cosas, hay que añadir otra nueva muy ingeniosa para hacer seguros sobre la vida.

Todo transeúnte que quiera obtener un seguro, no tiene más que echar por la ranura indicada en el aparato una moneda de diez céntimos, y empujar una manivela. En el acto queda al descubierto un trozo de papel enrollado en una bovina, donde el asegurado estampa su firma, y volviendo á hacer funcionar la manivela, la bobina de papel se esconde, y por otra ranura sale una póliza de seguro.

Como en caso de reclamación del seguro es muy importante saber si éste se verificó antes de ocurrir el accidente que da derecho á reclamarla por medio de un curioso mecanismo se graba en la póliza en grandes caracteres la hora exacta en que se depositó la moneda en la máquina.

Estas máquinas tendrán mucha aceptación entre los que viajan en ferrocarril, porque por tan insignificante cantidad pueden recibir una buena indemnización en caso de accidente.

Frasco reducido.

QUINA-LAROCHE

La **QUINA-LAROCHE** es de sabor muy agradable y contiene todos los principios de las tres mejores especies de quinas. Es superior con mucho á todos los demás vinos de quina, y está reconocida por las celebridades médicas del mundo entero como el remedio soberano en los casos de:

FALTA DE FUERZAS
MALES DE ESTÓMAGO
CONVALECENCIAS
CALENTURAS, ETC.
} **Quina-Laroche** *Simple*

ANEMIA
CLOROSIS
CONSECUENCIAS DE PARTOS
} **Quina-Laroche** *Ferruginosa*

La QUINA-LAROCHE ha sido objeto de una recompensa nacional de *16.600* Francos y ha obtenido *Siete Medallas de Oro.*

DE VENTA EN TODA BUENA FARMACIA.

Exíjase la VERDADERA **QUINA-LAROCHE** 970

El mareo curado por el espejo

Hace tiempo que un médico de barco publicó en cierta revista profesional todos los remedios preconizados durante un año por los periódicos extranjeros como *infalibles* para curar el mareo; el número de dichos remedios ascendía á 126, todos ellos á cual más complicados y engorrosos. Lo peor del caso no era esto, sino que, según observación personal del susodicho médico, ninguno de los sistemas curativos del mareo servía para maldita la cosa.

Ahora, no obstante, parece que va de veras y que se ha dado en la clave de la dificultad. El novísimo remedio contra el mareo lo ha descubierto de un modo casual el señor Maggior Des Blanches, embajador de Italia en Washington, habiéndose apresurado á publicarlo en la prensa americana. Hé aquí cómo se verificó el hallazgo:

En uno de los numerosos viajes efectuados por el diplomático de referencia, enfermó éste del mareo hasta el punto de preguntarse si podría llegar vivo al puerto de destino. Entre angustias y bascas arrojóse de la litera, y casi á rastras se dirigió á un espejo, sin duda con objeto de ver la fisonomía que presentaba un representante de Italia en el estado en que él se hallaba.

El efecto de aquella contemplación fué maravilloso é instantáneo: nuestro diplomático se sintió tan bueno y sano cual si no hubiera puesto su planta en el buque. El mareo había desaparecido radicalmente.

Sin saber cómo explicarse el fenómeno, pero dando gracias á Dios por el beneficio dispensado, encaminóse el señor Des Blanches al *restaurant* y se atiborró de fiambres con objeto de compensar pasadas cuanto forzosas vacuidades de estómago.

En vista de que, á pesar del "cargamento", la mencionada víscera seguía como si tal cosa, y deseoso el diplomático de hacer nuevos experimentos, asió un espejo de mano y recorrió la toldilla aplicando el remedio á los numerosos mareados que allí se encontraban. El éxito coronó los ensayos: á todos los atacados se les sentó el estómago en cuanto se miraron unos segundos en la brillante superficie. Decimos que todos los atacados curaron y decimos mal, pues hubo dos excepciones: fueron estas dos señoritas muy guapas que, temerosas de verse la cara tal como se las había puesto el mareo, fingieron mirar al espejo, apartando de ellos entristecidos ojitos.

Tomen nota de este descubrimiento aquéllos de nuestros lectores que hayan de hacer un viaje por mar y sean propensos al mareo; mas no nos exijan responsabilidad si por acaso la receta les fallase, puesto que nos hemos limitado á copiar con el mejor deseo lo que dice el señor Maggior Des Blanches.

Sólo añadiremos por nuestra cuenta que el remedio puede tener explicación científica recordando que el doctor Loiset, de París, atribuye el mareo á perturbaciones del nervio óptico producidas por el movimiento aparente del horizonte visto desde el barco, perturbaciones que cesarían fijando la vista en un espejo.

Yemas de huevos venenosas

Nadie creería que los huevos son un veneno, y sin embargo, así es, según asegura un médico parisién llamado M. Loisel. Pero en eso, como en todo, conviene distinguir. Los huevos son tóxicos solamente en ciertas condiciones: cuando son absorbidos en determinada forma. Por ejemplo, administrados en inyección, y claro que no es lo más general tomarlos en dicha forma.

Parece que en el huevo, en el que creíamos inofensivo huevo, la yema es grandemente venenosa, variando la fuerza del principio tóxico según la clase de animales que los producen. El de ánade da muerte á un conejo, inoculado en cantidad de 8 centímetros cúbicos, mientras que el de gallina no mata sino en dosis más elevada. En cambio, el de tortuga es más dañino que el de pato, pues bastan cinco ó seis centímetros cúbicos para despachar á un conejillo.

Los pobres animalitos inoculados con yema de huevo, mueren con todos los síntomas de intoxicación aguda del sistema nervioso central.

La clara del huevo de tortuga es extremadamente venenosa también. Pero repetimos que ninguna de esas clases de huevos es perjudicial cuando éstos son absorbidos por las vías digestivas.

SOLUCIÓN PAUTAUBERGE
al Clorhidro-Fosfato de Cal Creosotado
El remedio más eficaz para curar las **ENFERMEDADES DEL PECHO** las **TOSES RECIENTES Y ANTIGUAS** las **BRONQUÍTIS CRÓNICAS**
L. PAUTAUBERGE, 9bis, *Rue Laval, Paris* Y LAS PRINCIPALES BOTICAS.
Desconfiarse de las imitaciones y exigir la Firma L. PAUTAUBERGE.

LINIMENTO GENEAU
para los CABALLOS
Solo este precioso Tópico reemplaza al Cauterio, y cura radicalmente y en pocos días, las Cojeras recientes y antiguas, las Lisladuras, Esguinces, Alcances, Moletas, Alifafes, Esparavanes, Sobrehuesos, Flojedades é Infartos en las *piernas* de los jóvenes caballos, etc.; sin ocasionar *llaga ni caida de pelo*, aun durante el tratamiento. — Revulsivo y Resolutivo inmejorable en las enfermedades internas.- PRECIO 6 fr. Depósito General: Farmia GENEAU, 165, r. St-Honoré, PARIS

MARCA DE FABRICA

"EL COJO ILUSTRADO"

Revista Literaria Ilustrada

CARACAS—VENEZUELA

Aviso para el exterior:
(América del Sur,
América del Norte
y Europa)

Las personas del Exterior que deseen suscribirse á EL COJO ILUSTRADO, pueden obtenerlo dándonos aviso directo.

Para facilitar el pago de la suscrición POR UN AÑO, que debe ser anticipado, señalamos las casas mercantiles, cuyas direcciones se indican al pie de este aviso. A cualquiera de ellas puede enviarse el valor en libranza á su favor en la moneda correspondiente.

En París: Francos 48
L. Theodor Ravelo —15 Rue de Trévise.

En Barcelona de España—Pesetas 48
J. Puig Corvé — Paseo de Gracia 69

Hamburgo — Marcos 38,70
Wolfers & Pontt.—Fischmarkt 11.

New York — Fts. oro 9.23
De Sola Bros. & Pardo. — 130. - Pearl Street.

BAÑOS HIDROTERAPICOS

FRENTE A LA ESTACION DEL FERROCARRIL DE LA GUAIRA

La Hidroterapia cura: *La Dispepsia,* y todas las enfermedades del tubo digestivo: Frialdad habitual de las extremidades. Detenciones del desarrollo. Perturbaciones de la *menstruación; La anemia crónica* del cerebro. *Impotencia, Neurastenia, Histeria. Dolores* habituales de cabeza; las enfermedades del *hígado;* dificultades de la *respiración;* las enfermedades crónicas del centro *nervioso;* todas formas de *Neuralgias; La Hidropesia;* conviene en la *convalecencia* de las enfermedades agudas; las enfermedades del *bazo,* el *estreñimiento,* el *Paludismo* crónico, el *Beri-beri,* la *Obesidad,* etc., etc.

Es el más poderoso de los reconstituyentes

Este establecimiento, provisto de los mejores aparatos, está abierto al público bajo la dirección de su propietario, doctor R. Soucy, quien para dar mayores garantías de orden y regularidad, ha trasladado el domicilio de su familia en el dicho edificio.

PRECIOS MODICOS

TIPOS

SIEMPRE NUEVOS

los que se emplean en EL COJO para las ediciones finas

Surtido espléndido y numeroso de tipos de toda especie, para todo género de trabajos.

Viñetas, adornos, escudos de todas las Naciones del mundo, alegorías de los diferentes ramos del comercio, de la agricultura, de la cría; alegorías de las artes y las ciencias, etc., etc., etc.

De todo, absolutamente de todo hay en EL COJO para cualquier trabajo, desde el más insignificante hasta el más laborioso y delicado.

Por su abundancia, por lo escogido de sus materiales, y por el esmero y arte en sus trabajos, LA EMPRESA EL COJO es el primer establecimiento de su género en el país.

LIVERPOOL CASA DE MODAS

Confección de trajes y sombreros

EN ARTICULOS DE LUJO ES LA PRIMERA CASA DE CARACAS

SU SURTIDO DE SEDERIA ES LO MEJOR QUE SE IMPORTA EN EL PAIS

Magníficas telas para trajes, Satinées, Batistas, etc., etc.

Cristalería, porcelana, columnas con sus potes para decorar salones, lámparas altas con pie de bronce, cuadros con pinturas al óleo, alfombras, cortinas, muebles de fantasía, damascos de seda.

PERFUMERIA DE TODOS LOS FABRICANTES

OBJETOS DE ARTE Y DE LUJO PARA REGALOS, ETC., ETC.

Juan Manuel Díaz & Ca.

GRADILLAS A SAN JACINTO No. 4

LIBROS A LA VENTA

En la EMPRESA EL COJO y en las principales Agencias de EL COJO ILUSTRADO

	PRECIO PARA CARACAS	PRECIO PARA EL INTERIOR
Juan E. Arcia		
Vestigios	Bs. 2.50	Bs. 2.75
Ismael Enrique Arciniegas		
Poesías	Bs. 5.	Bs. 5.50
Jacinto Añez		
Trizas de Poemas	Bs. 2.	Bs. 2.50
Rufino Blanco Fombona		
Trovadores y Trovas	Bs. 3.	Bs. 3.25
Cuentos de Poeta	" 2.50	" 2.75
Más allá de los Horizontes	" 2.	" 2.50
Contes Américains	" 4.	" 4.50
Pequeña Opera Lírica	" 2.50	" 2.75
Cuentos americanos (Biblioteca Mignon)	" 1.	" 1.25
José Antonio Calcaño		
"Dos Fieras" (novela) 2ª edición	Bs. 1.	Bs. 1.25
Pedro-Emilio Coll		
El Castillo de Elsinor	Bs. 2.50	Bs. 3.
Julio Calcaño		
Parnaso Venezolano (600 páginas)	Bs. 3.	{ más el porte.
" " Empastado	" 4.	{
Manuel Díaz Rodríguez		
Confidencias de Psiquis	Bs. 3.	Bs. 3.
Sangre Patricia (novela)	" 3.50	" 4.
Dr. Aníbal Domínioi		
Comentarios al Código de Comercio, á la rústica	Bs. 14.	
Idem idem empastado	" 18.	
Pedro César Domínioi		
Ideas é Impresiones	Bs. 3.	Bs. 3.
El Triunfo del Ideal (novela)	Bs. 2.50	" 2.75
Dr. A. Ernst		
Las Familias más importantes del Reino Vegetal (especialmente las que están representadas en la FLORA DE VENEZUELA)	Bs. 2.50	Bs. 2.75
Alejandro Fernández García		
Oro de Alquimia	Bs. 2.	Bs. 2.25
J. M. Galíndez		
Tinta Roja	Bs. 2.	Bs. 2.25
José Gil Fortoul		
Pasiones	Bs. 1.50	Bs. 1.75
Emilio Constantino Guerrero		
Campaña Heroica	Bs. 2.50	Bs. 3.
Sangre Patria	" 2.50	Bs. 3.
Lucía (novela)	" 2.	Bs. 2.25
F. Jiménez Arráiz		
Del Vivac (2ª edición)	Bs. 3.	Bs. 3.25
Miguel Mármol (Jabino)		
Tiros al Blanco	Bs. 1.50	Bs. 1.75
Pólvora y Taco	Bs. 1.50	Bs. 1.75

	PRECIO PARA CARACAS	PRECIO PARA EL INTERIOR
Andrés Mata		
Idilio Trágico (Poema)	Bs. 1.	Bs. 1.25
Gerónimo Maldonado, hijo		
Episodios	Bs. 3.	Bs. 3.
José Núñez de Cáceres		
Latíu Clásico	Bs. 3.	Bs. 3.50
Los nuevos Petrarca y Laura, y El Infierno Prenumeraudo	Bs. 0.50	Más el porte.
V. M. Ovalles		
"El Llanero"	Bs. 2.50	Bs. 2.75
Miguel Eduardo Pardo		
Volauderas	Bs. 3.	Bs. 3.
Francisco de Sales Pérez		
Ratos Perdidos (nueva edición)	Bs. 3.50	Bs. 4.
Gonzalo Picón Febres		
El Sargento Felipe (novela)	Bs. 3.	Bs. 3.25
Flor (novela)	" 2.	" 2.25
Víctor M. Racamonde		
Mis Versos	Bs. 1.50	Bs. 1.75
Baldomero Rivodó		
Entretenimientos Filosóficos y Literarios (tercera edición)	Bs. 4.	Bs. 4.50
Voces y Locuciones extraujeras	Bs. 3.	Bs. 3.50
Máximo Soto-Hall		
"Chispas Venezolanas"	Bs. 1.	Bs. 1.25
Felipe Tejera		
Manual de Historia de Venezuela (cuarta edición)	Bs. 4.	Bs. 4.25
Juan C. Tinoco		
Album de Viajero	Bs. 3.	Bs. 3.25
Doctor Elías Toro		
"Por las Selvas de Guayana" (con grabados)	Bs. 5.	Bs. 6.
José Ignacio Vargas Vila		
Bustos y Medallas	Bs. 1.50	Bs. 1.50
Sueños Azules	" 1.	" 1.25
Del Opio	" 4.	" 4.
Carlos A. Villanueva		
París	Bs. 3.	Bs. 3.
César Zumeta		
Escrituras y Lecturas	Bs. 3.	Bs. 3.25
Empresa El Cojo		
Tablas de Derechos de Aduana, calculados ya, desde 0.025 gramos hasta 1.000 kilos para cada una de las clases araucelarias. En pesos y en bolívares	Bs. 10.	
Plano é Indicador de Caracas	" 2.	
Tablas de Monedas	" 1.	
Almanaque de pared, astronómico y religioso	" 20.	gruesa.

EN LA EMPRESA EL COJO

Hay siempre á la venta los artículos comprendidos en la lista impresa por orden alfabético, que se envía á quien la solicite

TIPOGRAFIA ESPECIAL

SIEMPRE RENOVADA

Ediciones de obras á todo lujo—Ediciones elegantes—Ediciones económicas—Acciones de Compañías—Billetes de tranvías y ferrocarriles—Libranzas—Etiquetas—Facturas—Libros talonarios—Carteles—Hojas volantes—Listas de precios—Circulares—Conocimientos de embarque—Guías—Timbres de papeles y de sobres y Récipes—Participaciones de matrimonios, y ofrecimientos — Felicitaciones — Bautismos — Comuniones

TARJETAS AL MINUTO

Tarjetas comerciales — Tarjetas de agradecimiento — Folletos — Periódicos — Cheques de Banco—Programas de Baile—Menu para banquetes—Almanaques

Y cuanto trabajo fino, delicado, artístico y de capricho, se requiera en el arte tipográfico.

FOTOGRABADO

Se hacen olisés conforme á los originales que el interesado presente; y á precios muy económicos

LIBROS EN BLANCO

Los fabricamos de cuentas; para actas para facturas; para balances; para inventarios; para relaciones de gastos semanales; Indices; Copiadores, etc., etc.

Existencias de libros de todos tamaños y clases.

Y se hacen á la orden, de rayados especiales como lo indique el interesado

FABRICA DE SOBRES

Se fabrican en EL COJO sobres de todos tamaños, de papel superior, y se presentan del modo más conveniente para los detalladores.

Se envían muestrarios y tarifas á quien lo desee

FABRICA DE GOMA LIQUIDA

PARA OFICINAS

En frascos de vidrio, con cápsulas de metal y pincel correspondiente. Ventas por mayor y al detal.

MATERIALES

para encuadernadores, impresores, dibujantes, pintores, etc.

PAPELERIA

Toda clase de papel para oficinas públicas, escritorios, impresores y encuadernadores.

ARTICULOS DE ESCRITORIO

Surtido completo de las principales fábricas de Europa y Norte América. Cuanto se desee en este ramo.

ARTICULOS ESPECIALES y de FANTASIA

un gran número de artículos de esta especie.